Territorios en resistencia

Cartografía política de las
periferias urbanas latinoamericanas

Raúl Zibechi

lavaca

Territorios en resistencia

Cartografía política de las
periferias urbanas latinoamericanas

Raúl Zibechi

lavaca

lavaca es un medio de comunicación social que sentimos la obligación de crear a fines del año 2001. Nuestras primeras crónicas fueron enviadas por correo electrónico a una centena de direcciones. Luego, nació la página de www.lavaca.org con un lema: anticopyright. Desde entonces, cada semana, a través de crónicas y reportajes, aprendemos a informar sobre experiencias sociales que elegimos acompañar no en la fugaz generación de una noticia, sino durante el largo y rico proceso de construcción de alternativas.

Edición: al cuidado de Claudia Acuña, por lavaca Editora
Diseño: Lucas D'Amore, para másSustancia
Foto de tapa: Gisela Volà, Cooperativa Sub
Corrección: Graciela Daleo

Mayo 2007, Buenos Aires, Argentina
Cooperativa de Trabajo Lavaca Ltd.
www.lavaca.org
info@lavaca.org

Galindo, María
Ninguna mujer nace para puta / María Galindo y Sonia Sánchez. - 1a ed. -
Buenos Aires : Lavaca Editora, 2007.
220 p. : il. ; 17x17 cm.

isbn 978-987-21900-3-3

1. Sociología. 2. Rol Social de las Mujeres. I. Sánchez, Sonia II. Título
cdd 305.42

ÍNDICE

5 | INTRODUCCIÓN

11 | CAPÍTULO 1
Relaciones entre movimiento y gobiernos progresistas

21 | CAPÍTULO 2
Las periferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?

87 | CAPÍTULO 3
Territorios de la dominación y de las resistencias

101 | CAPÍTULO 4
La recreación del lazo social: la revolución de nuestros días

115 | CAPÍTULO 5
El arte de gobernar los movimientos

145 | CAPÍTULO 6
Hacia los territorios de la emancipación

En los últimos meses tuve la posibilidad de visitar Colombia en varias oportunidades, gracias a las invitaciones que me extendieron la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca y el colectivo editorial Desde Abajo. Las visitas me permitieron conocer algunas experiencias notables, como la del pueblo nasa en los cabildos rurales y urbanos del Cauca, y la de sectores populares de Ciudad Bolívar, en Bogotá. En esos lugares pude compartir con los actores sobre los modos y formas de construir sus vidas cotidianas, y luego ampliar lo allí convivido a través de abundante bibliografía.

Ambas experiencias me reafirmaron en la convicción de que en América Latina, al calor de las resistencias de los de abajo, se han ido conformando "territorios otros", diferentes a los del capital y las multinacionales, que nacen, crecen y se expanden en múltiples espacios de nuestras sociedades. Puede objetarse, con razón, que los territorios que construyen los movimientos indígenas en áreas donde habitan desde hace siglos, no pueden compararse con las experiencias urbanas de los sectores populares. Las diferencias entre unos y otros son inocultables, empezando por el reconocimiento constitucional o legal que tienen algunos resguardos y territorios de los pueblos originarios, hasta el simple hecho de que la presencia estatal en esos lugares es débil, lo que facilita la existencia de formas de vida heterogéneas.

Las experiencias educativas, ancladas en la educación

bilingüe, los cuidados de la salud en base a los saberes ancestrales, la renovación y reconocimiento de la justicia comunitaria y de formas de poder apoyadas en las tradiciones comunitarias, pueden servir para confirmar las inexorables diferencias entre el mundo rural indígena y el urbano popular. Es enteramente cierto que entre los indios de nuestro continente sobreviven y se han recreado tradiciones diferentes a las que vemos en los sectores populares urbanos, entre ellas, y de forma destacada, la lengua propia.

Pero no es menos cierto que los sectores populares son portadores de relaciones sociales también diferentes a las hegemónicas, aunque no asimilables a las de los indígenas. Sin embargo, no es a través de estudios de carácter antropológico o sociológico como podemos desentrañar el carácter de esas diferencias. Los pueblos, sus culturas y cosmovisiones, no pueden ser comprendidos desde metodologías de carácter "científico", o sea, sólo a través de estudios cuantitativos y estructurales. No se trata de medir las diferencias sino de comprenderlas a través de su despliegue y su visibilización, de los rastros y realizaciones concretas que van dejando estelas y huellas, materiales y simbólicas.

Estoy firmemente convencido, como sugiere James Scott, que los de abajo tienen proyectos estratégicos que no formulan de modo explícito, o por lo menos no lo hacen en los códigos y modos practicados por la sociedad hegemónica. Detectar estos proyectos supone, básicamente, combinar una mirada de larga duración con un énfasis en los procesos subterráneos, en las formas de resistencia de escasa visibilidad pero que anticipan el mundo nuevo que los de abajo entretejen en la penumbra de su cotidianeidad. Esto requiere una mirada capaz de posarse en las pequeñas acciones con la misma rigurosidad e interés que exigen las acciones más visibles y notables, aquellas que suelen "hacer historia".

Larga duración, porque sólo en ella se despliega el proyecto estratégico de los de abajo, no como programa definido y delimitado sino a través de grandes trazos que apuntan en una dirección determinada. Esa dirección, en América Latina, nos habla de creación de territorios, rasgo diferencial de los movimientos sociales y políticos respecto a lo que sucede en otras latitudes. En paralelo, en la larga duración pueden hacerse visibles los pliegues internos -claves para comprender los proyectos de nuestros pueblos- que resultan invisibles al observador externo por las coberturas exteriores y superficiales que los ocultan.

Aunque los territorios de los movimientos abren nuevas posibilidades para el cambio social, no representan, empero, ninguna garantía de transformación liberadora. En la periferia urbana de Ciudad Bolívar, por poner apenas un ejemplo, he visto territorios de la complejidad y la diversidad, de la construcción de relaciones sociales horizontales y emancipatorias donde se registran formas de vida heterogéneas, junto a territorios donde la dominación reviste las vulgares formas de la militarización vertical y excluyente.

Transitar de un barrio a otro, cruzando apenas una avenida, puede representar un cambio brusco entre la dominación y la esperanza.

Como toda creación emancipatoria, los territorios urbanos están sometidos al desgaste ineludible del mercado capitalista, a la competencia destructiva de la cultura dominante, la violencia, el machismo, el consumo masivo y el individualismo, entre otros. Los territorios de los sectores populares urbanos -a los que está en gran parte dedicado este libro- nacieron y buscan crecer en el núcleo más duro de la dominación del capital, en las grandes ciudades que son sede natural de las viejas y nuevas formas de control social, que contribuyen a lubricar la acumulación de capital.

En efecto, ya sea por la vía represiva o por la interiorización de la cultura neoliberal, estos emprendimientos han venido siendo acosados desde que nacieron, hace más o menos cuatro décadas, en todas las periferias urbanas de este continente. Con el tiempo, aprendieron a sortear este conjunto de adversidades, como enseña la breve historia de Potosí-La Isla, en Ciudad Bolívar. La construcción de los barrios populares en las ciudades, es "la prolongación de la lucha por la tierra que por décadas ha cubierto el campo de nuestro país, expresada en la urbe en forma de lucha por la vivienda", como sostiene un trabajo acerca de esa experiencia. Este es, por cierto, uno de los nexos entre las luchas rurales y las urbanas, que nos permiten hablar de un proceso más global, de *una* lucha no parcelada ni segmentada que parece apuntar en una misma dirección.

Sin embargo, los territorios urbanos donde han arraigado los movimientos que trabajan por la emancipación, están sufriendo nuevas e inesperadas embestidas por parte de actores nacidos a menudo en el seno de esos mismos movimientos. Se trata de un proceso que se puede fechar hacia la década de 1990, con el acceso a los gobiernos municipales de fuerzas de izquierda como el Partido de los Trabajadores en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay, y otras fuerzas de izquierda en una porción significativa de las ciudades latinoamericanas. De la mano de la "descentralización con participación", se pusieron en marcha proyectos como el Presupuesto Participativo en Porto Alegre y en otras ciudades brasileñas; experiencias que tuvieron nombres y protagonistas diferentes, pero características similares en otras urbes. Desde el punto de vista de los sectores populares organizados en movimientos, estas experiencias no fueron felices, ya que propiciaron la desarticulación de toda una camada de organizaciones populares, más allá de la voluntad de sus promotores.

La década siguiente, la que estamos transitando, vio nacer gobiernos progresistas y de izquierda en la mayor parte de los países sudamericanos. Las viejas políticas participativas, dieron paso a diversos planes estatales para combatir la pobreza que están teniendo consecuenicas de larga

duración para los movimientos, y muy en particular para los urbanos. Con ellos nacieron nuevas formas de gobernar o "nuevas gobernabilidades", para decirlo con Michel Foucault[1], que pueden ser interpretadas como un punto de intersección entre los movimientos y los estados.

El problema que enfrenta el arte de gobernar en América Latina, es que en las últimas décadas las poblaciones se levantan, se insurreccionan, y desde el Caracazo de 1989 lo hacen de modo regular. El panóptico se ha vuelto arcaico: aunque sigue funcionando, no es el medio fundamental de control. Lo que se requiere para gobernar grandes poblaciones que cambian y buscan el cambio, son formas de control a distancia, más sutiles, formas que buscan la "anulación progresiva de los fenómenos por obra de los fenómenos mismos", lo que requiere un tipo de acción menos transparente que la del soberano para dar paso una acción "calculadora, meditada, analítica, calculada"[2]. Se trata de actuar en relación de inmanencia respecto a las sociedades, y para eso los movimientos juegan un papel fundamental, de ahí la necesidad de contar con ellos, ya no reprimirlos y marginarlos.

Podemos decir que los estados que dirigen Lula, Kirchner y Tabaré Vázquez, por poner los ejemplos más obvios pero no los únicos, son hijos del arte de gobernar[3]. Ya no estamos ante los estados benefactores o ante los estados neoliberales prescindentes, sino ante algo inédito, que sobre la base de la fragilidad heredada del modelo neoliberal busca desarrollar nuevas artes para mantenerlos en pie, dotarlos de mayor legitimidad y asegurar así su supervivencia siempre amenzada. Ello supone entender al Estado como lo propone Foucault, o sea como una práctica y no como una cosa o una estructura. El 25% de la población de Brasil, casi 50 millones de personas, son beneficiarias del plan Hambre Cero. En Argentina y Uruguay el 15% de los hogares reciben ayudas estatales, complementadas por planes que apoyan las formas de sobrevivencia nacidas en la pobreza. No puede hablarse, por tanto, de las cásicas políticas focalizadas sino de algo diferente y nuevo.

Estas prácticas o formas de hacer, trabajan hoy con fuerza en el territorio, y para poder hacerlo necesitan asumir algunas de las iniciativas que nacieron abajo y orientarlas en otra dirección. Lejos de marginar a los movimientos, las nuevas prácticas estatales pasan por el "fortalecimiento de las organizaciones" como propone el Banco Mundial, para convertirlas en contrapartes activas, capaces de realizar tanto "diagnósticos participativos" como de ejercer la dirección de proyectos junto a Organzaciones No Gubernamentales (ONGs). Estas prácticas adjudican recursos, construyen saberes, administran cosas que van a afectar a la población. Me interesa destacar que no es una gubernamentalidad construida por el Estado que es adoptada pasivamente por los movimientos, sino que se busca, y se consigue en alguna medida, una construcción conjunta en espacio-tiempos compartidos.

En la favelas de Brasil, en las villas de Argentina y en los

asentamientos de Uruguay, el Estado está haciendo un serio y profundo trabajo territorial con fuerte impacto en los movimientos. Para eso, ya no es necesario cooptar individualmente -incluso sería contraproducente hacerlo- sino construir conjuntamente. El papel más destacado lo juegan ahora las asistentes de las ONGs (en buena medida mujeres jóvenes con formación universitaria), que se mueven en los mismos espacios que los militantes y practican los modos de la educación popular. En los hechos, se está produciendo una enorme confusión entre la militancia tradicional y los funcionarios estatales. Ambos hablan lenguajes similares, se mueven en los mismos espacios y lo practican con códigos idénticos, porque en realidad una parte sustancial del funcionariado de las ONGs proviene de la militancia social o de sus aledaños.

En los territorios de los sectores populares, los activistas sociales ya no están solos. Algunas décadas atrás, el Estado sólo aparecía vestido de uniforme policial o militar, o a través de caudillos patriarcales hoy en decadencia. Ahora el Estado reconoció el papel del territorio y de los movimientos territoriales, y los movimientos reconocen el nuevo papel del Estado. Y juntos, a partir de ese reconocimiento, están creando algo nuevo: las nuevas formas de gobierno. Es este un cambio de larga duración, destinado a introducir una poderosa cuña estatal en las periferias urbanas, pero ya no de un Estado puramente represivo sino algo más complejo y "participativo" que, no obstante, persigue el mismo fin: adelantarse a lo que pueda suceder, en suma, "evitar la revolución". Una vez más, siguiendo a Foucault podemos decir que de la mano de los nuevos gobiernos, municipales y nacionales, nacen prácticas que hacen Estado y lo conservan.

En los hechos, los movimientos están abordando los problemas fundamentales para la nueva gobernabilidad: salud, educación, regir la coexistencia, en suma ocupándose de la sociedad desde lógicas estatales; pero, sobre todo, ocupándose de aquellos espacios en los que pueden surgir problemas, movimientos, rupturas. Este Estado, producto de las nuevas gobernabilidades, tiene una enorme legitimidad. Es ahora un Estado capilar, porque gracias al arte de gobernar ha permeado los territorios de la pobreza con mucha mayor eficiencia que los caudillos clientelares del período neoliberal. Esos caudillos actuaban de modo vertical y autoritario, y por lo tanto siempre podían ser desbordados y, más aún, estaban destinados a ser desbordados.

Estamos transitando nuevas formas de dominación. Poco importa que vengan de la mano de fuerzas que se proclaman de izquierda, porque las nuevas artes de gober-

---

1. Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, FCE, Buenos Aires, 2006.
2. Idem, p. 95.
3. Una versión más amplia y detallada en Raúl Zibechi, "El arte de gobernar losmovimientos", en *Autonomías y emancipaciones*, Universidad Mayor de San Marcos, Lima, 2007.

nar las desbordan y las incluyen a la vez. No es que las izqueirdas se hayabn propuesto hacerlo así, sino que les tocó gobernar en un período en el que están surgiendo nuevas gobernabilidades. En otras parters del mundo, Irak por ejemplo, algunas de estas "artes" las practican las tropas de ocupación de los Estados Unidos. No interesa tanto quién sino cómo.

Lo que está en juego es la supervivencia misma de los movimientos, y de sus territorios como potenciales espacios de emancipación. En la medida que las nuevas formas de gobernar, que suelen ser ensayadas primero a escala municipal, desarticulan los movimientos sociales, pueden ser consideradas como parte del arsenal antisubversivo de los estados. Superar este desafío pasa, entre otros, por comprender lo que está cambiando, asumir las nuevas formas de dominación biopolíticas más allá de quienes las hagan rodar. Que sean las izquierdas las encargadas de hacerlo, no debería sorprender: el panóptico fue una creación de la Revolución Francesa, para enfrentar los desafíos que planteaba la caída del viejo régimen.

Raúl Zibechi
Montevideo, abril de 2008

CAPÍTULO 1

Relaciones entre movimientos y gobiernos progresistas

CIUDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

«No había clases. Mirabas y eran todos compañeros. ¡Avancemos!, decía alguien, y avanzábamos», así recuerda Jorge Jara la jornada del 20 de diciembre de 2001, en la que la movilización social derrocó al presidente Fernando De la Rúa, al costo de decenas de muertos. «Yo, desocupado, y a mi lado gente de traje y corbata. No importaba nada. Cuando esos hijos de puta disparan, no preguntan de qué clase social sos», recuerda con pasión y emoción. Sentados en el galpón comunitario del MTD, en San Francisco Solano, Orlando y Jorge relatan cómo vivieron la jornada del 20 de diciembre de 2001, muy cerca de Plaza de Mayo. En algún momento, alguien que se había acercado a escuchar dijo que «la lucha borra las diferencias». Otro integrante del movimiento recordó cómo un joven universitario, dos jóvenes piqueteros, vecinos de la zona y motoqueros[1], se juntaron en una esquina y, en cuestión de segundos, tomaron decisiones para escapar del peligro sin abandonar la confrontación con la policía. Los saberes de cada cual, multiplicados en un saber colectivo, horizontal, no jerárquico; cerca del peligro y vla muerte, las diferencias operaban potenciando la lucha.

Las jornadas en torno al 17 de octubre, en El Alto, Bolivia, tienen puntos en común con lo sucedido en Buenos Aires. Los levantamientos indígenas ecuatorianos, las acciones de los campesinos paraguayos, de los pobladores de Arequipa en su lucha contra las privatizaciones, y de otros actores urbanos y rurales en todo el continente, presentan en efecto algunas similitudes. El movimiento social latinoa-

1. Jóvenes que trabajan en «motos» para empresa que hacen repartos en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Los motoqueros jugaron un papel relevante en la jornada del 20 de diciembre actuando como enlaces y comunicadores entre los diversos grupos de manifestantes y formando barreras para impedir el avance de la policía.

mericano ha sido capaz (desde el Caracazo de 1989), de derribar gobiernos, frenar procesos de privatizaciones vneoliberales y, sobre todo, erigir a los antiguos habitantes del sótano -los excluidos o marginados- en actores centrales de las luchas sociales.

Sin embargo, los triunfos de los sectores populares suelen volverse en su contra o, por lo menos, no dan los resultados esperados. La lista de gobiernos progresistas que llegaron al poder gracias a la movilización social, en los últimos cinco años, es impresionante: el coronel Lucio Gutiérrez en Ecuador fue llevado al gobierno por un potente movimiento indígena; Carlos Mesa, de Bolivia, es presidente por la insurrección que en octubre de 2003 derribó a Gonzalo Sánchez de Lozada; Néstor Kirchner y Luiz Inacio Lula da Silva se convirtieron en presidentes por la labor de amplios movimientos sociales que debilitaron o hicieron entrar en crisis el modelo neoliberal. Alejandro Toledo alcanzó la presidencia de Perú como consecuencia de la intensa movilización social que desplazó al régimen de Alberto Fujimori; Tabaré Vázquez triunfó en Uruguay gracias a la tenaz resistencia del movimiento sindical al modelo neoliberal, que consiguió frustrar la política de privatizaciones. El gobierno de Hugo Chávez sería impensable sin la insurrección de 1989, denominada Caracazo, que fue el comienzo de la crisis que hizo estallar el sistema de partidos venezolano. Pero con la instalación de estos gobiernos comenzó una nueva etapa para los movimientos: éstos pierden su dinamismo y la iniciativa pasa al Estado, gestionado por personas que a menudo hablan un lenguaje similar al de los movimientos, enarbolan sus mismas banderas y dicen defender idénticos objetivos. Sin poner en duda la honestidad de los nuevos gobernantes, lo cierto es que se produjo un cambio radical en la relación de fuerzas: con el paso del tiempo, los movimientos descubren que los gobiernos que contribuyeron a instalar, tienen una lógica diferente y se proponen fortalecer el aparato estatal, deslegitimado por las políticas neoliberales. Dicho de otro modo: la existencia de gobiernos progresistas -que hoy son la mayoría en Sudamérica- fue posible por la lucha social que promovió el debilitamiento del modelo neoliberal, una cierta crisis de la representación y del propio Estado nacional. Los gobiernos elegidos en esa situación, se consagran a relegitimar los Estados. Para ello, suelen trabajar para dividir y cooptar a los movimientos y a sus dirigentes, porque ningún gobierno puede sobrevivir con movimientos movilizados y activos que, necesariamente, socavan su capacidad de gobernar. Por otro lado, cuanto más progresistas son los gobiernos, más posibilidades se le abren a los movimientos, siempre que acepten incrustarse -del algún modo- en las instituciones estatales, pero este paso los debilita como inspiradores de la movilización social. En todo caso, en ninguno de los países mencionados las nuevas dificultades han conseguido frenar la movilización y la construcción de nuevas realidades, que incluyen el fortalecimiento

de los movimientos desde nuevos lugares sociales. Los problemas señalados pueden ser un nuevo punto partida, pero también un alerta para movimientos de otros países que, tarde o temprano, deberán enfrentarse a dilemas para los que nadie tiene respuestas preparadas de antemano.

Las relaciones de los movimientos con los gobiernos progresistas y los Estados, tienen como trasfondo visiones diferentes y opuestas sobre el tema de los tiempos: así como existen los tiempos de los movimientos, sujetos a los tiempos de las comunidades, existen lo que podemos denominar como los «tiempos de la política institucional» o del poder estatal, cuyos desajustes suelen estar en la base de la tensión que se produce entre dirigentes y bases al interior de los propios movimientos. Los hechos recientes muestran, además, que los cambios en la dirección del Estado provocan desajustes en el seno de los movimientos, si estos se dejan atrapar por la agenda institucional del poder estatal y abandonan la agenda de prioridades que han construido a lo largo de décadas.

Argentina: entre la división y la movilización

En los hechos, en el seno de los movimientos se ha instalado el debate sobre la actitud hacia los nuevos gobiernos. Así como en Brasil los movimientos mantienen su dinamismo, han acertado en mantener su autonomía y están creando espacios de unidad para relanzar la movilización social, en Argentina y Bolivia la situación es mucho más compleja: en ambos países, predomina la división ante presidentes que han sabido tender puentes y desarrollar políticas que, aún parcialmente, recogen algunas de las demandas de los movimientos y las necesidades más urgentes de los ciudadanos.

En Argentina, desde que se instaló el gobierno de Kirchner, predomina la fragmentación del espacio piquetero. Entre los grupos mayoritarios, la Federación de Tierra y Vivienda, dirigida por Luis D'Elía, optó por convertirse en el brazo piquetero del gobierno. Con ello se aseguran un permanente flujo de recursos, pero han dejado de ser un referente ético y político para el resto del movimiento. Por su parte, los grupos vinculados a los partidos políticos (comunistas, trotskistas, maoístas y guevaristas) buscan mantener la movilización en la calle como forma de sortear los problemas derivados de una nueva coyuntura marcada por la «generosa» actitud del gobierno hacia los más pobres. Sólo unos pocos grupos han conseguido eludir la dinámica de hierro entre la cooptación y la movilización desgastante y a menudo sin mucho sentido.

Una radiografía más precisa del movimiento piquetero permite vincular las opciones políticas con la forma como están organizados los diferentes sectores. Así, los grupos

con una cultura organizativa vertical y caudillista, son los más proclives a someterse a los gobiernos, quizá porque necesitan alimentar las prácticas clientelares y mantener a los caudillos en sus puestos de mando. En el polo opuesto, los grupos con prácticas más horizontales son los que con más fuerza buscan mantener su autonomía. A grandes rasgos, los grupos cooptados por el gobierno suman un tercio del total del movimiento piquetero, los grupos ligados a los partidos de izquierda suman otro tercio y, finalmente, los llamados autónomos son algo menos de un tercio (Zibechi, 2003). Desde otra mirada, los grupos vinculados a los partidos son los más activos en la calle, reproduciendo las formas de lucha del período de ascenso de la movilización, pero sus convocatorios son cada vez menos acompañadas por sus seguidores y tienen menor eco social. Por último, los autónomos son los más creativos y los que están profundizando en la búsqueda de nuevas relaciones sociales.

El MTD de Solano es quizá el grupo piquetero que ve esta nueva situación con mayor perspectiva. Neka Jara asegura que luego de la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001, los cambios verdaderos ya no son visibles y esa falta de visibilidad suele desesperar a los militantes y dirigentes: «Pero no es eso lo más importante, sino lo que construimos detrás, que es más valioso que el espectáculo». En Solano sostienen que hay que saber esperar, que hace falta darle al tiempo la posibilidad de hacer su trabajo, que luchar «no sólo es ser visible». «Este es un fecundo silencio», concluyen (Lavaca, 2004). Lejos de la mirada estatal, algunos sectores del movimiento piquetero, varias asambleas barriales, fábricas recuperadas y algunos colectivos de campesinos, vienen tejiendo nuevas relaciones sociales que -en los hechos- son una respuesta desde abajo a la lógica centrada en el Estado. Los piqueteros argentinos están siendo capaces de producir una parte de sus alimentos en huertas colectivas en sus barrios, tienen puestos de salud y comienzan a abrir escuelas, a la vez que establecen vínculos de intercambio con otros grupos por fuera del mercado (MTD Solano y Colectivo Situaciones, 2002 y Zibechi, 2003). En paralelo, fábricas recuperadas y asambleas vecinales trenzan relaciones con desocupados creando espacios comunes, sobre todo en la distribución y comercialización de la producción. Están lejos de ser experiencias aisladas, ya que en barrios pobres de muchas ciudades del continente se están creando -o reformulando- iniciativas que indican que los sectores populares urbanos marchan en una dirección nueva: están pasando de sobrevivir en los servicios (desde lustrabotas hasta recolectores de basura, de changadores a comedores populares) para ingresar al terreno de la producción. No sólo están produciendo alimentos, y muchas veces otros productos como ropa, zapatos y artículos de todo tipo, sino que toman en sus manos una variada gama de aspectos de sus vidas

cotidianas que antes suministraba el Estado (salud y educación entre los más destacados). En suma, están produciendo y reproduciendo sus vidas, muchas veces sobre la base de criterios autogestionarios y solidarios, preocupados no sólo por lo que hacen sino sobre todo por cómo lo hacen. O sea, están empeñados en crear comunidad, o como quiera llamarse a los lazos horizontales, sin jerarquías, que registramos en los emprendimientos urbanos. En los últimos meses, se está produciendo una importante reconfiguración del movimiento social, ya que los sectores autónomos vienen cobrando impulso, al calor de las luchas sindicales de nuevo tipo (fábricas recuperadas como Zanón y trabajadores del subterráneo de Buenos Aires, entre otros), y por la apertura de nuevos espacios horizontales entre movimientos. El 3 de octubre se realizó el primer Encuentro por la Resistencia desde la Diversidad, en el que participaron más de 50 colectivos: desocupados, campesinos, grupos de derechos humanos, asambleas barriales, centros culturales, empresas recuperadas por sus obreros, estudiantes, cooperativistas, indígenas y colectivos de educación popular, entre otros. El denominador común es el arraigo territorial de los colectivos, la participación mayoritaria de jóvenes y mujeres, los vínculos solidarios y horizontales que practican, y la búsqueda de espacios de intercambio abiertos, informales y no institucionales, para compartir las experiencias (Indymedia Argentina, 2004).

Bolivia: recuperar la autonomía

El poderoso movimiento social que derribó al gobierno neoliberal de Gonzalo Sánchez de Lozada, se partió en dos al asumir Carlos Mesa. Por un lado, aparecen la Central Obrera Boliviana (COB), los sin tierra, el movimiento aymara, la Coordinadora del Gas de Cochabamba y las juntas vecinales de El Alto -epicentro de la insurrección de octubre de 2003- que mantienen en pie las banderas de la nacionalización del gas. Pero su poder de convocatoria se ha debilitado ante un gobierno que hace concesiones y busca aislarlos. Por otro lado, están los cocaleros dirigidos por Evo Morales y su Movimiento al Socialismo (MAS), que actúan como base de apoyo al gobierno, trazándose como objetivo las elecciones municipales -realizadas el primer domingo de diciembre- como punto de apoyo para llegar al gobierno en 2007. La división entre ambos sectores sociales tuvo su punto alto durante el referéndum del 18 de julio, que debía zanjar el tema del gas. Y asumió la forma de enfrentamiento entre el líder aymara Felipe Quispe, que abandonó su banca como diputado para enfrentar al gobierno en la calle, y el propio Morales con su estrategia institucional. Sin embargo, esta división está facilitando la tarea continuista, y entreguista de los recursos naturales, de Mesa. «Si en 2003 se logró esa singular concurrencia de la energía social en tiempo y espacio bajo un objetivo común -recuperar el gas para los bolivianos- que entrelazaba múltiples demandas sectoriales, en 2004 (...) los ritmos políticos los

estableció el Estado» (Gutiérrez, 2004). En la nueva situación, el movimiento social se limita a reaccionar ante las iniciativas que vienen del establecimiento, habiendo perdido autonomía para formular propuestas y encarar acciones. El sector aymara, liderado por Quispe y la central campesina (CSUTCB), pero que cuenta con fuerte apoyo en las juntas vecinales de El Alto (FEJUVE), tiene como objetivo la construcción de la «nación aymara»[2]. Van configurando una estrategia diferente a la de los zapatistas, que han optado por construir autonomías en el marco la nación mexicana. Pero se diferencian también de la opción de la plurinacionalidad de los indios ecuatorianos. Los aymaras no hablan de Estado sino de nación; no pretenden ocupar o tomar el Estado boliviano sino sustituirlo por una nación autogobernada por las comunidades. Estamos ante un proyecto muy diferente, mucho más radical que los que defienden los indios chiapanecos y ecuatorianos, pero también mucho más difícil de implementar. Por esa razón, la relación de los aymaras con el Estado boliviano es muy conflictiva y sin aparente solución de no mediar una guerra civil social que, de hecho, ya han declarado.

Ecuador: la trampa estatal

Mientras en Argentina y Bolivia el movimiento está dividido por sectores, y en Brasil mantiene la unidad orgánica en torno al MST y la Coordinadora de Movimientos Sociales, en Ecuador el Estado consiguió co-optar franjas importantes del movimiento y a dirigentes históricos, instalando la división en el seno de un movimiento unificado en una poderosa organización como la Conaie (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador). Desde 1990, el movimiento indígena ecuatoriano se convirtió en el principal actor social y político del país, y fue sin duda el movimiento más amplio, potente y maduro de la región. Desde el levantamiento del Inti Raymi, en junio de 1990, la Conaie como expresión unitaria de los indios de la sierra, la costa y la amazonía, desplegó una potente acción social que se plasmó en varios levantamientos y consiguió derribar dos gobiernos: el de Abdalá Bucaram en 1997 y el de Jamil Mahuad en enero de 2000. En una década y media el movimiento construyó amplias alianzas sociales, creó un frente político-electoral (Pachakutik), tomó el poder durante algunas horas, integró un gobierno durante medio año y, finalmente, retornó a la oposición y la lucha de calles. Es un caso único en el continente de un movimiento formado y dirigido por los más pobres y marginados, que logra encumbrarse al aparato estatal. Ahora, el movimiento indígena ecuatoriano está intentando curar las heridas de esta fracasada participación en el gobierno. En 1996 la Conaie, junto a otros movimientos, creó Pachakutik, instrumento político-electoral con el que se convirtió en sujeto político. En 1998 la presión del movimiento social impuso la convocatoria de una Asamblea Constituyente en la que se debía

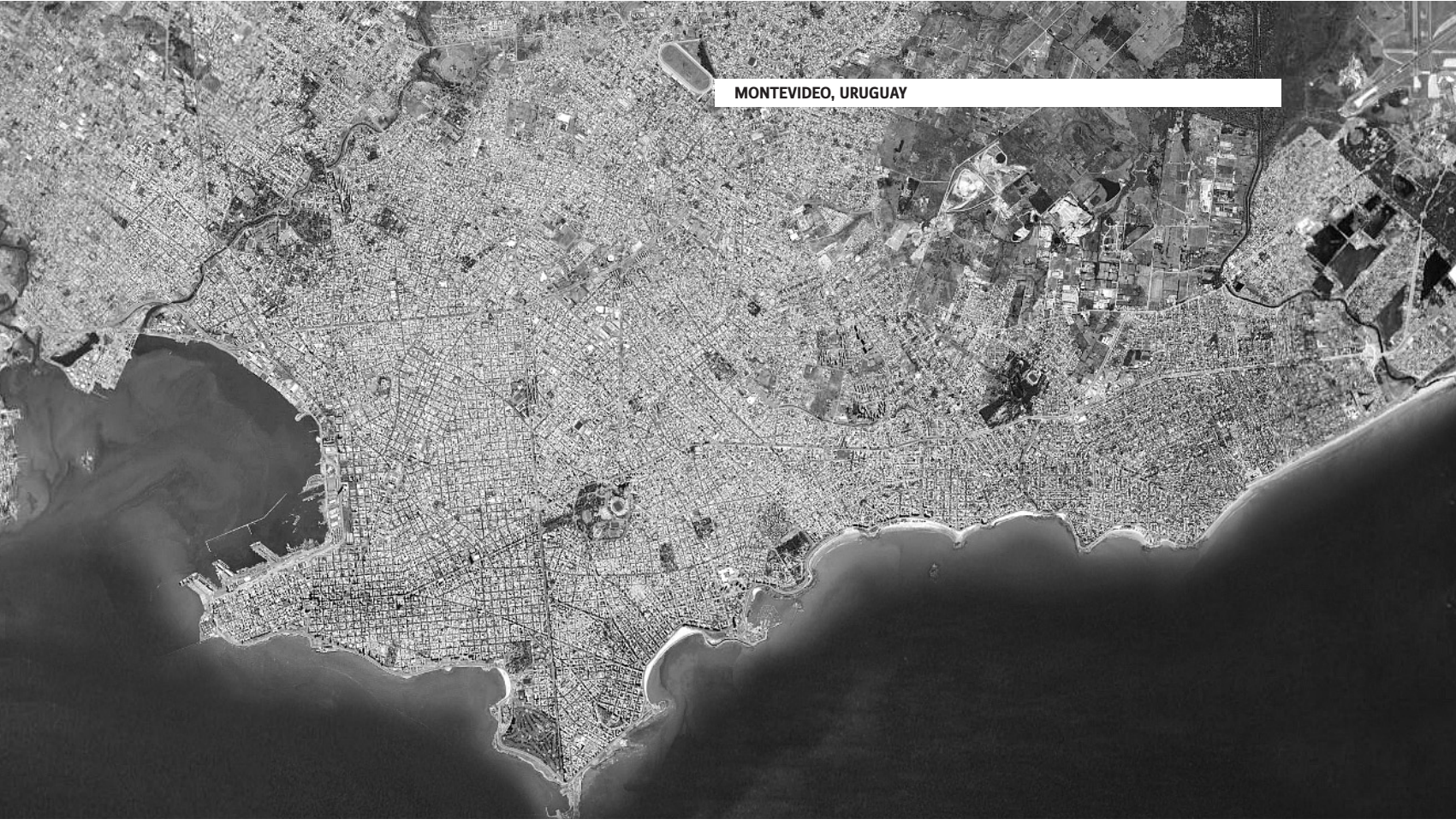
definir la característica del nuevo Estado, que debía reconocer nuevas instituciones (asentadas en el sujeto comunitario y la administración de justicia indígena). Pero la clase política consiguió deformar las aspiraciones del movimiento: al armar las reglas del juego para la elección de constituyentes, favoreció a los partidos, mientras los representantes de los movimientos sociales e indígenas concurrieron en desventaja, al mantenerse en pie los mecanismos de clientelismo y caciquismo a la hora de la elección. Hacia el año 2000 se registra la clausura del espacio político que los indios venían reclamando desde 1990. Los levantamientos de 1999, encabezados por la Conaie, muestran la creciente descomposición del Estado. En ese marco crítico, la Conaie se convierte en alternativa de poder, sus dirigentes se separan de sus bases y adoptan la táctica de la conquista del poder que no entraba en el proyecto político originario de construir un Estado plurinacional. Dicho de otro modo, la Conaie pasa de movimiento social alternativo a disputar el espacio político estatal, y por lo tanto adopta la lógica estatista. Al dar ese paso, el movimiento indígena puso en riesgo la acumulación política y organizativa procesada en más de veinte años, ya que «asumir la lógica del poder puede implicar la destrucción de la experiencia ganada como contrapoder» (Dávalos, 2001). Luego, la Conaie apoyó la candidatura de Lucio Gutiérrez a la presidencia y durante seis meses participó en su gobierno. Una vez que el movimiento adopta esta táctica, queda aprisionado en una lógica que -inevitablemente- tiende a autodestruirlo. Salir del gobierno fue la forma de evitar que la destrucción fuera completa. En este punto, valen dos aclaraciones: no puede achacarse en exclusiva al gobierno de Gutiérrez el intento de destrucción, división y sometimiento del movimiento, ya que éste dio los pasos que le permitieron a aquel proceder de esa forma. El movimiento ecuatoriano está debatiendo los caminos a seguir. La Confeniae Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía), es una de las organizaciones donde la división y la cooptación por el Estado ha calado más hondo. Uno de sus dirigentes históricos, Antonio Vargas, es ahora ministro de Bienestar Social del gobierno neoliberal de Gutiérrez, y desde su cargo reparte dinero entre las diferentes nacionalidades de la selva. Existen duros enfrentamientos entre algunas etnias y los dirigentes de la Confeniae, que dejan un amargo sabor entre sus miembros. La parlamentaria kichwa Mónica Chuji Gualinga, sostiene que la crisis del movimiento se debe a la alianza que se realizó con el gobierno de Gutiérrez, «sin ninguna consulta a las bases y sin ninguna discusión o acuerdo programático», que fue manejada de espaldas a las bases (Chuji, 2004). La recuperación del movimiento pasa por las comunidades. Como en otros

2. CSUTCB: Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. FEJUVE:Federación de Juntas Vecinales de El Alto.

períodos difíciles, marcados por la confusión, son las bases profundas del mundo indio las que están dando respuestas alentando la recomposición de abajo arriba, sobre bases más sólidas. Quizá la lección sea que o hay atajos que pasen por el Estado y sus instituciones, más allá de que la participación en ciertos niveles -como viene haciendo el movimiento en las alcaldías pequeñas y medianas- puede contribuir a fortalecerlo. El movimiento indígena subestimó al sistema político, concluyen algunos analistas cercanos a la Conaie. Algo similar sucede con los demás movimientos del continente, de ahí que los sin tierra de Brasil hayan optado por permanecer fuera de las instituciones, y algunos grupos piqueteros rehuyan todo contacto con las instituciones. Ingresar al sistema político tiene sus beneficios y sus costos: puede influirse más en la agenda oficial, pero la organización debe adecuarse a sus modos y tiempos. Los tiempos comunitarios -lentos para los parámetros de la modernidad y la media- suelen ser abandonados para dar respuestas a las exigencias de coyuntu289 ras que cambian con gran rapidez. De forma casi ineludible, con la adopción de los «tiempos políticos» se produce una separación entre bases y dirigentes en la que éstos dejan de ser controlados y 'mandatados' por aquellas. El Estado no es una «cosa» sino una relación social, marcada a fuego por el verticalismo, la separación entre dirigentes y bases, escisión que es una de las condiciones básicas de la representación en las sociedades modernas. Ciertamente, no existen recetas sobre cómo actuar en las nuevas circunstancias. Pero la necesidad de salvaguardar la autonomía, parece la condición ineludible para no verse atrapados en situaciones que pueden dañar de forma irreparable a los movimientos.

CAPÍTULO 2

Las periferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?


MONTEVIDEO, URUGUAY

Cuando el proletariado se mostraba rebelde y actuaba por su cuenta, se le describía como un monstruo, una hidra policéfala.
Peter Linebaugh y Marcus Rediker
La hidra de la revolución

Si a comienzos del siglo XXI algún fantasma capaz de atemorizar a las elites está recorriendo América Latina, es seguro que se hospeda en las periferias de las grandes ciudades. Del corazón de las barriadas pobres han surgido en las dos últimas décadas los principales desafíos al sistema dominante: desde el Caracazo de 1989 hasta la comuna de Oaxaca en 2006.

Prueba de ello son los levantamientos populares de Asunción en marzo de 1999, Quito en febrero de 1997 y enero de 2000, Lima y Cochabamba en abril de 2000, Buenos Aires en diciembre de 2001, Arequipa en junio de 2002, Caracas en abril de 2002, La Paz en febrero de 2003 y El Alto en octubre de 2003, por mencionar sólo los casos más relevantes.

En las páginas que siguen pretendo hacer un breve y selectivo recorrido por algunos movimientos urbanos a lo largo del último medio siglo, con la esperanza de comprender los itinerarios de larga duración y las agendas ocultas de los sectores populares urbanos. Ellas no son formuladas de modo explícito o racional por los pobres de las ciudades, en clave de estrategias y tácticas o de programas políticos o reivindicativos, sino que, como suele suceder en la historia de los oprimidos, el andar hace camino. Esta convicción me sugiere que sólo a posteriori puede reconstruirse la coherencia de un recorrido que siempre suele rebasar o enmendar las intenciones iniciales de los sujetos. Previamente repaso las nuevas estrategias que está formulando la derecha imperial para abordar los desafíos que suponen las periferias de las grandes ciudades y pongo en cuestión, también de modo sucinto, un conjunto de tesis que cuestionan la posibilidad de que los marginados sean sujetos políticos.

Militarización y estado de excepción

El control de los pobres urbanos es el objetivo más importante que se han trazado tanto los gobiernos como los organismos financieros globales y las fuerzas armadas de los países más importantes. Se estima que mil millones de personas viven en las barriadas periféricas de las ciudades del tercer mundo y que los pobres de las grandes ciudades del mundo trepan a dos mil millones, un tercio de la humanidad. Esas cifras se duplicarán en los próximos 15 a 20 años, ya que el crecimiento de la población mundial se producirá íntegramente en las ciudades y un 95% se registrará en los suburbios de las ciudades del sur (Davis, 2006b). La situación es más grave aún de lo que muestran los números: la urbanización, como señala Mike Davis, se ha desconectado y autonomizado de la industrialización y aún del crecimiento económico, lo que implica una "desconexión estructural y permanente de muchos habitantes de la ciudad respecto de la economía formal" (Davis, 2006b), mientras los modos actuales de acumulación siguen expulsando personas del campo.

Muchas grandes ciudades latinoamericanas parecen por momentos al borde de la explosión social y varias de ellas han venido estallando en las dos últimas décadas por los motivos más diversos. El temor de los poderosos parece apuntar en una doble dirección: aplazar o hacer inviable el estallido o la insurrección y, por otro lado, evitar que se consoliden esos "agujeros negros" fuera del control estatal donde los de abajo "ensayan" sus desafíos que pronto se convierten en rebeliones como señala James Scott (2000).

Por eso, en todo el continente los planes sociales han puesto en la mira a las poblaciones de las periferias urbanas, donde buscan instrumentar nuevas formas de control y disciplinamiento a través de subsidios y un conocimiento más fino de esas realidades. Por otro lado, las publicaciones dedicadas al pensamiento estratégico y militar, así como los análisis de los organismos financieros, dedican en los últimos años amplios espacios a abordar los desafíos que presentan las maras y las pandillas, y a debatir los nuevos problemas que plantea la guerra urbana[1]. Los conceptos de "guerra asimétrica" y de "guerra de cuarta generación" son respuestas a problemas idénticos a los que plantean las periferias urbanas del tercer mundo. Los estrategas ven con claridad el nacimiento de un tipo de guerra diferente, en el que la superioridad militar no juega un papel decisivo. Desde este punto de vista, los planes sociales y la militarización de las periferias pobres son dos caras de una misma política ya que buscan controlar a las poblaciones que están fuera del alcance de los estados[2].

El estado ha perdido el monopolio de la guerra y las elites sienten que los "peligros" se multiplican. "En casi todos los lugares, el estado está perdiendo", asegura William Lind, director del Centro para el Conservadurismo Cultural de la Fundación del Congreso Libre (Lind, 2005).

Pese a ser partidario de abandonar Irak lo antes posible, Lind defiende la "guerra total" que supone enfrentar a los enemigos en todos los terrenos: económicos, culturales, sociales, políticos, comunicacionales y también militares. Un buen ejemplo de esta guerra de espectro total es que los peligros para la hegemonía estadounidense anidan en todos los aspectos de la vida cotidiana o, si se prefiere, en la vida a secas. A modo de ejemplo, considera que "en la guerra de cuarta generación, la invasión mediante la inmigración puede ser tan peligrosa como la invasión que emplea un ejército de estado" (Lind, 2005). Los nuevos problemas que nacen a raíz de la "crisis universal de legitimidad del estado" ponen en el centro a los "enemigos no estatales". Esto lo lleva a concluir con una doble advertencia a los mandos militares: ninguna fuerza armada ha logrado éxito ante un enemigo no estatal; pero el problema de fondo, es que las fuerzas armadas de un estado fueron diseñadas para luchar contra las fuerzas armadas de otro estado. Esta paradoja está en el núcleo del nuevo pensamiento militar, que debe ser reformulado completamente para asumir desafíos que antes correspondían a las áreas "civiles" del aparato estatal. La militarización de la sociedad para recuperar el control de las periferias urbanas no es suficiente, como lo revela la experiencia militar reciente en el tercer mundo.

Los mandos militares que se desempeñan en Irak parecen tener clara conciencia de los problemas que deben enfrentar. El general de división Peter W. Chiarelli en base a su reciente experiencia en Bagdad, pero sobre todo en el suburbio de Ciudad Sadr, sostiene:

La conducción de la guerra en la forma que estamos acostumbrados, ha cambiado. La progresión demográfica en las grandes áreas urbanas junto con la inhabilidad del gobierno local de mantenerse al paso con los servicios básicos crean las condiciones ideales para que los ideólogos fundamentalistas saquen provecho de los elementos marginados de la población. Emplear nuestra fuerza económica con un instrumento de poder nacional equilibra el proceso de logar el éxito sostenible a largo plazo (Military Review, 2005: 15).

La seguridad es el objetivo a largo plazo, pero no se consigue con acciones militares. "Las operaciones de combate proporcionarían las victorias posibles a corto plazo

---

1. Véase a modo de ejemplo: Steven Boraz y Thomas Bruneau, "La Mara Salvatrucha y la Seguridad en América Central", *Military Review*, noviembre-diciembre de 2006; Federico Brevé, "Las Maras: Desafío Regional", *Military Review*, marzo-abril 2007; Peter W. Chiarelli, "Lograr la paz: el requisito de las operaciones de espectro total", *Military Review*, noviembre-diciembre de 2005; Ross A. Brown, "La evaluación de un comandante: Bagdad del Sur", *Military Review*, mayo-junio de 2007; C G Blanco, "Mara Salvatrucha 13", *Instituto Nueva Mayor*ía, 5 de agosto de 2005; Miguel Díaz, "La otra guerra que Washington no está ganando", *Instituto Nueva Mayor*ía, 16 de marzo de 2007; *Banco Interamericano de Desarrollo*, Seminario "La faceta ignorada de la violencia juvenil: estudios comparativos sobre maras y pandillas".
2. He abordado los planes sociales como forma de control y disciplinamiento de los pobres en Zibechi, 2006a.

(...) pero a la larga, sería el comienzo del fin. En el mejor de los casos, causaríamos la expansión de la insurgencia" (Military Review, 2005: 15). De ahí concluye que las dos líneas de acción tradicionales, como las operaciones de combate y el adiestramiento de fuerzas de seguridad locales, son insuficientes. Se propone asumir tres líneas de acción "no tradicionales", o sea aquellas que antes correspondían al gobierno y a la sociedad civil: dotar a la población de servicios esenciales, construir una forma de gobierno legítimo y potenciar el "pluralismo económico". Con las obras de infraestructura buscan mejorar la situación de la población más pobre y a la vez crear fuentes de empleo que sirvan para enviarles señales visibles de progreso. En segundo lugar, crear un régimen "democrático" es considerado un punto esencial para legitimar todo el proceso. Para los mandos de Estados Unidos en Irak, el "punto de penetración" de sus tropas fueron las elecciones del 30 de enero de 2005. En el pensamiento estratégico la democracia queda reducida a la emisión del voto, que no sólo no es contradictorio sino funcional a un estado de excepción permanente (Agamben, 2003). Por último, mediante la expansión de la lógica del mercado, que busca "aburguesar los centros de las ciudades y crear concentraciones de empresas" que se conviertan en un sector dinámico que impulse al resto de la sociedad, se intenta reducir la capacidad de reclutamiento de los insurgentes (Military Review, 2005: 12).

Véase cómo la "democracia", la expansión de los servicios y la economía de mercado son mecanismos que se ponen al servicio del objetivo esencial: fortalecer el poder y la dominación. Este conjunto de mecanismos es lo que hoy las fuerzas armadas de la principal potencial global consideran como la forma de obtener "seguridad verdadera a largo plazo". En adelante, la población pobre de las periferias urbanas será, en la jerga militar, "el centro de gravedad estratégico y operacional". En las circunstancias de países con estados débiles y altas concentraciones de pobres urbanos, los mecanismos biopolíticos se inscriben como parte del proceso de militarización de la sociedad. En tanto, las fuerzas armadas son las que ocupan durante un tiempo el lugar del soberano, reconstruyen el estado y ponen en marcha -de modo absolutamente vertical y autoritario- los mecanismos biopolíticos que aseguran la continuidad de la dominación. Los mecanismos de control disciplinarios y los biopolíticos aparecen entrelazados y, en casos extremos como Irak, las favelas de Rio de Janeiro o las barriadas de Puerto Príncipe en Haití, forman parte esencial de los planes militares.

La política de Estados Unidos después de los atentados del 11 de setiembre de 2001 se ajusta al concepto de "estado de excepción permanente" que establece Agamben, aunque se trata de la consolidación de una tendencia que ya se venía imponiendo de modo consistente. Se aplica de modo indistinto en situaciones y por razones muy diversas, desde

problemas políticos internos hasta amenazas exteriores, desde una emergencia económica hasta un desastre natural. En efecto, el estado de excepción se aplicó en situaciones como la crisis económico-financiera argentina que eclosionó en diciembre de 2001 en un amplio movimiento social; para enfrentar los efectos del huracán Katrina en Nueva Orleáns; para contener la rebelión de los inmigrantes pobres de las periferias de las ciudades francesas. Lo común, más allá de circunstancias y países, es que en todos los casos se aplica para contener a los pobres de las ciudades: negros, inmigrantes, desocupados. Para Agamben, el totalitarismo puede ser definido como "la instauración, a través del estado de excepción, de *una guerra civil legal*, que permite *la eliminación física* no sólo de los adversarios políticos sino de *categorías enteras de ciudadanos* que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político" (Agamben, 2003: 25). Esas categorías son, principalmente, los habitantes de los barrios populares, aquellos sectores que quedaron desconectados de la economía formal, de modo permanente y estructural.

Walter Benjamin en su octava tesis "Sobre el concepto de historia", asegura que "la tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción en el que vivimos es la regla". Luego de reconocer que la afirmación se sustenta en la realidad de la vida cotidiana de los de abajo, se impone abordar la segunda parte de la misma tesis, que sostiene que "debemos llegar a un concepto de historia que se corresponda con esta situación". Para ello no parece suficiente cuestionar la idea occidental de progreso. El nudo del problema está en el llamado estado de derecho que se basa en la violencia ("violencia mítica" dice Benjamin) como creadora del derecho y como garantía de su conservación. Si efectivamente "el derecho es el sometimiento al poder de una parte de la vida" (Mate, 2006: 147), esa porción de vida es la que corresponde a una parte de la sociedad que vive en un espacio sin ley.

Este dominio de la vida por la violencia es lo que Agamben registra en el campo de concentración, el espacio donde se materializa el estado de excepción convertido en el modo de gobierno dominante en la política actual (Agamben, 1998). Pero la *nuda vida* a la que ha sido reducida la vida humana en el campo (o en la periferia urbana) supone un desafío para las formas de hacer política, y de cambiar el mundo, hegemónicas desde la revolución francesa en occidente. Dicho en términos de Agamben, "desde los campos de concentración no hay retorno posible a la política clásica", en la medida en que ya no hay distinción posible entre "ciudad y casa", entre "nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo político" (Agamben, 1998: 238).

¿No hay salida? ¿El estado totalitario llegó para quedarse y no nos queda otra opción que convertirnos, en la medida que desafiemos el orden imperial, en objetos condenados a habitar campos como Guantánamo? Agamben

asegura que el éxodo no es opción practicable, en gran medida porque, por lo menos en el primer mundo, no hay un afuera al que emigrar ya que el estado-capital ha colonizado todos los poros de la vida. Lo que es seguro es que no puede encontrarse alternativa fuera o lejos de los espacios en los que impera el estado de excepción, de los campos-periferias en los que se vive con un dólar al día, porque es allí donde se manifiesta en toda su crudeza la verdadera "estructura originaria de la estatalidad" (Agamben, 1998: 22).

El retorno de las clases peligrosas

En el trasfondo de esta situación está la crisis del liberalismo y la crisis de los estados-nación. El punto de quiebre fue la revolución mundial de 1968 que mostró a las clases dirigentes que no podían mantener en pie el estado benefactor (y era imposible extenderlo a todo el mundo) sin afectar el proceso de acumulación de capital. La fórmula del estado liberal (sufragio universal más estado del bienestar) "funcionó maravillosamente" como medio para "contrarrestar las aspiraciones democráticas" y "contener a las clases peligrosas" (Wallerstein, 2004: 424)[3]. En los países centrales, este sistema podía mantenerse en base a la explotación del Sur asentada en el racismo. Pero la revolución de 1968 convenció a las clases dominantes que debían dar un golpe de timón, y así lo hicieron. Estamos ante un cambio sistémico de larga duración. En adelante, "los países del Sur no pueden esperar un desarrollo económico sustancial" pero la presión democratizadora –o sea "una actitud igualitaria y antiautoritaria"- sigue creciendo. El resultado, una vez abandonado el estado benefactor que integró a los de abajo y les dio esperanzas de un mundo mejor, es que "las clases peligrosas vuelven a serlo" (Wallerstein, 2004: 424).

En el lugar del estado benefactor y de la sociedad industrial se instala un caos multiforme y multicausal. Wallerstein enfatiza cinco aspectos que lo potencian: el debilitamiento de los estados, la escalada de guerras y conflictos violentos ante la ineficacia del sistema interestatal, el ascenso de multitud de grupos defensivos, el aumento de crisis locales, nacionales y regionales, y la proliferación de nuevas enfermedades (Wallerstsein, 2004: 425-427). Las periferias urbanas representan una de las fracturas más importantes en un sistema que tiende al caos. Allí es donde los estados tienen menor presencia, donde los conflictos y la violencia que acompañan la desintegración de la sociedad son parte de la cotidianeidad, donde los grupos tienen mayor presencia al punto que en ocasiones consiguen el control de las barriadas y, finalmente, es en esos espacios donde las enfermedades crecen de modo exponencial. Dicho en los términos de Wallerstein, en los suburbios confluyen algunas de las más importantes fracturas que atraviesan al capitalismo: de raza, clase, etnicidad y género. Son

los territorios de la desposesión casi absoluta. Y de la esperanza, digamos con Mike Davis.

Pero hay un aspecto tan importante como la crisis de los estados que, aunque no es mencionado por los estrategas de los Estados Unidos, parece estar jugando un papel relevante. Wallerstein detecta ocho grandes diferencias entre la anterior fase de expansión capitalista, que sitúa entre 1945 y 1967/73, y la actual que supone se extenderá hasta 2025 aproximadamente. Sin entrar en detalles, esas diferencias son: la existencia de un mundo bipolar (sostiene que la "entente" USA-URSS conformaba un mundo unipolar); no habrá inversiones en el Sur; fuerte presión inmigratoria hacia el Norte; crisis de las capas medias en el Norte; límites ecológicos al crecimiento económico, desruralización y urbanización; capas medias y pobres tienden a unirse en el Sur; y ascenso de la democratización y declive del liberalismo (Wallerstein, 2004: 418-424). La crisis de las clases medias y su posible unidad con los pobres haría insostenible el sistema y terminaría por horadar su legitimidad, sostiene este análisis.

Es cierto que en el período de prosperidad "las capas medias se convirtieron en un pilar importante para la estabilidad de los sistemas políticos y constituyeron de hecho un pilar muy robusto (Wallerstein, 2004: 420). Hoy, incluso en el Norte, las nuevas formas de acumulación se apoyan en procesos productivos que disminuyen considerablemente el porcentaje de capas medias y se reducen los presupuestos estatales. Estas decisiones han sido tomadas por el capital como forma de relanzar el proceso de acumulación dañado por la oleada de militancia obrera de los 60. Pero ahora se le añaden otros problemas, como la existencia de varios polos de crecimiento enfrentados. La ardua competencia entre capitalismos conlleva una potente lucha por desprenderse de todos los gastos que sean posibles, lo que debilita estructuralmente a las capas medias.

En paralelo, el debilitamiento de las capas medias es un factor que agudiza la crisis de legitimidad de los estados. La apropiación de plusvalor "tiene lugar de forma que no son dos, sino tres, los participantes en el proceso de explotación", ya que existe un "nivel intermedio que participa en la explotación del estrato más bajo pero también es explotado por el más alto" (Wallerstein, 2004: 293). En la misma fábrica, es decir en el núcleo de la producción capitalista, prolifera una amplia capa de personas que responden a esa característica: capataces y sus ayudantes, controladores, supervisores, administrativos. Incluso en los países del tercer mundo esa capa llegó a representar entre el 15 y el 20% del total de trabajadores fabriles[4]. Se trata de

3. Un análisis más detallado se puede encontrar en Immanuel Wallerstein *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México, 1996.

4. Creo haber demostrado que la derrota de la clase obrera uruguaya estuvo ligada, entre otras, a la capacidad de los capitalistas de aislarlos al cederle poder a las capas medias (Zibechi, 2006c).

una cuestión política de primer orden:

Este formato en tres estratos tiene un efecto esencialmente estabilizador, mientras que un formato en dos estratos sería esencialmente desintegrador. No quiero decir con esto que siempre existan tres estratos; lo que digo es que los que se hallan en el estrato superior siempre tratan de asegurar la existencia de tres estratos a fin de preservar mejor sus privilegios, mientras que los que se hallan en el estrato inferior, por el contrario, tratan de reducirlos a dos, para desmantelar más fácilmente esos privilegios. Este combate sobre la existencia de un tercio intermedio es continuo, tanto en términos políticos como de conceptos ideológicos básicos (pluralistas contra maniqueos), y es la cuestión clave en torno a la que se centra la lucha de clases. (Wallerstein, 2004: 293)

Este modelo trimodal puede aplicarse al planeta (centro, semi-periferia, periferia) y también a las ciudades (barrios para ricos, para capas medias y barriadas). El problema que enfrenta la dominación en muchos países latinoamericanos es que las capas medias son clases en decadencia, igual que la clase obrera industrial, mientras los pobres de las barriadas, los llamados marginados o excluidos, son clases en ascenso. Por eso generan tanto temor, y por la misma razón hay tantos proyectos focalizados destinados a controlarlos: planes militares y planes sociales. Muchas sociedades del continente tienden a la polarización, sobre todo en momentos de agudas crisis. Cuando eso sucede, o por lo menos cuando esa es la percepción generalizada, como sucedió en Argentina en 2001 y en Bolivia en 2003, a las elites les resulta indispensable ceder para no perder sus privilegios. Las periferias urbanas concentran los sectores sociales que se han desconectado de la economía formal y se convirtieron en territorios fuera de control de los poderosos. Las elites intentan resolver esta "anomalía" a través de una creciente militarización de esos espacios y de modo simultáneo aplican modos biopolíticos de gobernar multitudes para obtener seguridad a largo plazo.

La peculiaridad latinoamericana es que las técnicas biopolíticas están siendo implementadas por los gobiernos progresistas a través de los planes sociales, pero también desembarcan en la punta de los fusiles de fuerzas militares que actúan como ejércitos de ocupación, aún en sus propios países. En Brasil, por poner apenas un ejemplo, se aplican ambas de modo simultáneo: el pan Hambre Cero es compatible con la militarización de las favelas. Las izquierdas latinoamericanas consideran a las periferias pobres como reductos de delincuencia, narcotráfico y violencia, espacios donde reina el caos y algo así como la ley de la selva. La desconfianza ocupa el lugar de la comprensión. En este punto no hay la menor diferencia entre derecha e izquierda.

Mike Davis ha conseguido echar una mirada diferente hacia las periferias urbanas y sintetiza los desafíos que presentan en una acertada frase: "Los suburbios de las ciuda-

des del tercer mundo son el nuevo escenario geopolítico decisivo" (Davis, 2007). Este trabajo pretende responder brevemente, para el caso de América Latina, cómo y porqué estas periferias se han convertido en esos "escenarios decisivos". Más aún: en los espacios desde los que las clases subalternas han lanzado los más formidables desafíos al sistema capitalista, hasta convertirse en algo así como contrapoderes populares de abajo.

1. ¿Pueden los marginados ser sujetos?

Las ciencias sociales y buena parte del pensamiento crítico no parecen estar acertando a la hora de comprender la realidad de las periferias urbanas de América Latina. Las categorías clasistas, la confianza ciega en las fuerzas del progreso, la aplicación de conceptos acuñados para otras realidades, han distorsionado la lectura de esos espacios donde los sectores populares oscilan entre la rebelión, la dependencia de caudillos y la búsqueda de prebendas del Estado. Se insiste en considerar las barriadas como una suerte de anomalía, casi siempre un problema y pocas veces como espacios con potenciales emancipatorios. Veremos brevemente algunas de estas ideas.

Federico Engels en su polémica con Proudhon, reflejada en *El problema de la vivienda*, hace hincapié en que la propiedad -de la tierra o de la vivienda- es una rémora del pasado que impide al proletariado luchar por un mundo nuevo. Marx y Engels creían que el completo despojo es lo que permite a los proletarios luchar por un mundo nuevo, razón por la que ambos creyeron que el campesinado nunca sería una clase revolucionaria. Por el contrario, Proudhon sostenía que el hombre del paleolítico, que tiene su caverna, y el indio, que posee su propio hogar, estaban en mejores condiciones que los obreros modernos que habían quedado "prácticamente en el aire". La respuesta de Engels desnuda las dificultadas del marxismo, ligadas a una concepción lineal de la historia, por lo que vale citarla pese a su extensión:

> Para crear la clase revolucionaria moderna del proletariado era absolutamente necesario que fuese cortado el cordón umbilical que ligaba al obrero del pasado con la tierra. El tejedor a mano, que poseía, además de su telar, una casita, un pequeño huerto y una parcela, seguía siendo a pesar de toda la miseria y de toda la opresión política, un hombre tranquilo y satisfecho, 'devoto y respetuoso', que se quitaba el sombrero ante los ricos, los curas y los funcionarios del Estado y que estaba imbuido de un profundo espíritu de esclavo. Es precisamente la gran industria moderna la que ha hecho del trabajador encadenado a la tierra un proletario proscrito, absolutamente desposeído y liberado de todas las cadenas tradicionales. La expulsión del obrero de toda casa y hogar (...) fue la condición primerísima de su emancipación espiritual.

El proletariado de 1872 se halla a un nivel infinitamente más elevado que el de 1772, que poseía `casa y hogar´. ¿Acaso el troglodita con su caverna, el australiano con su cabaña de adobe y el indio con su hogar propio pueden realizar alguna vez una Comuna de París? (Engels, 1976: 30-31)

Por cierto, Proudhon sostenía la idea de que a través de la propiedad los trabajadores mejorarían su situación en la sociedad, cuestión que Engels critica acertadamente. Pero tampoco es cierto que la propiedad sea, en abstracto, un freno para constituirse en sujeto. Las luchas sociales latinoamericanas muestran todo lo contrario. Ha sido precisamente el haber mantenido o re-creado espacios bajo su control y posesión lo que ha permitido a los sectores populares resistir los embates del sistema. La conquista de la tierra, la vivienda, las fábricas, ha sido el camino adoptado para potenciar sus luchas. En paralelo, desde esos territorios conquistados los pobres han lanzado formidables desafíos a los estados y las elites. Ni Engels ni los demás marxistas han considerado que el capitalismo, lejos de ser un progreso, fue una paso atrás significativo en la vida de los pobres de la tierra. No valoran, en particular, la pérdida de autonomía que representó la liquidación de sus huertos, sus viviendas y sus formas de producción, que les brindaban un paraguas protector ante la desnudez en que los deja el capitalismo.

Los movimientos campesinos e indígenas se hicieron fuertes en la defensa de sus tierras y en la recuperación de las tierras arrebatadas por los latifundistas. El movimiento de campesinos sin tierra de Brasil ha conquistado en 27 años más de 22 millones de hectáreas, una superficie superior a la de varios países europeos. Y desde esas tierras, distribuidas en unos cinco mil asentamientos, siguen luchando por la reforma agraria sin esperar a conquistar el poder estatal. En América Latina los pobres están haciendo una reforma agraria desde abajo. Los indígenas están recuperando sus territorios ancestrales y desde ellos resisten a las multinacionales; en esos territorios ensayan formas de vida diferentes a las hegemónicas. Como veremos más adelante, caminos muy similares son los que están emprendiendo los pobres urbanos, con muchas más dificultades por cierto.

En el terreno del marxismo, el urbanista francés Henri Lefebvre se aparta del economicismo y aborda la cuestión urbana con un espíritu abierto, partiendo de que la acumulación de capital tiene una impronta geográfica ya que sobrevive ocupando y produciendo espacio. Reconoce que la "producción de espacio" choca con la propiedad privada del suelo urbano. Relata con acierto la experiencia europea, en la que las clases en el poder se sirven del espacio como un instrumento de dominación con el objetivo de "dispersar a la clase obrera, repartirla en los lugares asignados para ella -organizar los diversos flujos, subordinándolos a las reglas institucionales-, subordinar consecuentemente el espacio al poder", con el objetivo de conservar las relacio-

nes de producción capitalistas" (Lefebvre, 1976: 140).

Se pregunta si será posible arrebatarle a las clases dominantes el instrumento del espacio. Duda, porque la experiencia de la clase obrera europea no ha dado lugar a la creación de espacios fuera del control de las clases dominantes. Añade que la posibilidad de hacerlo debe darse en función de "realidades nuevas y no en función de los problemas de la producción industrial planteados hace ya más de un siglo" (Lefebvre, 1976: 141). Percibe claramente los límites de la teoría clásica en la que se inscribe. Tiene una visión de la realidad que lo lleva a considerar que la clase obrera queda constreñida en los espacios y flujos del capital y de la división del trabajo diseñada por aquel. Es consciente que "la producción industrial y el capitalismo se han apropiado de las urbes". Da un paso más: se muestra convencido de que la empresa ya no es el centro de acumulación de capital sino que toda la sociedad, incluyendo "el tejido intersticial urbano", participa en la producción. Pero su pensamiento tiene un límite estrechamente vinculado a las luchas sociales. Su conclusión es transparente: "En 1968, la clase obrera francesa llegó casi hasta sus extremas posibilidades objetivas y subjetivas" (Lefebvre, 1976: 157).

Ese es el punto que una sensibilidad fina como la de Lefebvre no podía dejar pasar: que el espacio es producto de las luchas sociales. Pero no pudo ver que los de abajo son capaces de crear sus propios espacios y convertirlos en territorios. Por lo menos en América Latina. En su polémica con la desconsideración del papel que juega el espacio en la lucha de clases que observa en el *Manifiesto Comunista*, el geógrafo David Harvey afirma que la burguesía ha triunfado frente a los modos de producción anteriores "movilizando el dominio sobre el espacio como fuerza productora peculiar en sí misma". De ahí concluye que la clase obrera debe aprender a neutralizar la capacidad de la burguesía de dominar y producir el espacio. Y que mientras la clase obrera "no aprenda a enfrentarse a esa capacidad burguesa de dominar el espacio y producirlo, de dar forma a una nueva geografía de la producción y de las relaciones sociales, siempre jugará desde una posición de debilidad más que de fuerza" (Harvey, 2003: 65).

Sin embargo esa experiencia no es posible encontrarla hoy en el primer mundo. Quizá tenga razón Agamben, quien muestra su pesimismo a la hora de encontrar alternativas a la expansión del totalitarismo y cree que la principal dificultad es que "una forma de vida verdaderamente heterogénea no existe, al menos en los países de capitalismo avanzado" (Agamben, 1998: 20). En este sentido el propio Lefebvre asegura que después de la Segunda Guerra Mundial desaparecieron en Europa tanto las supervivencias de la antigua sociedad como los restos de producción artesanal y campesina. En su lugar la "sociedad burocrática de consumo dirigido" está siendo capaz de imponer no sólo la división y la composición de lo cotidiano sino incluso su

programación, ya que ha impuesto una "cotidianeidad programada en *un marco urbano* adaptado a ese fin" (Lefebvre, 1972: 85). Un vida homogénea en una sociedad subordinada al capital, que está ocupando todos los intersticios de la vida, impide la creación de territorios y la expansión de flujos fuera de su control.

El sociólogo Loïc Wacquant es uno de los más destacados estudiosos actuales de la pobreza urbana en los países centrales y toma partido por los "parias urbanos". Denuncia la criminalización de la pobreza, la estigmatización de los guetos y el "Estado penal", y sostiene que la única forma de responder al "desafío que la marginalidad avanzada plantea a las sociedades democráticas" consiste en reconstruir el Estado del Bienestar (Wacquant, 2007a: 186). Reconoce que en el período actual del capitalismo una parte de los trabajadores se han convertido en superfluos y no van a encontrar trabajo, a lo que debe sumarse la creciente precarización del empleo. Observa con preocupación los cambios urbanos: hemos pasado, dice, de una situación en que la pobreza (aunque utiliza el término marginalidad) era "residual" y se la podía absorber en los períodos de expansión del mercado, a otra en la que "parece haberse desacoplado de las fluctuaciones cíclicas de la economía nacional" (Wacquant, 2007a:173). Es esta una conclusión en la que coinciden muchos analistas.

Encuentra seis diferencias entre el "nuevo régimen de marginalidad" y la que se registraba durante el período fordista que caducó hacia los años 60-70. Las dos más importantes, desde nuestra perspectiva latinoamericana, se relacionan con que el trabajo asalariado se ha convertido en fuente de fragmentación y precariedad social en vez de promover la homogeneidad, la solidaridad y la seguridad como sucedió durante el Estado del Bienestar (Wacquant, 2007b: 271). La segunda es la que hemos comentado líneas arriba: la desconexión de la pobreza de las fluctuaciones cíclicas de la economía. Sin embargo, encuentra una diferencia adicional en base a sus estudios empírico. En la ciudad de Chicago, en la que vivió varios años, "el 80% de los habitantes del gueto daba muestras de un deterioro de su situación financiera *luego de cuatro años de crecimiento económico sostenido* bajo el mandato de Ronald Reagan" (Wacquant, 2007b: 274). El crecimiento económico y la creación de empleo no sólo no resuelven el problema de la pobreza urbana sino que la agravan. El "desarrollo" económico que podemos esperar en América Latina en este período del capitalismo concentra riqueza y pobreza en polos opuestos, y no puede dejar de hacerlo.

A lo largo de su trabajo Wacquant destaca los problemas de violencia y tráfico de drogas que aquejan a las periferias, un enfoque presente en todos los estudios que conocemos, al punto que considera que para muchos académicos los guetos son "una amenazante hidra urbana personificada en el pandillero desafiante y agresivo" (Wacquant, 2007b: 36). A mi modo acierta al considerar que los guetos del primer mundo, en particular los de Estados Unidos,

pasaron de los disturbios raciales de los 60 a los "disturbios silenciosos" o "lentos" de la actualidad. Este enfoque supone un serio intento por desprenderse de prejuicios y lugares comunes para intentar comprender las lógicas que llevan a los jóvenes, negros, pobres, a situaciones de violencia y de tráfico de drogas. Parte de que hoy la pobreza negra urbana es más intensa y concentrada que la de los 60, y que las diferencias entre ricos y pobres se acentuaron para señalar:

Los levantamientos raciales abiertos que desgarraron las comunidades afroamericanas de las ciudades del norte en desafiante rebelión contra la autoridad blanca dieron paso al 'disturbio lento' del delito de negros contra negros, el rechazo masivo de la escuela, el tráfico de drogas y la decadencia social interna. En los noticieros de la noche, la escenas de policías blancos que desatan la violencia del Estado contra manifestantes negros pacíficos que demandan el mero reconocimiento de sus derechos constitucionales elementales han sido reemplazadas por informes sobre disparos desde autos en marcha, personas sin techo y embarazos adolescentes. (Wacquant, 2007b: 35-36)

Interesante porque no deja de captar, en esas imágenes que hablan de autodestrucción, una actitud de desafío al orden establecido, diferente por cierto a la de los años 60, pero no por ello menos importante. Sin embargo, aún los análisis comprometidos con los pobres emitidos en el primer mundo, no pueden dejar de considerar los suburbios como un problema, definidos siempre de modo negativo como los "suburbios de la desesperación" o como el "museo de los horrores"[5]. Cuando no son estigmatizados se los considera "los sobrevivientes de un inmenso desastre colectivo" (Bourdieu, 1999: 11). Nunca sujetos, si acaso objetos del trabajo de campo de los investigadores que son los encargados, como señala Bourdieu, de dar forma a un discurso que el "precario" por sí solo no podría nunca elaborar porque "no ha accedido aún al estatuto de 'clase objeto'" y está obligado a "formar su subjetividad a partir de la su objetivación por parte de los demás" (Wacquant, 2007b: 285).

En la misma orientación que Bourdieu y Wacquant, Castells enfatiza el papel del estado como generador de la marginalidad urbana. "El mundo de la marginalidad, es de hecho, construido por el estado, en un proceso de integración social y movilización política, a cambio de bienes y servicios que solamente él puede procurar" (Castells, 1986: 266). En su amplio análisis sobre las barriadas de las ciudades latinoamericanas, sobre el que volveremos más adelante, sostiene que la relación entre el estado y los pobladores se organiza en torno a la distribución de servicios como forma de control político, lo que lo lleva a afirmar que se trata de una relación populista. Desconsidera el papel de

5. Respectivamente Susan Eckstein citada por Waicquant, 2007b:282 y Fernández Durán, 1996:148.

sujetos que puedan jugar los habitantes de las barriadas, y asegura que la tendencia más frecuente, en América Latina, es que los movimientos de los asentamientos de ocupantes ilegales son "un instrumento de integración social y de subordinación al orden político existente en vez de un agente de cambio social" (Castells, 1986: 274). Según Castells, su situación material y social les impide superar la dependencia del sistema político.

Desde otro lugar teórico, Antonio Negri coincide en afirmar que los jóvenes rebeldes de las periferias no son sujetos en la medida que "saben lo que no quieren pero no saben lo que quieren" (Negri, 2006: 2). Asegura que los jóvenes de las periferias urbanas tienen una identidad "completamente negativa" y sólo tienen en común el campo de concentración en que viven. Coincide con los análisis reseñados en que por sí solos no pueden salir de su situación y estima que la única esperanza son las nuevas gobernabilidades que encarnan Lula en Brasil y Kirchner en Argentina, en la medida que negocian con los movimientos sociales procesos de "radicalización democrática" (Negri, 2006: 2). Sin embargo, los jóvenes de las favelas no sienten, bajo el gobierno Lula, que estén participando en el diseño de la política de su país pero sí sufren el rigor de la represión cotidiana en sus barrios.

Los defensores de la (mal) llamada "teoría de la marginalidad" construida en los años 60 en América Latina, no tuvieron en esos años la posibilidad de asistir al protagonismo político-social de los pobladores que se registró a partir de los años 80, en gran medida a raíz de los cambios operados por la globalización. Quizá por eso no consideraron que los pobres urbanos pudieran ser sujetos sociales y políticos. Sin embargo, creo que han acertado en un aspecto esencial: es el capitalismo dependiente el que crea un "polo marginal" en la sociedad, lo que supone romper con los análisis eurocéntricos al enfatizar en las diferencias y particularidades presentes en el continente latinoamericano (Quijano, 1977). Este enfoque sistémico de la "marginalidad" -que no rehuye el cuestionamiento del vocablo- ofrece una herramienta valiosa al poner en el centro el problema político y social que representa el imperialismo, cuestión que muchos intelectuales europeos y estadounidenses parecen no poder ver. Por otro lado, es interesante rescatar las reflexiones en torno a las diferencias que existen entre los conceptos de "marginalidad" y de "ejército industrial de reserva", ya que tres décadas después de esos debates esas diferencias parecen haberse acentuado hasta extremos insospechados, por lo que algunos conceptos tradicionales parecen haber dejado de ser útiles[6].

No quisiera terminar este breve e incompleto repaso sin mencionar dos análisis publicados en el mismo período que los señalados. Larissa Lomnitz hace hincapié en los vínculos entre los pobres en una barriada de Ciudad de México, en un trabajo que busca comprender la realidad

"desde abajo" y por lo tanto "desde adentro" (Lomnitz, 1975). El segundo es la mirada del peruano José Matos Mar sobre el "desborde desde abajo" de los sectores populares afincados en las barriadas limeñas que han sido capaces de cambiar la cara del Perú (Matos Mar, 1984-2004).

El trabajo de Lomnitz representa una inflexión en los estudios sobre pobreza y marginalidad urbanas (Svampa, 2004). La autora concluye que las redes sociales de intercambio recíproco son "el elemento de estructura social más significativo de la barriada" (Lomnitz, 1975: 219), y las que permiten a los marginados migrar desde el campo, asentarse en la ciudad, moverse, conseguir un techo y sobrevivir. El énfasis en las redes, las relaciones y vínculos familiares y de compadrazgo, la solidaridad y la reciprocidad, dibujan un mundo en el que la confianza es la clave en las relaciones sociales, a tal punto que en un mundo sin estado ni partidos ni asociaciones, "la red de intercambio recíproco constituye la comunidad efectiva del marginado urbano" (Lomnitz, 1975: 223). Este minucioso trabajo tuvo, entre tantas otras, la virtud de poner en el centro los recursos internos del mundo "marginal", las potencias que anidan en su seno como secreto de su sobrevivencia, de su existencia, de su diario vivir.

Creo que Matos Mar va un paso más allá y pone en el centro al mismo sector "marginal" pero ahora en su calidad de sujeto político y social en un momento en el que era inocultable su capacidad de "desbordar" el orden establecido. Sostiene que existen "dos Perú", dos sociedades paralelas: la oficial y la marginada. El primero está integrado por el estado, los partidos, las empresas, las fuerzas armadas, los sindicatos, y tiene una cultura extranjera. El segundo es plural y multiforme, tiene su propia economía (a la que denomina "economía contestataria" y no informal), su propia justicia y autoridades, su religión y su cultura, y tiene un corazón comunitario andino (Matos Mar, 2004: 47). Un proceso que comenzó con la invasión de tierras y predios urbanos en la década de 1950, desembocó en un desborde y expansión constante del "otro" Perú, el sumergido, el Perú andino reinventado en las ciudades, sobre todo en Lima.

Según Matos Mar, la confrontación es inevitable, pero no del modo tradicional consistente en el choque frontal entre opuestos sino a través de "una labor de zapa de millones de participantes en la 'otra sociedad'", a través del "desarrollo espontáneo de los sectores populares, que intenta con fuerza de masas imponer sus propias condiciones" (Matos Mar, 2004: 101). Por momentos parece dibujar una situación en la que la otra sociedad se impone de un modo capilar, pero en otras describe un proceso en el que "las masas generan bolsones semiautónomos de poder,

6. Véase la Introducción en el texto citado de Quijano y José Nun, "Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, julio de 1969.

basados en patrones asimétricos de reciprocidad rural adaptados a la situación urbana. Prescinden del estado y se oponen a él" (Matos Mar, 2004: 105). A la hora de evaluar el camino seguido por el "desborde" en las dos ultimas décadas, Matos Mar sostiene que "el estilo contestatario impuesto por estas masas en desborde desde la década de 1950 avanzó y sigue avanzado en su conquista y posesión de nuevos territorios físicos, culturales, sociales, económicos y políticos, otrora reservados a los sectores opulentos altos y medios, especialmente urbanos" (Matos Mar, 2004: 130). El concepto de "desborde" se despliega así como una manera diferente de describir el cambio social en curso, que desafía los conceptos de integración, de reforma y de revolución, para operar como una suerte de mancha andina que envuelve, en el espacio físico pero también en el cultural y económico, en lo social y lo político, al mundo institucional cada vez más aislado, resquebrajado e incapaz de gobernar ese mundo "otro".

Las rebeliones urbanas que se produjeron con posterioridad a la difusión de estos trabajos, permiten alumbrar una situación más abarcativa pero a la vez más compleja que la que se venía prefigurando desde los años 50. Para una aproximación a estas realidades, parece más adecuado tomar en consideración períodos largos, ya que los tiempos cortos pautados por flujos y reflujos de organización y movilización no facilitan descifrar los procesos que conforman el telón de fondo de esos movimientos. Pero encarar los tiempos largos supone una dificultad adicional: no hay programas y objetivos establecidos, ni recorridos a transitar, apenas descifrar por los resultados obtenidos los caminos que está transitando una sociedad o un sector social. Sólo podemos atar cabos, tratar de observar los grandes trazos cuando éstos existen o cuando somos capaces de atisbarlos. Aunque el tiempo largo permite aproximaciones más profundas, no deja de representar un terreno enigmático, cuya dilucidación no depende de hallar documentos o de hilvanar análisis lógicos.

2. Movimientos sociales o sociedades en movimiento

El concepto de movimiento social parece un obstáculo adicional para afinar la comprensión de la realidad de las barriadas. A la hora de analizar los movimientos sociales se suele enfatizar en sus aspectos formales, desde las formas organizativas hasta los ciclos de movilización, desde la identidad hasta los marcos culturales. Y así se los suele clasificar según los objetivos que persiguen, la pertenencia estructural de sus integrantes, las características de la movilización, el momento y los motivos por los cuales irrumpen. A esta altura hay bibliotecas enteras sobre el asunto. Pero hay poco, muy poco, trabajo sobre el terreno latinoa-

mericano sobre bases propias y, por lo tanto, diferentes. En la ardua tarea de descolonización del pensamiento crítico, el debate sobre las teorías de los movimientos sociales resulta de primera importancia.

Uno de los más completos y abarcativos análisis sobre los movimientos bolivianos, coordinado por Alvaro García Linera, se basa de forma acrítica en los paradigmas europeos y norteamericanos. Los diversos movimientos bolivianos son definidos como "un tipo de acción colectiva que intencionalmente busca modificar los sistemas sociales establecidos o defender algún interés material, para lo cual se organizan y cooperan con el propósito de desplegar acciones públicas en función de esas metas o reivindicaciones" (García Linera, 2004: 21). Considera que los movimientos tienen, todos ellos, más allá de tiempos y lugares, tres componentes: una estructura de movilización o sistema de toma de decisiones, una identidad colectiva o registros culturales, y repertorios de movilización o métodos de lucha. Con ese marco analítico apenas se pueden abordar algunos pocos movimientos: los institucionalizados, los que tienen una estructura visible y separada de la cotidianeidad, los que eligen dirigentes y se dotan de un programa definido y en función de sus objetivos establecen formas de acción.

Pero el grueso de los movimientos no funcionan de esa manera. En las periferias urbanas, las mujeres pobres no se suelen dotar de las formas que reviste un movimiento social según esta teorización, y sin embargo juegan un papel importante como factor de cambio social. Más aún, los movimientos de mujeres que conocemos en el mundo tienen una forma capilar, no estable ni institucionalizada de acción, más allá de un pequeño núcleo de mujeres organizadas de modo estable. Pero no por eso dejan de ser un gran movimiento, que ha cambiado el mundo desde la raíz. Algunos recientes trabajos en América Latina apuntan en otra dirección a la hora de conceptualizar los movimientos. El propio García Linera es uno de ellos. En su trabajo citado abre pistas en otra dirección al abordar la organización campesina del Altiplano aymara:

En sentido estricto, la Csutcb es un tipo de movimiento social que pone en movimiento no sólo una parte de la sociedad, sino una sociedad distinta, eso es, un conjunto de relaciones sociales, de formas de trabajo no capitalistas y de modos de organización, significación, representación y autoridad políticas tradicionales diferentes a la de la sociedad dominante. De ahí que sea pertinente la propuesta hecha por Luis Tapia de hablar en estos casos de un movimiento societal". (García Linera, 2004: 130)

El concepto de "movimiento societal" busca dar cuenta de las peculiaridades latinoamericanas conformadas por relaciones sociales diferentes que existen, se reproducen y crecen al lado de las dominantes. Y que no son, por lo tanto, "resabios" del pasado. De ese modo se busca "nombrar y pensar el movimiento de una sociedad o sistema de relaciones sociales en su conjunto" y además pretende dar

cuenta del "movimiento de una parte de la sociedad en el seno de la otra" (Tapia, 2002: 60-61). Este análisis parte de la realidad de la existencia de "varias sociedades" en la sociedad, o sea, por lo menos dos conjuntos de relaciones sociales mínimamente articulados. En otros trabajos he defendido una propuesta similar al concebir a estos movimientos como "sociedades en movimiento" (Zibechi, 2003a). La novedad que iluminan las luchas sociales de los últimos 15-20 años es que el conjunto de relaciones sociales territorializadas existentes en zonas rurales (indígenas pero también sin tierra) comienzan a hacerse visibles en algunas ciudades como Caracas, Buenos Aires, Oaxaca, siendo quizá El Alto en Bolivia la expresión más acabada de esa tendencia[7].

El aspecto central de este debate, es si efectivamente existe un sistema de relaciones sociales que se expresan o condensan en un territorio. Eso supone ingresar al análisis de los movimientos desde otro lugar: no ya las formas de organización y los repertorios de la movilización sino las relaciones sociales y los territorios, o sea los flujos y las circulaciones y no las estructuras. En este tipo de análisis aparecerán nuevos conceptos como autonomía, cultura y comunidad, entre los más destacados. Carlos Walter Porto Gonçalves, quien realizó durante años un trabajo con los *seringueiros* en Brasil junto a Chico Mendes, sostiene precisamente este punto. "Hay una batalla de descolonización del pensamiento que la recuperación del concepto de territorio tal vez pueda contribuir" (Porto, 2006: 161).

En efecto, los movimientos latinoamericanos como los indígenas, los sin tierra y los campesinos, y crecientemente los urbanos, son movimientos territorializados. Pero los territorios están vinculados a sujetos que los instituyen, los marcan, los señalan sobre la base de las relaciones sociales que portan (Porto, 2001). Esto quiere decir, volviendo a Lefebvre, que la producción de espacio es la producción de espacio diferencial: quien sea capaz de producir espacio, encarna relaciones sociales diferenciadas que necesitan arraigar en territorios que serán necesariamente diferentes. Esto no se reduce a la posesión (o propiedad) de la tierra, sino a la organización por parte de un sector social de un territorio que tendrá características diferentes por las relaciones sociales que encarna ese sujeto. Si no fuera así, si ese sujeto no encarnara relaciones sociales diferentes, contradictorias con la sociedad hegemónica, no tendría necesidad de crear nuevas territorialidades.

Lugar y espacio han sido conceptos privilegiados en las teorías y análisis sobre los movimientos sociales. En América Latina, incluso en sus ciudades, es hora de hablar de territorios. En un excelente trabajo, Porto Gonçalves señala que los "nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (Porto, 2001: 208). Llega a esa conclusión luego de seguir el itinerario de un movimiento concreto como los *seringueiros*, que antes de constituirse como movimiento debieron modificar su entorno inmediato, concluyendo que su fuerza "emanaba de su espacio-doméstico-y-

de-producción" (Porto, 2001: 203). Fue ese deslizamiento del lugar heredado, o construido anteriormente, lo que les permite formar-se como movimiento.

Las clases no son cosas, sino relaciones humanas como señala E. P. Thompson (1989). Pero esas relaciones no vienen dadas, se construyen en la disputa, la confrontación. Esta construcción de la clase como relación incluye los espacios. "Las clases sociales se constituyen en las y por las luchas que los protagonistas traban en situaciones concretas, y que con-forman los lugares que, de este modo, no sólo ocupan sino constituyen". De ese modo, "el movimiento social es, rigurosamente, cambio de lugar social", punto en el que confluyen la sociología y la geografía (Porto, 2001: 197-198). En base a este razonamiento-experiencia concreta, podemos llegar con Porto Gonçalves a una definición provisoria de movimiento social completamente diferente a la legada por la sociología, centrada siempre en los aspectos organizativos, en la estructura y en las oportunidades políticas:

Todo movimiento social se configura a partir de aquellos que rompen la inercia y se mueven, es decir, cambian de lugar, rechazan el lugar al que históricamente estaban asignados dentro de una determinada organización social, y buscan ampliar los espacios de expresión que, como ya nos alertó Michel Foucault, tienen fuertes implicaciones de orden político. (Porto, 2001: 81)

Esta imagen potente destaca el carácter de movimiento como mover-se, como capacidad de fluir, desplazamiento, circulación. De modo que un movimiento siempre está desplazando espacios e identidades heredadas (Espinosa, 1999). Cuando ese movimiento-desplazamiento arraiga en un territorio, o los sujetos que emprenden ese mover-se están arraigados en un espacio físico, pasan a constituir territorios que se caracterizan por la diferencia con los territorios del capital y el estado. Esto supone que la tierra-espacio deja de ser considerada como un medio de producción para pasar a ser una creación político-cultural. El territorio es entonces el espacio donde se despliegan relaciones sociales diferentes a las capitalistas hegemónicas, aquellos lugares en donde los colectivos pueden practicar modos de vida diferenciados. Este es un o de los principales aportes de los movimientos indios de nuestro continente a la lucha por la emancipación.

Al respecto, como señala Díaz Polanco, los movimientos indios al introducir conceptos como territorio, autonomía, autodeterminación y autogobierno, que pertenecen a una misma problemática, están produciendo una revolución teórica y política (Díaz Polanco, 1997). Las comunidades indias que luchan por la tierra desde hace siglos, en determinado momento comenzaron a expandir el autogobierno

7. Al análisis de las "comunidades" urbanas alteñas dediqué la investigación-libro *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales.*

local-comunal a espacios más amplios como parte de su construcción como sujetos nacionales y como pueblos. Este proceso tuvo un momento de inflexión en el Primer Encuentro Continental de Pueblos Indios, en 1990, del que emanó la Declaración de Quito.

Hasta ese momento el único territorio existente formaba parte del estado, en la realidad material pero también en la simbólica. O sea, la idea de territorio no podía desprenderse de la de estado-nación. Para Weber, "el Estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio -el concepto del "territorio" es esencial en esta definición- reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima" (Weber, 2002:1056). Con la emergencia del movimiento indio en las dos últimas décadas, hacia mediados o fines de los 80, el concepto de territorio se modifica, lo modifican los indios con sus luchas. La Declaración de Quito hace hincapié en que "el derecho al territorio es una demanda fundamental de los pueblos indígenas", y concluye que "sin autogobierno indio y sin control de nuestros territorios, no puede existir autonomía" (Declaración de Quito, 1990: 107).

Esta verdadera revolución teórica y política conlleva la lucha por una nueva y sobre todo diferente distribución del poder. Cómo se produjo el tránsito de tierra a territorio, de lucha por derechos a lucha por la autonomía y el autogobierno, o sea cómo fue el tránsito de la resistencia a la dominación a la afirmación de la diferencia, tiene especial importancia para las comunidades urbanas que a caballo entre los dos siglos comenzaron a arraigarse en los espacios urbanos autoconstruidos.

3. La formación de las barriadas populares

La noche del 29 de octubre de 1957 un grupo de pobladores del Zanjón de la Aguada, un cordón de miseria de 35.000 personas, de cinco kilómetros de largo y cien metros de ancho en el centro de Santiago, se dispuso a realizar la primera toma masiva y organizada de tierras urbanas. A las ocho de la noche comenzaron a desarmar sus casuchas, juntaron tiras de tela con las que cubrir los cascos de los caballos para evitar el ruido y, siguiendo las consignas los más decididos, reunieron "los tres palos y la bandera" con los que habrían de crear la nueva población. Sobre las dos y media de la madrugada llegaron al lugar elegido, un predio estatal en la zona sur de la ciudad[8]. Vale la pena reproducir el relato de un participante de lo que tal vez haya sido la primera toma organizada de América Latina:

A las ocho de la noche se empezaron a juntar los más decididos en lugar acordado: los tres palos y la bandera, algunos enseres y frazadas, se iba formando la caravana (...) La columna avanzaba y se seguían sumando personas (...)

Calladitos fuimos llegando a nuestra meta. Con los reflectores del aeropuerto Los Cerrillos y la noche oscura y sin luna, nos sentíamos como los judíos arrancando de los nazis: la oscuridad nos hacía avanzar a porrazo y porrazo. Con las primeras luces del alba, cada cual empezó a limpiar su pedazo de yuyo, a hacer su ruca e izar la bandera. (Garcés, 2002a: 130)

Al predio elegido de unas 55 hectáreas confluyeron columnas salidas de varias poblaciones hasta sumar en la mañana del día 30 unas 1.200 familias. El "campamento" resistió la acción policial para desalojarlos y las familias comenzaron a construir la población. Desde el primer momento los pobladores definieron por sí mismos los criterios que habrían de seguir, lo que provocó un enfrentamiento con los técnicos del Estado. La construcción de la población a la que denominaron La Victoria, fue "un enorme ejercicio de auto-organización de los pobladores", que debieron "sumar esfuerzos e inventar los recursos, poniendo en juego todos los saberes y todas las capacidades" ya que el gobierno si bien no los echó no colaboró en la construcción de la nueva población (Garcés, 2002a: 138).

El primer aspecto diferenciador con luchas anteriores es la auto-organización. La primera noche se organizó una gran asamblea en la que se decidió crear comisiones de vigilancia, subsistencia, sanidad y otras. En adelante todas las decisiones importantes pasan por el tamiz del debate colectivo. El segundo, es la autoconstrucción. Los primeros edificios públicos, construidos también por los pobladores, fueron la escuela y la policlínica, lo que refleja las prioridades de sus habitantes. Para la escuela cada poblador debía llevar quince adobes: las mujeres conseguían la paja, los jóvenes hacían los adobes y los maestros los pegaban. Comenzó a funcionar a los pocos meses de instalado el campamento y los maestros no cobraban. La policlínica empezó a atender a los vecinos en una carpa hasta que se pudo construir el edifico, de la misma manera que se levantó la escuela. Dos años después de la toma, La Victoria tenía 18 mil habitantes y algo más de tres mil viviendas. Una ciudad construida y gobernada por los más pobres en base a una "rica y extensa red comunitaria" (Garcés, 2002a: 142).

La "toma" de La Victoria conformó un patrón de acción social que iba a repetirse durante las décadas siguientes y hasta el día de hoy, no sólo en Chile sino en el resto de América Latina con pequeñas variantes. Consiste en la organización colectiva previa a la toma, la elección cuidadosa de un espacio adecuado, la acción sorpresiva preferentemente durante la noche, la búsqueda de un paraguas legal en base a relaciones con las iglesias o los partidos políticos y la elaboración de un discurso legitimador de la acción ile-

8. La primera ocupación de tierras realizada en Chile está documentada en Garcés, 2002a y Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007.

gal. Si la toma logra resistir los primeros momentos en que las fuerzas públicas intentan el desalojo, es muy probable que los ocupantes consigan asentarse.

Es interesante destacar que este patrón de acción social, bien distinto a las agregaciones individuales por familias predominantes en las favelas, las callampas y las villas miseria, que dio sus primeros pasos en la década de 1950 en Santiago y en Lima, se comenzó a practicar en Buenos Aires y Montevideo, las ciudades más "europeas" por homogéneas, recién en la década de 1980. Las diferencias temporales no son tan significativas si tomamos en cuenta los tiempos largos, ya que lo realmente importante es la adopción de un patrón de acción colectiva más allá del momento en que ello suceda.

Veamos ahora algunos análisis sobre La Victoria que echan luz sobre los cambios que se estaban procesando. La toma "supone una fractura radical con las lógicas institucionales y con el principio fundamental de las democracias liberales, la propiedad" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 14). La legitimidad ocupa el lugar de la legalidad y el valor de uso de la tierra prevalece por sobre el valor de cambio. Con esa acción un colectivo invisibilizado se convierte en sujeto político social. En La Victoria sucede algo más: la autoconstrucción de las viviendas y del barrio significa la apropiación de los pobladores de un espacio en el que habita en adelante un "nosotros" que se erige como autogobierno de la población.

De ese modo, el patrón de acción directa modifica un modo de relación entre pueblo y Estado asentado en la cultura hegemónica que había sido adoptado por la izquierda y el movimiento sindical. De la lógica clase-sindicato-partido anclada en la representación de los intereses de un sector social en el aparato estatal y en la dinámica reivindicativa, se pasa a otro más autocentrado, en el que lo "auto" (autoconstrucción, autogobierno) ocupa el lugar de la demanda y la representación. Este cambio es aún muy incipiente, pero comienza un derrotero diferente al practicado hasta ese momento por los sectores populares. Este nuevo patrón es mucho más parecido al que desde la década de 1980 practican los movimientos indígenas, al poner en el centro de sus acciones la cuestión del territorio y toda una serie de conceptos político teóricos que pertenecen a esta genealogía: autonomía, autogobierno (Díaz Polanco, 1997: 14).

Los testimonios de los pobladores van mucho más lejos, como era de esperar. De ellos se desprenden una serie de temas que se irán repitiendo a lo largo y ancho de las barriadas populares latinoamericanas.

- Capacidad de *auto-organización* y a partir de ahí de autoconstrucción y autocontrol de la vida. Esta cualidad, como lo hemos visto arriba, abarca todos los aspectos de la cotidianeidad. Los pobladores de La Victoria no sólo construyeron sus viviendas, sus calles, sus cañerías de agua e instala-

ron la luz, sino también levantaron la escuela -con un criterio propio ya que era un edificio circular- y la policlínica. Gobernaron sus vidas, gobernaron una población entera, crearon formas de poder popular o contrapoderes.

● *Las mujeres* jugaron un papel destacado, al punto que muchas aseguran que dejaron a sus maridos para ir a la toma o no les informaron del paso crucial que iban a dar en sus vidas. "Yo me fui sola con mi hija de siete meses ya que mi marido no me acompañó", relata Luisa que en el momento de la toma tenía 18 años (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 58). Zulema, de 42, recuerda que "se vinieron varias familias, a escondidas de sus esposos como yo" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 25). Las mujeres de los sectores populares tenían, incluso a mediados de los años 50, un nivel de autonomía sorprendente. En rigor, habría que decir las mujeres y sus hijos, las *madres*. Ellas no sólo tomaron la delantera a la hora de ocupar, también a la hora de resistir el desalojo y ponerse con sus hijos frente los carabineros:

En una ocasión nos amenazaron que nos iban a tirar a los milicos, entonces todas las mujeres fuimos a dejar a nuestros hijos con nuestras mamás y volvimos ahí a luchar, todo el día estuvimos esperando que llegaran los milicos y no llegaron, pero sí los carabineros que entraron pateando las banderas, echaron las carpas abajo y nos amenazaron casi de muerte. Y ahí estábamos, luchando para que no nos echaran y todas gritando: ¡muertas nos sacarán! (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 60)

El historiador chileno Gabriel Salazar asegura que las mujeres de los sectores populares aprendieron antes de 1950 a organizar asambleas de conventillo, huelgas de arrendatarios, tomas de terrenos, grupos de salud, resistencias a los desalojos policiales y otras formas de resistencia. Para convertirse en "dueñas de casa" tuvieron que convertirse en activistas y promotoras de tomas; así, las pobladoras fueron desarrollando "un cierto tipo de poder popular y local", que se resume en la capacidad de crear territorios libres en los que se practicaba un "ejercicio directo de soberanía" en lo que eran verdaderas comunas autónomas (Salazar y Pinto, 2002a: 251). Más adelante veremos que la mujer juega un papel destacado en todos los movimientos latinoamericanos, lo que impregna a los movimientos de una cosmovisión diferente a la que domina en el estado-nación y la genealogía de organizaciones que le son afines: partidos, sindicatos, asociaciones. Así como ellas fueron las que protagonizaron el salto adelante que supusieron las tomas de terrenos, ellas serán las que tomarán un rumbo nuevo años después en todo el continente.

● La Victoria se construye como una *comunidad* de sentimientos y de sentidos. El dolor, la muerte, juegan un papel cohesionador. Me interesa destacar que la identidad no está anclada en el lugar físico sino en los afectos, en lo vivido

en común. En los primeros tiempos todos se decían "compañeros" como aseguran los testimonios. En parte porque todo lo hacían entre todos. Pero no es un compañerismo ideológico sino algo más serio: las lluvias de noviembre provocaron la muerte de 21 niños de pecho. "Esas cosas nos iban uniendo. Con la vecina del lado nos hicimos comadres, cuando a una le falta algo, la otra ayudaba. Ella tenía tres niñas y una se le murió..." (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 36). La muerte de los niños es algo especial. Cuando los sin tierra de Brasil ocupan un predio, levantan una inmensa cruz de madera. Cada vez que muere un niño en el campamento le colocan un lienzo blanco que cuelga de la cruz. Es algo sagrado. En La Victoria cuando moría un niño, y a veces cuando fallecía un adulto, se formaba una larga caravana que marchaba a pie hasta el cementerio luego de recorrer las calles de la población.

Postulo que son los afectos los que organizan el barrio-comunidad y que por eso las mujeres juegan un papel tan decisivo. Angela Román, que tenía 27 años cuando la toma, asegura:

Nos reuníamos en reuniones por cuadras, yo hasta hoy participo. Si muere algún vecino, soy la primera en salir con una canasta para reunir plata a la hora que sea, porque así aprendimos a hacerlo cuando morían los niños y no había plata para enterrarlos. En las reuniones por cuadra discutíamos qué arreglos hacer, cuando íbamos a tener agua, conversábamos sobre lo que necesitábamos y por eso nos organizábamos. (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 37)

Pero la forma comunidad también se convierte en forma de lucha. A la hora de defender la población de los carabineros, ensayaron un patrón de acción que se repetirá una y otra vez entre los sectores populares de todo el continente: "Los niños adelante, las mujeres más atrás y los hombres al último, por eso nunca pudieron echarnos, porque la gente era muy unida" (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 53).

● La tierra conquistada, la vivienda y el barrio autoconstruidos son vividos y sentidos como *valores de uso* en medio de una sociedad que otorga prioridad a los valores de cambio. Muchos son los vecinos que aseguran que no venderán su casa a "ningún precio". Todos los años se festeja el 30 de octubre con una representación colectiva de la toma y se adorna todo el barrio. "Participo todos los años en la reconstitución de la toma, nos conseguimos carretones y salimos con los niños arriba, adornamos y recordamos lo importante que fue en nuestra vida esta toma", dice Rosa Lagos, que tenía 16 años en 1957 (Grupo Identidad de Memoria Popular, 2007: 74).

El predominio de los valores de uso, o mejor, la deconstrucción de los valores de cambio en valores de uso aparece estrechamente ligado a lo "auto" y ambos al papel destacado de las mujeres. Una lógica doméstica, espacio donde

en cierto tiempo estuvo confinada la producción de valores de uso, comenzó a expandirse hacia el espacio público, a propagarse de modo capilar por el tejido social, de modo muy particular en los momentos críticos para la sobrevivencia de las comunidades.

● Con el estado, los partidos y la iglesia se establece una relación instrumental, ya que básicamente se confía en la *auto-organización* y el *autogobierno*. En La Victoria predominan los comunistas y los cristianos, dos orientaciones en absoluto incompatibles porque ambas se subordinan a las necesidades de la población. Las relaciones son bien diferentes que las que se establecen en el sindicato. Las decisiones que los pobladores acatan son las que emanan de sus propias instancias de decisión o las que benefician al conjunto. Lo mismo sucede en relación al estado. La existencia de relaciones instrumentales indica que los pobladores no buscan estar representados en esas instituciones porque básicamente se sienten autónomos. Por cierto, este tipo de relaciones suelen caracterizarse como "clientelares" cuando son en realidad instrumentales, ya que representan la forma como se relacionan dos mundos diferentes y opuestos, en las que cada uno no espera mucho del otro sino apenas obtener alguna ventaja o beneficio.

Con los años, se pudo constatar que la ocupación y construcción de La Victoria fue un parteaguas. Los pobladores desbordaron la política de vivienda del Estado que buscó organizarlos y contenerlos y le impusieron "su propia política de vivienda: la de la ocupación extensiva de la ciudad a través de 'tomas de tierras'" (Garcés, 2002a: 337). Hasta 1973 los sectores populares fueron los principales creadores de espacio urbano. A fines de 1972, durante el gobierno de Salvador Allende, había 400 mil personas viviendo en campamentos sólo en Santiago (Castells, 1986: 281). Analistas de diversas corrientes coinciden en la importancia del movimiento. Castells sostiene que "el movimiento de pobladores de Chile fue potencialmente un elemento decisivo en la transformación revolucionaria de la sociedad" (Castells, 1986: 291). Garcés asegura que en setiembre de 1970 "la ciudad estaba en completa transformación, a instancia de los campamentos" que eran "la fuerza social más influyente en la comunidad urbana del Gran Santiago" (Garcés, 2002a: 416).

Esta toma de posición de los sectores populares influyó en el rumbo de las luchas sociales. La presión desde abajo transformó las ciudades y en el caso chileno se constata que "en el discurso revolucionario emergente de 1970, más que la lucha por el poder del Estado, sus radicales dirigentes debieron atender prioritariamente las formas de sociabilidad al interior de los 'campamentos'" (Garcés, 2002a: 423). Los cambios de "sitio" abarcaron a un tercio de la población de Santiago:

Al culminar la década del sesenta, los pobladores habían 'tomado sitios' en la ciudad paralelamente también esta-

ban tomando un nuevo 'sitio' en la sociedad chilena. Específicamente, el cambio más radical que pudimos seguir en este estudio fue el del tránsito de los conventillos y las callampas hacia las poblaciones definitivas (...) Lo que los pobladores pusieron en juego en los años sesenta, no solo fue alcanzar un nuevo posicionamiento territorial sino al mismo tiempo un nuevo posicionamiento social y político (Garcés, 2002a: 423-424)[9].

El golpe de Estado de Augusto Pinochet buscaba revertir esa posición casi hegemónica, territorial-social-política adquirida por los sectores populares. Ese tercio de la población de la capital que había construido sus barrios, sus viviendas, escuelas, consultorios de salud y presionaba por los servicios básicos, era una amenaza al dominio del capital. El régimen militar se abocó a revertir la situación desplazando a toda esa población hacia lugares construidos por el Estado o el mercado.

Entre 1973 y la actualidad se produjo una profunda inflexión, una verdadera contrarrevolución urbana. Entre 1980 y 2000 se construyeron en Santiago 202 mil "viviendas sociales" para trasladar a un millón de personas que vivían en poblaciones autoconstruidas, la quinta parte de la población de la capital, a conjuntos habitacionales segregados, alejados del centro (Rodríguez y Sugranyes, 2005). Interesa mirar más de cerca este proceso para ver cómo están operando los estados y el capital para intentar frenar y revertir la "toma de posiciones" de los sectores populares en las ciudades. El 65% de los habitantes instalados en esos conjuntos quiere irse ya que al hacinamiento en pequeñas viviendas se suma el aislamiento por estar confinados lejos del centro de la ciudad. Se constata cómo las políticas de la dictadura, continuadas y profundizadas por la democracia desde 1990, han provocado cambios regresivos que se resumen en el paso de "la complejidad espacial de los campamentos a la uniformidad de los conjuntos de viviendas sociales", de "la organización a la fragmentación" y, muy en particular, de "la toma como acto de integración a la ciudad, a la expulsión de la ciudad que perciben los habitantes de las villas" (Rodríguez y Sugranyes, 2002: 17)[10].

Todo el proceso debe considerarse como la destrucción de un poder popular territorial que se plasmaba en los campamentos. Ese fue el objetivo trazado por el capital, ejecutado por la dictadura y proseguido por la democracia. Para los pobres se construyó una enorme masa de viviendas de bajo estándar en todo el país. La forma como se fue procesando esta construcción, que de forma explícita buscaba erradicar los campamentos, es sintomática. Al comienzo del plan, la producción de viviendas subsidiadas durante los años de la década de los 80, "se aplicó casi en forma exclusiva a los programas de erradicación de "campamentos" -asentamientos irregulares localizados en los sectores de mayores ingresos-, particularmente en las comunas de Santiago y Las Condes" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 30). Se procedió en primer lugar a "limpiar" los barrios ricos.

Con ello se buscaba un doble objetivo: eliminar las distorsiones que los asentamientos creaban sobre el valor del suelo en los sectores centrales y consolidar la segregación espacial de las clases sociales como medida de seguridad.

Entre 1979 y 1983 unas 120 mil personas fueron objeto de traslados forzados de los campamentos que habían ocupado en los años 60 y 70 hacia la periferia. Urbanistas chilenos consideran que la erradicación de pobres de la ciudad consolidada procesada por la dictadura fue "una medida radical, única en el continente" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 31)[11]. En 13 de las 24 comunas de Santiago se registró trasvase de población. Los erradicados perdieron empleos, aumentaron sus costos de transporte, tuvieron mayores problemas aún para acceder a la educación, la salud y los subsidios sociales. Pero sobre todo el traslado forzado contribuyó "al desarraigo de la red informal de ayuda y apoyo y a una fuerte disminución de la participación de los pobladores en las organizaciones comunitarias" (Rodríguez y Sugranyes, 2005: 31). Ese era precisamente el objetivo del traslado. La familia erradicada tiende a encerrarse en la vivienda y los vínculos sociales se rompen. Con los años se consolidó un nuevo patrón: grandes manchas urbanas donde de modo intencional se concentran y segregan la riqueza y la pobreza.

Cabe preguntarse: ¿era tan grave e insostenible, desde el punto de vista del capital y del estado, la continuidad de los campamentos y poblaciones donde se apiñaban los sectores populares? Al parecer, la oleada de movilizaciones de 1983 en esas barriadas -luego de diez años de feroz represión y reestructuración de la sociedad- convenció a las elites que debían proceder con urgencia, ya que los pobladores fueron los grandes protagonistas de las masivas protestas nacionales que pusieron a la dictadura a la defensiva. En 1980 hubo nuevas tomas que amenazaban con generalizarse durante las protestas. Esa nueva generación de "tomas" se produjo porque los pobladores se negaban a ser parte de las nuevas políticas de vivienda que "les habrían significado inevitablemente abandonar sus comunas y trasladarse a extramuros de la ciudad" (Garcés, 2002b: 30).

La existencia de campamentos y poblaciones construidas y gobernadas por los sectores populares fue percibida por las elites como una amenaza directa a su situación privilegiada en la sociedad. De ahí que desarrollaran una política que ha significado, como apunta una investigación de la Corporación de Estudios Sociales y Educación SUR, una colonización forzosa de la periferia en la que los nuevos

9. Callampas son las poblacioens precarias que reciben ese nombre de un hongo, ya que crecen en una noche.
10. En Chile se denomina "toma" a la ocupación ilegal de un predio, "campamento" al asentamiento irregular y "villa" al conjunto habitacional construido por el estado.
11. Las dictaduras de Argentina y Uruguay intentaron erradicar "villas miseria" en Buenos Aires y tugurios en Montevideo trasladando a sus habitantes hacia la periferia, pero no tuvieron el éxito ni la amplitud de la dictadura de Pinochet.

vecinos se convierten en deudores desarraigados de sus mundos. Pero, y este es el aspecto fundamental, es también el cambio desde una forma de sociedad a otra:

En este tránsito van desde una condición de relativa autonomía a ser dependientes de relaciones clientelistas con su entorno urbano, dejando atrás una sociedad que reconocía como su eje fundante los valores de uso para pasar a otra en la que predomina la mercantilización de las relaciones sociales. Más aún, insinuamos que con la violencia cotidiana a que se enfrentan los habitantes de las viviendas sociales ellos subsidian la paz política del resto del país. (Skewes, 2005: 101)

Esto no se podía conseguir sin un disciplinamiento espacial, una cuidadosa pero también violenta reconstrucción del panóptico deconstruido por los pobladores. En suma, el control social pasó en Chile por una reconstrucción del espacio y por la incorporación forzosa a la economía de mercado; ambas cosas se consiguieron erradicando a los pobladores de sus espacios en los que habían creado una vida relativamente autónoma del estado y del capital. Veamos en detalle en que consistía ese mundo que había que destruir. Contaré para ello con un trabajo de Juan Carlos Skewes, un investigador que vivió durante un año en un "campamento" y luego se trasladó con las familias erradicadas a un conjunto habitacional, de modo que pudo constatar los cambios en las formas de vida en ambos espacios.

El investigador sostiene que en el "campamento" existe un "diseño popular" que es diferente al del mundo oficial hegemónico. No hay planos ni ideas preconcebidas acerca de cómo organizar el espacio y el diseño es fruto de una práctica cotidiana de quienes "al habitar, generan el espacio habitado" (Skewes, 2005: 106). Constata ocho ejes del diseño espacial: el carácter laberíntico de la estructura, la porosidad de los límites, la invisibilidad del interior del campamento, las interconexión de las viviendas, la irregularidad de los lindes interiores, el uso de marcadores para jerarquizar espacios, la existencia de espacios focales y de puestos de observación.

Se trata de una lógica en la que los flujos, corredores, pasillos, resultan determinantes como modo de interconexión interna del campamento. Una estructura que asegura la autonomía por la invisibilidad y el control social interno que habilita un adentro y un afuera, un límite macro que no se reproduce en el interior del campamento donde los límites son porosos porque los valores de uso así lo determinan. El diseño protege a los residentes del afuera, pero "facilita el control social ejercido a través de los dominios acústico, visual y olfativo, contribuyendo a la formación de un ambiente poroso que refuerza la fusión de las vidas individuales" (Skewes, 2005: 114).

En el barrio al que fueron trasladados el espacio panóptico se impone a los habitantes que pierden su autosuficiencia (ver figuras). Se aplica un modelo rígido de líneas rectas

que fragmenta el espacio previo y aísla a los vecinos, pero a la vez se pierde el sentido de protección comunitaria. Un mundo centrado en la persona pasa a convertirse en un mundo centrado en objetos, la vivienda, y se registra "la transición de un dominio femenino a un mundo masculino, y de control local a un control externo" (Skewes, 2005: 120). Destruidas las redes de apoyo mutuo y la comunidad barrial, sólo les queda el endeudamiento, la dependencia o la delincuencia para afrontar la vida cotidiana. En suma, con la relocalización se buscó destruir un sector social como los pobladores que amenazan el orden hegemónico, ya que cada modelo residencial corresponde a una determinada visión del mundo. En última instancia, se trata de destruir o acorralar a través de la criminalización de la pobreza, esa visión del mundo otra en la que se ancla la vida y la sobrevivencia de los sectores populares.

Pero el proceso de Santiago no era, en absoluto, algo extraordinario en el continente. En 1970, el 50% de los habitantes de Recife y el 30% de los de Rio de Janeiro vivían en asentamientos populares, al igual que un 60% de los de Bogotá en 1969; el 49% de los de Guayaquil, el 40% de los de Caracas y 40% de los de Lima en ese mismo año (Castells, 1986: 249-250). Otro estudio revela los porcentajes de habitantes en viviendas autoconstruidas: el 60% de la población de Ciudad de México en 1990, el 61% de los de Caracas en 1985, el 31% de los de Bogotá el mismo año (Gilbert, 1997: 104).

Son millones de personas que han creado su propio espacio, pero además han establecido formas de sobrevivencia diferentes a las que provee el mercado. Mucho antes del actual desenganche de una parte de la población de la economía formal, ya se hablaba de la existencia de dos sociedades. Más aún, de "diversas concepciones del mundo y de la vida, tan diversas que parecían irreductibles" (Romero, 2001: 364). Si algo tenían en común esos dos mundos, era que coincidían en lo que Romero denomina como "la revolución de las expectativas". Pero ese punto en común lo borró la globalización neoliberal.

Ciertamente, no todos los barrios y ciudades autoconstruidas representan la misma trayectoria y en varios casos parecen muy lejos de conformar formas de poder popular o autogobierno local. Pero parece fuera de duda que en esos espacios anidan potencias de cambio social que aún no hemos sido capaces de descubrir en toda su magnitud. La proximidad temporal de estos procesos hacen que se trate de escenarios abiertos, nunca de realidades consumadas. Para concluir el repaso sobre esta primera fase quisiera abordar brevemente la experiencia de la ciudad de Lima, donde se ha registrado una forma de ocupación del espacio urbano parcialmente diferente a la de Santiago: aquí los campamentos y barrios populares son "islas" que nacen en los intersticios de la ciudad tradicional; en tanto, en Lima las 56 barriadas-islas que había en 1957 se convirtieron en 408 barriadas en 1981 para agruparse en tres

grandes conos (al sur, norte y este) en 2004.

Esas enormes "manchas" urbanas que son los conos parecen aprisionar a la ciudad tradicional. Se trata de un doble fenómeno cuantitativo y cualitativo. Si en Santiago en 1973 los campamentos abarcaban a algo más del 30% de los habitantes de la ciudad, en Lima la población en barriadas pasó del 9,5% en 1957 al 59% en 2004 (Matos Mar, 2004: 149-153). La diferencia es que los asentamientos se establecieron en zonas aledañas a la ciudad, en los arenales que rodean Lima, y ahí se fueron conformando territorios continuos relativamente homogéneos, verdaderas "manchas" urbanas pobladas por migrantes de la sierra.

Desde el punto de vista de las modalidades de ocupación del espacio, no hay mayores diferencias respecto al caso de La Victoria en Santiago. Se trata de invasiones realizadas por grupos organizados de pobres que ocupan ilegalmente un terreno, izan banderas peruanas, resisten a las fuerzas del orden, establecen sus asociaciones de pobladores y comienzan a construir sus viviendas precarias con esteras, y luego todo el barrio en forma comunitaria, enclavado en las laderas de cerros y en los arenales. La primera barriada formada bajo ese patrón se creó en mayo de 1946 en San Cosme. El proceso de invasiones y formación de barriadas crece lentamente en los años 50 y tiene su momento álgido en los 70. Parte de este proceso es la formación de Villa El Salvador que fue considerada en su momento un modelo de barriada autogestionada.

A fines de la década de 1980, Matos Mar estima que había unas 2.100 barriadas en todo el país en las que vivían 9 millones de personas agrupadas en unas 7.000 asociaciones (Matos Mar, 1989: 120). Considera que por la masividad del proceso el país está ante lo que define como un "desborde" desde abajo que le cambió la cara a las ciudades y muy en particular a la capital. Este análisis sostiene que las invasiones urbanas son parte del proceso de invasiones de tierras por campesinos en la sierra que forzó al gobierno militar de Juan Velasco Alvarado (1968-1975) a realizar una amplia reforma agraria que terminó de quebrar a la hacienda tradicional. En 1984, el 80% de la población de Lima vivía en asentamientos populares: 37% en barriadas, 23% en urbanizaciones populares y 20% en tugurios, callejones y corralones (Matos Mar, 2004: 69). El 20% restante vivían en barrios residenciales de sectores medios y ricos. En Lima se había producido un verdadero terremoto social y cultural. Pero también económico.

Los migrantes se van haciendo cargo hacia la mitad de la década de 1980 de su propia dinámica ya que las instituciones estatales no estaban, y esto marca una diferencia crucial con Chile, en condiciones de intentar hacer frente a semejante desborde desde abajo. Lo andino instalado en Lima modifica no sólo el aspecto físico de la ciudad sino sus formas de sociabilidad y su cultura de vida cotidiana.

En la construcción de casas y servicios vecinales, al tiempo que se extienden rasgos arquitectónicos que deri-

van de modelos más serranos que europeos, como el techo a dos aguas y la reja, se practica en forma creciente sistemas de reciprocidad como la *minka*. La nueva vivienda es bautizada con la *tinka* andina y la cruz de flores corona la parte más elevada de la construcción. Talismanes y amuletos, especialmente vegetales, para proteger la casa del mal y los ladrones han pasado a formar parte corriente de la religiosidad popular urbana. (Matos Mar, 2004: 80)

Esta población desarrolla una economía contestataria, en opinión de Matos Mar, que la distingue de la llamada economía "informal" porque refleja una realidad opuesta a la oficial. Si la denominamos "informal", sugiere, le cedemos el papel central a la economía establecida y hegemonizada por las clases dominantes. Se trata de una economía de sobrevivencia pero sobre todo de resistencia. Porque la economía debe ser considerada como parte de las relaciones sociales que corresponden a una determinada sociedad y no puede desgajarse del conjunto de creaciones que se registran en las barriadas. Los sectores populares crearon una ciudad diferente con sus propios medios de comunicación, sus manifestaciones culturales (la chicha) y religiosas, sus medios de transporte diferenciados (el microbús), y hasta sus "sistemas autónomos de vigilancia barrial y, en casos extremos, los tribunales populares y ejecuciones sumarias" (Matos Mar, 2004: 188). La economía popular forma parte de ese conjunto de relaciones aunque mantiene vínculos con la economía de las clases dominantes.

En el trasfondo de estas enormes realizaciones está la reinvención de la comunidad andina y las redes de parentesco y reciprocidad en el nuevo espacio urbano. La comunidad urbana es la que construye los espacios públicos en base a la cooperación: calles, veredas, alumbrado, abastecimiento de agua, escuelas, puestos de salud. Las redes familiares permitieron construir las casas: 500 mil viviendas en pueblos jóvenes construidas por etapas (desde la estera hasta el ladrillo y el cemento) a razón de 15 años de trabajo por cada una. Dos de cada tres viviendas de Lima han sido construidas de esta manera. Es otra forma de hacer ciudad, pero a la vez una ciudad diferente, en la que las viviendas son a menudo lugar de trabajo, tienda o taller. Esta otra ciudad perteneciente al otro Perú, es la que presenta el mayor dinamismo económico. Según datos de la Cámara Peruana de la Construcción, el 70% del PBI de la construcción de vivienda es autoconstrucción directa realizada en los pueblos jóvenes por las familias asociadas informalmente con maestros de obra y microempresarios (Tokeshi, 2006).

La imagen que trasmite Matos Mar apunta a la existencia de dos países: "el Perú oficial de las instituciones" y "el Perú marginado, plural y multiforme" (Matos Mar, 2004: 97). El sociólogo Carlos Franco coincide de algún modo con esa imagen cuando observa en Villa El Salvador tres características distintivas del mundo de los sectores populares: un modo de organización y distribución del espacio, la forma de organización de la población y un proyecto de

desarrollo económico y social (Tokeshi, 2006). No se trata de un país subsidiario o dependiente del otro sino de dos mundos autónomos y autosuficientes que se relacionan entre sí como tales. La principal diferencia sería que uno está en decadencia y el otro en ascenso.

En efecto, el Perú de abajo pasó de invadir tierras y predios en la década de 1950 a la invasión de "la cultura oficial por la cultura andina y la de los ámbitos de la economía, la educación, el mundo jurídico y la religión por los nuevos estilos impuestos por las masas en constante desborde y expansión" (Matos Mar, 2004: 101). Más aún, rebasa cualquier capacidad de control y establece "bolsones semiautónomos de poder" basados en las tradiciones comunitarias andinas de reciprocidad (Matos Mar, 2004: 105). Estos dos países se relacionan, confrontan y se interpenetran, siempre según Matos Mar, pero los sectores dominantes están siendo desplazados gradualmente de sus espacios físicos y simbólicos tradicionales. Un modo de proceder espontáneo que encara el cambio social de manera muy similar a lo que representa el concepto andino de *pachakutik*.

Los sectores populares habrían estado, a fines de la década de 1980, en condiciones de vetar los proyectos de los políticos criollos (impidiendo el acceso al gobierno de Mario Vargas Llosa) pero sin asumir lealtades estables a los partidos y líderes sino estableciendo "relaciones en términos de costos y beneficios que servían de sustento a calculados procesos de negociación" (Degregori y Grompone, 1991: 46). No es cuestión ni de populismo ni de clientelismo sino, como señala Carlos Franco, que la "plebe urbana" estaría procesando "el pasaje de la representación delegada a la autorrepresentación política" (idem). Lo que estaba operando, dicho a modo de hipótesis y en base a lo que se registró en procesos posteriores como el boliviano, es que en la medida en que los sectores conforman un mundo separado, no sienten la necesidad de estar representados en el mundo del otro. En este punto, los conceptos tradicionales acuñados para describir y analizar las luchas sociales en "una" sociedad, dejan de ser operativos al constatarse que se trata de "dos" mundos en conflicto-alianza, lo que incluye un amplio abanico de interacción que va desde la confrontación hasta negociaciones, alianzas y pactos. Se vuelve necesario esbozar nuevas narraciones sobre otras bases epistemológicas.

Hasta ahí, a grandes rasgos, el recorrido de los sectores populares urbanos en dos casos que representan caminos diferentes y a la vez puntos de contacto. La dictadura de Pinochet (1973-1990) y el régimen de Fujimori (1990-2000) marcaron el fin de una etapa para el movimiento de los sectores populares urbanos. Sus principales características lo colocan como un movimiento nuevo pero sobre todo diferente a los anteriores. Más allá de las heterogeneidades entre lo que sucede en las distintas periferias creo podemos encontrar algunos aspectos en común:

● Se trata del movimiento de *migrantes rurales* que llegan a ciudades que hasta ese momento eran los centros de poder de las clases dominantes. La afluencia masiva de población rural a las ciudades cambia las relaciones de fuerza sociales, económicas y culturales.

● Los sectores populares crean espacio urbano en forma de multitud de *islas* en medio de las ciudades tradicionales, que en ocasiones están intercomunicadas. Esta creación debe entenderse como una forma de resistencia al poder de las elites y a la vez de afirmación del mundo popular.

● Los espacios que construyen (barriadas, campamentos, barrios populares) son *diferentes* a la ciudad tradicional de las clases medias y altas. Esa diferencia se registra tanto por el modo de construcción en base al trabajo colectivo como por la forma de ocupación y distribución del espacio urbano y se sostiene en relaciones sociales solidarias, recíprocas e igualitarias.

● En los nuevos espacios autoconstruidos nacen formas de *poder popular*, explícitas o implícitas, que abarcan toda la gama de relaciones sociales: desde el control directo sobre el espacio (quienes y cómo lo habitan) hasta la regulación de las relaciones entre las personas. En estos espacios la lógica estatal aparece subordinada a la lógica comunitaria-popular.

● En los territorios populares surgen iniciativas para la sobrevivencia que a menudo cobran la forma de *una economía diferente* a la hegemónica, una economía que en los hechos es contestataria a la economía del capitalismo.

● El control de estos territorios es lo que ha permitido a los sectores populares urbanos resistir, seguir siendo, mantenerse vivos ante unos poderes que buscan su desaparición, ya sea por la vía de desfigurar sus diferencias, por la cooptación o la neutralización de sus iniciativas.

4. La experiencia reciente

Con el Caracazo de febrero de 1989 los sectores populares urbanos abren un período nuevo. Desde los espacios que controlan lanzan ahora desafíos profundos, crean contrapoderes asentados en sus barrios-territorios. El desborde registrado en Lima adquiere en otras ciudades una connotación insurreccional, con lo que se inaugura otra etapa política: de la sobrevivencia y la resistencia a la impugnación de la sociedad hegemónica. Este proceso es hijo del modelo neoliberal que supuso una recolonización del continente y un ataque a las formas de vida de los sectores populares. Tal vez por eso el primer lugar donde las nuevas formas se manifestaron con particular fuerza fue donde primero se empezó a ensayar el experimento neoliberal: el Chile de Pinochet.

Desde 1983 las poblaciones que habían creado los sectores populares a partir de la toma de La Victoria jugaron un papel decisivo en la resistencia a la dictadura. Los barrios autoconstruidos y autogobernados sustituyeron a las fábricas como epicentro de la acción popular. En 1983, luego de diez años de dictadura, los sectores populares desafiaron al régimen en la calle a través de once "protestas nacionales" entre el 11 de mayo de ese año y el 30 de octubre de 1984, aunque algunos análisis sostienen que hubo 22 protestas en cinco años, desde 1983 hasta 1987 (Salazar y Pinto, 2002b: 242). La masividad y potencia de estas protestas pusieron a la dictadura a la defensiva. Fueron protagonizadas, en la esfera pública, mayoritariamente por jóvenes que utilizaron barricadas y fogatas como demarcadores de sus territorios y atacaron los símbolos más cercanos del orden como municipios, semáforos y otros.

Desde principios de la década de 1980 las mujeres y los jóvenes, a través de sus organizaciones de sobrevivencia y socio-culturales, comienzan a ganar protagonismo y a responder al intento de desarticulación del mundo popular que procuraba la dictadura. La revuelta callejera con "recuperación del territorio" es la única forma de acción de un sector social que "no dispone de mecanismos de participación institucional" (Revilla, 1991: 63). La apropiación del territorio que se registra en las protestas, donde las barricadas imponen límites a la presencia estatal, ha sido la forma de negar la autoridad en los espacios autocontrolados ("aquí no entran" se escuchaba en las barricadas en referencia a los Carabineros), haciendo efectivo un "cierre de la población" que representó "la afirmación de la comunidad popular como alternativa a la autoridad del Estado y la negación de la dictadura como propuesta de totalidad" (Revilla, 1991: 63).

La respuesta estatal fue brutal. En poco más de un año hubo por lo menos 75 muertos, más de mil heridos y seis mil detenidos. En una sola jornada de protesta, el 11 y 12 de agosto de 1983, hubo mil detenidos y 29 muertos, y en la represión participaron 18 mil militares además de civiles y Carabineros (Garcés, 2002: 32-33). Esto da una pauta de la intensidad de las protestas que sólo pudieron existir por una contundente decisión comunitaria. Pese a la represión no hubo derrota. Se recuperó la identidad y el éxito consistió en la existencia misma de las protestas, en la capacidad de volver a lanzar un desafío sostenido al sistema durante un año y medio luego de una década de represión, torturas y desapariciones.

Las protestas muestran a nuevos actores sociales en acción cuando la clase obrera ya no podía jugar un papel central como lo había hecho durante décadas. Entre los nuevos actores, básicamente mujeres y jóvenes pobladores, hay algunas diferencias en las que resulta necesario detenerse. La primera ya fue esbozada y consiste en el arraigo territorial de la protesta y por lo tanto de los sujetos que la realizan. Este cambio, como ya he señalado en otros traba-

jos, resulta un viraje de larga duración que modifica el carácter, la forma y la trayectoria de los movimientos de los de abajo (Zibechi, 2003b). El historiador Gabriel Salazar apunta que "en la historia poblacional se sintetiza la autonomía, el protagonismo social y la creación de identidad que los pobres del país fueron paulatinamente alcanzando" (Salazar y Pinto, 1999: 127).

Sin embargo no es la territorialización de los poderes populares lo que los potencia sino las relaciones sociales que anidan en esos territorios "otros". A la hora de rastrearlas, vemos que la principal diferencia con el primer período es que los sectores populares, y de modo muy desatacado las mujeres del abajo, desarrollan nuevas capacidades, siendo la principal de ellas la capacidad de producir y re-producir sus vidas sin acudir al mercado, o sea sin patrones. Salazar captó la profundidad de esta diferencia:

Si la experiencia de las mujeres en los 60 había sido profunda, la de las pobladoras de los 80 y 90 fue todavía *más profunda* y produjo una respuesta social *aún más integral y vigorosa*. Por eso, después de 1973, el movimiento de pobladores no declinó. Al revés: llegó a un punto culminante de su vida histórica.

Las pobladoras de los años 80 no se organizaron sólo para tomarse un sitio y levantar un campamento a la espera del decreto estatal; o para 'asociarse' con el Estado Populista *según* los términos que proponía éste. Pues ellas se organizaron *entre sí* (y con otros pobladores) para *producir* (formando amasaderías, lavanderías, talleres de tejido, etc.), *subsistir* (ollas comunes, huertos familiares, comprando juntos), *autoeducarse* (colectivos de mujeres, grupos culturales) y, además, *resistir* (militancia, grupos de salud). Todo ello no sólo al *margen* del Estado, sino también *contra* el Estado. (Salazar y Pinto, 2002a: 261)

Fue este movimiento el que forzó el repliegue de la dictadura. Fue, como concluye Salazar, el movimiento de resistencia más largo y vigoroso que conoció Chile en su historia, que no pudo ser derrotado pese a la brutalidad de la represión. Las mujeres pobres ponían en juego, en las condiciones más difíciles que cabe imaginar, la memoria y los saberes aprendidos desde la década de 1950 o incluso antes. La fortaleza de las mujeres, y esta es una característica de los movimientos actuales en todo el continente, consiste en algo tan sencillo como juntarse, apoyarse unas a otras, resolver los problemas a "su" modo (que luego veremos más en detalle en qué consiste), con la lógica implacable de hacer como hacen en sus casas, de trasladar al espacio colectivo el mismo estilo del espacio privado, una actitud comunitaria espontánea de la mujer-madre que hemos visto, entre otros muchos, en movimientos como Madres de Plaza de Mayo (Zibechi, 2003a).

Estas mujeres modificaron lo que entendíamos por movimiento social. No crearon aparatos ni estructuras burocráticas con los cargos y las liturgias propias de esas instituciones, necesariamente separadas de sus bases. Pero

se movieron, y vaya si lo hicieron. Las pobladores chilenas bajo la dictadura se convirtieron en:

(...) hormiguitas que recorrían las casas de sus poblaciones conociendo y conversando con todos los vecinos, tratando con las profesionales de las ONGs o de las vicarías sociales (más tarde con los profesionales y políticos de los municipios), asistiendo a talleres y cursos de capacitación, o a reuniones de coordinadoras regionales o nacionales. Su movilidad les permitió tejer "redes vecinales" y aún comunales que tornaron innecesarias las reuniones formales (o "funcionales") de las juntas de vecinos o los centros de madres, por ejemplo. (Salazar y Pinto, 2002a: 267)

Este es, precisamente, el concepto de movimiento social que pone en primer lugar el mover-se, desplazando las estructuras organizativas, como hemos visto antes. La imagen de las mujeres pobres moviéndose en sus barrios, y en ese mover-se ir tejiendo redes territoriales que son, como apunta Salazar, "células de comunidad", es la mejor imagen de un movimiento no institucionalizado y de la creación de poderes no estatales: o sea, no jerarquizados, ni separados del conjunto. De este modo nace, también, una nueva forma de hacer política de la mano de nuevos sujetos, que no aparecen fijados ni referenciados en las instituciones estatales.

Para estas mujeres la transición fue un desastre ya que las devolvió, o por lo menos ese fue el mensaje, a sus casas. A partir de 1990, con el retorno del régimen electoral, vivieron una derrota que nunca habían imaginado. Dicho de otro modo: "El movimiento de pobladores *no fue vencido por la dictadura en el terreno de lucha que los pobladores eligieron*, sino en el terreno de la *transacción* elegido por los que, supuestamente, eran sus aliados: los profesionales de clase media y los políticos de centro-izquierda" (Salazar y Pinto, 2002a: 263). Difícilmente pueda describirse el tránsito de la dictadura a la democracia en términos más ajustados. Los pobladores habían creado el Comando Unido de Pobladores (CUP) y el Movimiento de Mujeres Pobladoras (MOMUPO). Estos fueron invitados a participar en instancias multisectoriales como la Asamblea de la Civilidad, donde los profesionales y militantes de clases medias impusieron la transición "desde el interior del movimiento popular", lo que llevó a la marginación primero y a la desintegración después de las organizaciones de pobladores (Salazar y Pinto, 2002a: 262-263).

De esta experiencia, a mi modo de ver se deducen un par de enseñanzas que tienen estricta actualidad. La primera, es que los movimientos a los que llamaré "comunitarios" a falta de algo mejor (o sea que reúnen la decisión común de un actor social territorializado), no pueden ser derrotados por la represión, por más terrible que sea, salvo mediante el exterminio masivo de sus miembros. La segunda, es que la derrota la procesa eso a lo que suele llamarse "izquierda", ese conjunto de profesionales, ONGs y partidos que son los encargados de ablandar y fragmentar al movi-

miento. Para ello, y esta es la tercera lección, es necesario cooptar o quebrar a los "referentes" individuales o colectivos de los movimientos. Esto sucedió también en Chile en el decisivo año de 1986, cuando se definieron las reglas de la transición, y en buena parte del continente.

Los jóvenes pobladores, el otro actor decisivo en las protestas a partir de 1983, siguieron un derrotero similar. Durante los primeros años de la dictadura habían creado miles de grupos "culturales" que operaban como refugios ante un régimen exterminador. Amparados en las parroquias crearon grupos de teatro, peñas, grupos literarios, talleres, formas diversas de educación popular, en los que se "forjó una cultura juvenil distinta a la de la generación del 68: más arraigada en el presente que en el pasado, más colectiva que individual, más artesanal que profesional y más participativa que escénica" (Salazar y Pinto, 2002b: 237). Los diversos grupos juveniles componían una amplia, diversificada y espontánea red social. En paralelo, pero confluyendo con las actividades de las mujeres pobladoras, los jóvenes comenzaron a protagonizar hechos "culturales" al aire libre en los que poco a poco fueron participando miles de personas.

En esos espacios seguros y lejos del control de la dictadura (Scott, 2000), los jóvenes ensayaron un rechazo al régimen que luego trasladaron a las calles a partir de 1983. El período de repliegue, de 1976 a 1982, es definido por Salazar como "un ciclo comunitario centrado en la creación cultural" en el que predominan liderazgos rotativos e informales, donde el ingreso y la salida no son traumáticos ni para el colectivo ni para el individuo. En este período y en esos espacios nació una cultura juvenil tan potente que, con algunas variaciones, perdura hasta el día de hoy:

> Tal vez el legado más notable de este ciclo fue haber demostrado que la articulación de grupos abiertos a la libre participación y a la libre creación podía tener una fuerza militante y democrática socialmente más transparente y caudalosa que la articulación funcional y jerárquica de los partidos políticos. (Salazar y Pinto, 2002b: 241)

Esta nueva cultura juvenil horizontal tuvo que abrirse paso no sólo enfrentando a la dictadura militar sino a amplios sectores de la izquierda militante que buscaron instrumentalizarla para la insurrección primero y para la participación electoral después. En trazos gruesos, puede describirse como una pinza sobre las nuevas culturas juveniles: las dictaduras por un lado y las viejas izquierdas por otro; más tarde, al retornar el régimen electoral, las políticas neoliberales o el mercado por un lado y las instituciones, gobernadas por la derecha o la izquierda, por otro. Y muy a menudo están las ONGs en este segundo lado de la pinza.

El rechazo a los partidos y el abstencionismo electoral están presentes en gran parte de las sociedades latinoamericanas como actitud de rechazo pasivo de los jóvenes a un sistema que los margina. Lo cierto es que en todas partes, allí donde hubo dictaduras pero también donde se registró

cierta continuidad del régimen electoral, se vivió una clara separación entre el activismo social de base y los dirigentes siempre dispuestos a negociar "salidas" con los militares, las elites o la partidocracia tradicional. En diversos momentos y en distintos países, en general en la década de 1980 y comienzos de los 90, los sectores populares (una vez más, básicamente mujeres y jóvenes) sufrieron serias derrotas que no fueron propinadas por los regímenes autoritarios o las derechas en el poder. Así como las izquierdas profesionales y los sindicatos jugaron su papel en la reinstalación de un sistema democrático electoral con libertades restringidas en los países del Cono Sur, algunos grupos armados contribuyeron a debilitar el campo popular y en particular a los sectores populares urbanos[12].

La retirada del escenario militante y de la política formal por parte de los jóvenes chilenos -y de casi todos los países latinoamericanos- es apenas un repliegue temporal a sus espacios seguros, lejos del control del sistema, donde a menudo proceden a formas muy variadas de "reagrupación juvenil 'por abajo', en el tejido subcutáneo de la institucionalidad, en los bordes del sistema normativo, en los vericuetos y madrigueras intersubjetivas del espacio privado" (Salazar y Pinto, 2002b: 265). A lo largo de los 90 algo sucedió en esos espacios, como algo había sucedido en otros períodos de repliegue, suficientemente intenso como para que en 2006 cientos de miles de estudiantes secundarios, los "pingüinos", ganaran las calles en un enorme desafío a la política educativa neoliberal, al gobierno de Michelle Bachelet y al conjunto de las elites chilenas.

La sorpresa fue mayúscula porque desde 1990 la gobernante Concertación introdujo a los sectores populares en el escenario político ya no como actores sino como objeto de políticas focalizadas o "masa social dispersa". Estas son las políticas que buscan gobernar o neutralizar a los movimientos. ¿Durante cuánto tiempo?

No lo sabemos. Pero es seguro que la experiencia anterior dejó huellas. Hoy, insiste Salazar, las pobladoras y los jóvenes "saben" que las cosas han ido mal con la derecha y con la izquierda, que ni siquiera Allende hizo en 1973 lo que esperaban que hiciera. Y saben que las cosas las tienen que hacer ellos y ellas mismos, de ahí la enorme desilusión con los políticos, y con la democracia electoral. Tal vez por eso las organizaciones que sobreviven a la debacle que supuso la transición tienen otras características a las de los períodos anteriores. Las nuevas organizaciones comunitarias en las poblaciones son más autónomas y trabajan en varias direcciones: para recuperar la memoria de lucha y la identidad barrial, para resolver los problemas de salud comunitaria y para intentar "acceder a alternativas económicas para ellas y sus familias" (ECO, 2001). En otras palabras, buscan producir y reproducir sus vidas fuera del control de cualquier institución, estatal o partidaria.

La toma de terrenos en Peñalolén (Santiago) en marzo de 1997, siguió exactamente los mismos patrones de acción y

organización establecidos por la toma de La Victoria 40 años atrás. Pero al igual que sucede con otras organizaciones populares, en este período la relación con el Estado es instrumental y rigurosamente exterior. Por no haber, no hay siquiera influencia de los partidos. En La Victoria, pude comprobar personalmente en 2007, en el centro cultural José Mariqueo, en el que se estaba preparando la celebración del 50 aniversario de la fundación de la población, el grado de autonomía de las nuevas organizaciones de pobladores. Una frase me impresionó más que ninguna: "Nuestro problema empezó con la democracia". No parecía una afirmación de carácter ideológico sino de sentido común que el resto de los presentes, unos treinta entre los que predominaban las mujeres y los jóvenes, compartían sin darle mayor trascendencia.

En realidad, en toda América Latina se aplicó el mismo "modelo" de transición, muy similar al español luego de la muerte de Franco. Pero el escenario sumergido de la sociabilidad popular está en ebullición. A tal punto que el Estado debió intervenir las poblaciones con la excusa de la droga y la delincuencia a través del Programa Barrio Seguro. Desde 2001 el ministerio del Interior puso en marcha este programa con fondos del BID que supone la intervención policial y social de los barrios "marginales" o "conflictivos". La primera población afectada fue La Legua y la segunda La Victoria, y así hasta nueve poblaciones en los primeros cuatro años. Los objetivos del plan quedan al descubierto cuando las propias autoridades admiten que consiste en "combatir el comercio ambulante y la delincuencia en el centro de Santiago"[13].

En cada población se busca involucrar a las organizaciones sociales, en particular a las juntas de vecinos, lo que redunda en la división del barrio y sus núcleos organizados. Miembros del Centro Cultural Esteban Gumucio de Yungay, una de las poblaciones intervenidas por el ministerio del Interior, aseguran que la "aplanadora gubernamental" busca la desarticulación de las "organizaciones territoriales autogestionadas" (Perro Muerto, 2006: 12). En esa población existen colectivos autónomos que tuvieron la capacidad de tomar un espacio público en el que construyeron un centro cultural y un horno comunitario donde los vecinos hacen y consumen pan y empanadas. La población ha sido sometida a un virtual estado de sitio por los Carabineros que cuentan con el apoyo de la junta de vecinos.

La descarada manipulación de los pobladores tuvo como resultado el proyecto de luminarias, pastelones y 'lomos de toro' con la aprobación de las juntas de vecinos, una de ellas constituida casi en su totalidad por funcionarios municipales, siendo en la práctica los ojos, oídos y la voz del municipio en la población, mientras las escaleras de los blocks se caen a pedazos y la solicitud de construir

12. Pienso en el caso de Sendero Luminoso en Perú.
13. www.gobiernodechile.cl

una sede social para todas las organizaciones de la población fue desechada con un "la municipalidad se opone a la sede". (Perro Muerto, 2006: 13)

El Estado realiza esfuerzos permanentes para ahogar cualquier expresión autónoma de los pobres, ya sea política, económica o cultural. Para eso necesita cooptar organizaciones o dirigentes sociales para aislar a los colectivos autónomos, ya que la represión sin más produce efectos contrarios a los buscados. La legislación "democrática" forma parte también de esta guerra de baja intensidad contra los sectores populares. En diciembre de 2003 ingresó al parlamento un proyecto de ley para "modernizar" las ferias libres que son "espacios residuales de soberanía popular" (Páez, 2004). En efecto, el control sobre el espacio público es primordial para las clases dominantes ya que allí es donde los sectores populares ejercitan su soberanía. Las ferias son aquellos espacios donde los productores populares y sus productos se vinculan de modo horizontal, y el comercio informal es a menudo un "arma política y económica con el que las clases populares pueden ejercer sus derechos ciudadanos" (Páez, 2004). Dominadores y dominados saben hoy que es en esos microespacios de la vida cotidiana donde se ensayan las revueltas que desbordan, cada cierto tiempo, las grandes alamedas del control social.

Una de las sociedades urbanas donde la acción social colectiva de las mujeres populares tiene mayor presencia, es la ciudad de Lima. En 1994, había en la capital peruana unas 15 mil organizaciones populares registradas: 7.630 comités del Vaso de Leche, 2.575 clubes de madres, 2.273 comedores populares y 1.871 juntas vecinales, según fuentes oficiales[14]. La casi totalidad de estas organizaciones pertenecen a los sectores populares y están afincadas en las periferias de la ciudad, en los asentamientos o pueblos jóvenes. Muchas de ellas están ligadas a los partidos (los clubes de madres al APRA desde 1985) o fueron cooptadas por ellos. Los comités del Vaso de Leche nacieron durante la alcaldía de izquierda de Alfonso Barrantes, en 1984, cuando la presión de las mujeres pobres decidió al municipio a implementar el Programa del Vaso de Leche dirigido a proporcionar desayuno a menores de 6 años y a las madres gestantes o lactantes.

Clubes de Madres, comités del Vaso de Leche y comedores populares contaban a mediados de la década de 1990 con cuatro millones de beneficiarios en todo el país y eran gestionados casi exclusivamente por mujeres. El protagonismo femenino está fuera de duda, más allá de las consideraciones que se hagan. En efecto, suele considerarse este tipo de actividades como beneficencia o sustitución del papel del estado, cuando no se hace hincapié en la subordinación a partidos o municipios y, en algunas ocasiones, a casos de corrupción o clientelismo. Quisiera poner la lupa sobre un conjunto de organizaciones nacidas desde abajo, que ya llevan casi cuarenta años en pie y

muestran que no todo puede verse en blanco y negro. Me refiero a los comedores populares.

Nacieron a fines de la década de 1970 con el objetivo de preparar en forma colectiva raciones alimenticias para familias o individuos, ya que colectivamente se puede acceder a alimentos donados o subsidios y la compra masiva abarata los costos. En 1978 nacieron los primeros comedores populares autogestionados en Comas, al norte de Lima, impulsados por una monja-enfermera, María van der Linde (Blondet y Trivelli, 2004: 39). La experiencia de la cocina colectiva se difundió con rapidez al calor de las crisis económicas: en 1982 había 200 comedores en Lima; en 1988, cuando el programa de estabilización de Alan García, sumaban 2.000; cuando el ajuste estructural de Fujimori, en 1990, llegaron a 7.000. Una encuesta realizada en 2003, reveló que sólo en Lima existen 5.000 comedores populares con algo más de 100.000 socias activas (Blondet y Trivelli, 2004: 20).

Los comedores, impulsados por agentes pastorales vinculados a las comunidades eclesiales de base y a la teología de la liberación, promovieron:

la autoayuda y la autoprestación de servicios, buscando enfatizar la autonomía de los pobres en la relación con el estado y las instituciones de caridad, en contraste con las relaciones de dependencia que con demasiada facilidad propiciaban otros programas. De ahí la importancia de recalcar el esfuerzo personal y la iniciativa popular en el surgimiento de estos comedores, y la resistencia para coordinar con los programas gubernamentales o tener al estado como referente para el logro de sus demandas (Blondet y Trivelli, 2004: 39).

Estos comedores recibieron el nombre de *autogestionados* (reciben alimentos del estado) en contraste con los *subvencionados* (reciben alimentos y dinero del estado). A éstos se los considera más afines al estado y los partidos, aunque con el tiempo las diferencias parecen menores. Los comedores atravesaron diversas etapas: en 1988 se realizó el Primer Encuentro de Comedores Autogestionarios y se creó la Comisión Nacional de Comedores, en un período de gran protagonismo femenino y apoyo gubernamental a las actividades sociales. Al dispararse la crisis económica, desde 1988, los comedores se multiplican y se ensayan nuevas formas de sobrevivencia en torno a los mismos (pequeños "negocios" y ampliación de las prestaciones alimentarias), a la vez que se protagonizan importantes movilizaciones en demanda de apoyo. En la década de 1990 muchos comedores cerraron por el acoso de Sendero Luminoso y otros debieron trabajar a puertas cerradas (Blondet y Trivelli, 2004: 42-43).

Cada comedor tiene un promedio de 22 socias activas, siendo una organización de vecinas de mismo barrio, según la encuesta de 2003. El 90% de las socias ha recibido algún

14. www.inei.gob.pe

tipo de capacitación y ha tenido alguna responsabilidad en la gestión. Sólo el 20% de las presidentas de los comedores tiene secundaria completa. En Lima había, en 2003, 2.775 comedores autogestionados y 1.930 subsidiados: los segundos nacieron en la segunda mitad de los 80 y los primeros en la década de 1990.

Cada comedor produce unas 100 raciones diarias en promedio, casi medio millón de raciones diarias en Lima. Es interesante observar a quiénes van dirigidas las raciones: el 60% a las socias y sus familias; un 12% a las socias que cocinan como compensación por su trabajo (no hay pago en efectivo); un 8% son donados a personas pobres del barrio ("casos sociales"). Sólo se venden el 18% de las raciones producidas por el comedor. La mitad de ese porcentaje se vende a gente del barrio, en general siempre la misma, y el otro 9% a gente "de paso". A las socias se les vende a un precio menor que a los clientes externos.

Parece evidente que los comedores se han instalado para la atención de las socias y sus familias, y no para vender o tener ganancias. Los comedores no ahorran ni distribuyen beneficios y "lo más probable es que las propias socias estén subsidiando el comedor de manera directa (donando insumos, entregando trabajo, etc.) más allá de los turnos normales de cocina" (Blondet y Trivelli, 2004: 32). Aunque luego volveré sobre el tema, me parece evidente que las mujeres que trabajan en los comedores producen no-mercancías y que no lo hacen para el mercado sino para personas conocidas. Apenas un 9% de su trabajo es destinado a la venta bajo la forma de mercancías. En realidad, lo que reciben del estado se va casi íntegramente en las raciones que entregan a los más pobres.

La mayor parte de los comedores realizan fiestas y rifas para tener otros ingresos ya que los aportes de alimentos del estado apenas cubren el 20% del costo de la ración. Un estudio de la Federación de Mujeres Organizadas en Comedores Populares Autogestionarios (Femoccpaal) del año 2006, que agrupa a unos 1.800 comedores, asegura que "el comedor ya no es un complemento de salario alguno, porque ese salario ya no existe, para muchas familias es la única vía de acceso a la alimentación"[15]. Esto en un período de fuerte crecimiento económico. Un detallado estudio de esa organización revela que más del 80% del costo de la ración es aportada por las organizaciones de los comedores, en tanto el estado aporta el 19%. A la hora de cuantificar el costo final de una ración, las socias de los comedores compran en alimentos el equivalente al 33%, la mano de obra gratuita supone el 32%, siendo el 16% restante gastos de administración, transporte para recoger los alimentos donados por el estado y otros servicios compensados con trabajo o raciones.

La vastedad de la organización colectiva de las mujeres pobres de Lima muestra su capacidad de intervenir en la vida política del país desde un lugar propio. En los comedores las mujeres trasladaron lo que hacen dentro de sus

casas al espacio público. Otro tanto puede decirse de las otras organizaciones. La lógica del cuidado familiar extendida y multiplicada en tiempos de crisis. Sin embargo, en uno de los momentos más álgidos vividos por Perú, las mujeres no sólo intervinieron en organizaciones locales como los comedores, sino directamente en el escenario político nacional. Eso sucedió a fines de noviembre de 1988. Durante ese mes se difundió en los barrios pobres un rumor que aseguraba que personas extrañas (doctores gringos ayudados por matones negros) secuestraban a los niños para sacarles los ojos. Entre el 29 y 30 de noviembre, miles de madres, en casi todos los barrios pobres, fueron presas del pánico y se dirigieron en masa a los colegios a recoger a sus hijos porque creyeron que se encontraban en peligro por la acción de los *sacaojos*. En muchos barrios los vecinos hicieron rondas de vigilancia y estuvieron cerca de linchar a varias personas a las que consideraron sospechosas de ser *sacaojos*.

Una detallada investigación alumbró los motivos de tan extraño comportamiento colectivo (Portocarrero y Soraya, 1991). A primera vista parece un rumor insólito vinculado a mitos del período colonial. Sin embargo, el trabajo revela que en las fechas cercanas al rumor del *sacaojos*, se estaba produciendo una agudización de la crisis económica, una parálisis del gobierno, una ola de huelgas y el colapso de los servicios públicos, a lo que se sumaba la acción de Sendero Luminoso. La ciudad de Lima estaba semi-paralizada y la población sentía temor. En setiembre de ese año se había producido un "paquetazo" que supuso una seria reducción del poder adquisitivo de los trabajadores. Los mercados estaban desabastecidos y las amas de casa debían hacer largas colas para comprar unos pocos productos.

La popularidad del presidente Alan García había caído radicalmente. El primer ministro había hecho a principios de noviembre declaraciones dramáticas ("correrán ríos de sangre" si vuelve la derecha). Hacia el 7 de noviembre hay muchos gremios en huelga y colapsan los servicios públicos, sobre todo el transporte urbano, por una huelga de choferes y propietarios de micros. La imagen de Lima era la de una ciudad en caos, con paraderos congestionados, miles de personas caminando y pasajeros trepados a camiones y camionetas. El día 22, Sendero Luminoso derribó 32 torres eléctricas causando un apagón gigantesco que provocó tres semanas de restricciones de electricidad. Los semáforos no funcionan, falta pan en las panaderías y el mismo 22 el ministro de Economía anuncia aumentos en los productos básicos del 100 al 200%. Muchos puestos y ferias cierran pero en los pueblos jóvenes la población colabora con la policía para abrirlos a la fuerza.

El nivel de tensión es altísimo. Muchos imaginan saqueos, un estallido social y una represión gigantesca con miles

15. www.femoccpaal.org

de muertos. Lo cierto es que los sectores populares se encontraban entre el temor y la desesperación. La central de trabajadores convoca un paro de 24 horas que es un completo fracaso. Las cosas toman otro rumbo:

En los días siguientes al paquetazo no hubo en Lima ni paro ni saqueos. No obstante, sí ocurrió el episodio de los *sacaojos*. La hipótesis que proponemos es que el rumor y el pánico llevaron a rebajar el nivel de tensión. De esta manera el episodio fue un equivalente funcional del estallido o del paro. Permitió desahogar la tensión, sentir colectivamente el miedo y la desesperación que la misma situación generaba, incluso tratar de defenderse de él. La sensación de que tenía que pasar algo se disipó (Portocarrero y Soraya, 1991: 29).

La hipótesis sugiere que la "respuesta" popular clásica (saqueos, paro, insurrección o estallido) estaba invalidada a los ojos de los principales protagonistas de los sectores populares por los elevados costos humanos que hubiera tenido. Pero la población pobre, y muy en particular las mujeres-madres, no están ni desmovilizadas ni desorganizadas. En varios puntos de la ciudad, muchedumbres de hasta mil madres exigen respuestas y la intervención de autoridades para resolver el problema de los *sacaojos*. Se forman rondas de vigilancia, los vecinos forman comisiones para capturarlos y, aunque nunca los encuentran, detienen en varios casos a "sospechosos" que siempre son médicos o extranjeros.

Lo cierto es que el protagonismo estuvo "en manos de las mujeres madres de familia y no de los dirigentes populares (caso del paro) o de los adolescentes y jóvenes (caso del estallido y saqueos)", y que a través del rumor y pánico del *sacaojos* se previno un mal mayor:

Que el miedo y la ansiedad se convirtieran en pánico y violencia en el interior de los pueblos jóvenes, sobre todo en el mundo privado de la familia popular. Estos sentimientos no fueron politizados tal como lo pretendía la propuesta del paro. Tampoco dieron lugar a comportamientos anómicos como los saqueos; ocurrió algo distinto (Portocarrero y Soraya, 1991: 33).

En ese momento, los principales protagonistas del mundo popular no eran ya los sindicatos ni las organizaciones campesinas sino las mujeres-madres organizadas en sus barrios para asegurar la vida cotidiana. Son miles de comedores populares, comités del Vaso de Leche y clubes de madres los que dieron sustento a la vida diaria de sus familias cuando se paralizó la economía "formal" del país. En segundo lugar, las mujeres-madres intervienen en el momento más álgido en la vida política del país, pero no lo hacen del modo esperado. ¿Por qué? Resulta evidente que no confiaban en el movimiento sindical ni en los partidos políticos, en los que militaban sus esposos o familiares varones. Pero hay algo más, y de mayor calado.

En aquel momento, y quien esto escribe vivía en Lima en esos meses, resultaba imposible torcer el rumbo de la

"alta" política. No había fuerza ni legitimidad en el movimiento popular para evitar que el gobierno y las elites nacionales y extranjeras tomaran otro camino. Ni para frenar la violencia terrorista de Sendero Luminoso. Las mujeres-madres lo intuyeron o lo sabían. En esa situación, ¿qué sentido tenía un paro o los saqueos? El primero era un gesto sin consecuencias y el segundo implicaba correr un riesgo demasiado elevado. En esa coyuntura, las mujeres-madres intervinieron masivamente en la protección de sus hijos, sus barrios y sus familias, como ya lo venían haciendo en las miles de organizaciones locales que habían puesto en pie.

Si persistimos en una mirada ilustrada, letrada y desde arriba, o sea masculina, blanca e intelectual, seguiremos subestimando acciones nacidas y realizadas por los de abajo como la intervención masiva de las mujeres pobres en la coyuntura de 1988. Hicieron política, pero una política diferente, desde un lugar otro, ni mejor ni peor que la de los varones en sus organizaciones formales y masculinas. Abrirnos a esta otra comprensión del mundo popular, puede contribuir a potenciar los rasgos positivos que ya existen y acotar los que reproducen los modos hegemónicos. Como sabemos, los sectores populares jugaron un papel decisivo en el *tsunami* electoral que le cortó el camino del gobierno a Mario Vargas Llosa y en la derrota de Sendero Luminoso. ¿Qué papel jugaron las mujeres-madres en ambos casos?

En Venezuela existen más de seis mil comités de tierra urbana y dos mil mesas técnicas de agua, donde millones de personas se hacen cargo de sus vidas. Ambas organizaciones forman parte del proceso de las luchas populares urbanas de las dos últimas décadas aunque cobran forma bajo el gobierno de Hugo Chávez. En Caracas el 50% de la población vive en asentamientos precarios sin posesión legal del suelo y con un pésimo servicio de agua potable (Antillano, 2005). Como en otras partes del continente, esos barrios surgieron en las décadas de 1950 y 1960 como resultado de las desigualdades en la distribución de la renta petrolera.

En 1991 se formó la Asamblea de Barrios de Caracas que nació de la mesa de pobladores del Primer Encuentro Internacional de Rehabilitación de Barrios. La asamblea llegó a reunir a más de 200 barrios de la capital y formuló algunas de las más importantes demandas que luego retomará el gobierno bolivariano: cogestión del servicio de agua potable, regularización de la tenencia de la tierra ocupada por los pobladores, y el autogobierno local. Es el resultado de tres décadas de organización y movilización popular en los barrios periféricos.

La aparición de estos barrios fue fruto de intensas luchas contra el desalojo y por las conquista de los servicios básicos. En un segundo momento, en la década del 70 y en comienzos de los 80, se registra una intensa actividad cultural orientada a la consolidación de la identidad de los

pobladores y a la construcción de nuevas subjetividades. La organización de los barrios se diversifica en grupos eclesiales, teatro, alfabetización, trabajo con niños, periódicos populares locales. Fue un proceso de acumulación de fuerzas muy invisible pero muy poderoso" (Antillano, 2006). Las luchas se focalizan a menudo contra el aumento del pasaje del transporte público y el estado de las calles. Un tercer período se precipita con las reformas neoliberales que provocan la desinversión del Estado en viviendas y mejoras para los barrios, el empobrecimiento de la población, el colapso y privatización de los servicios y "el debilitamiento y derrumbe de las agencias intermediarias que habían funcionado a la vez de medio de cooptación y mecanismo de redistribución (partidos políticos, juntas de vecinos" (Antillano, 2005: 208).

Este proceso está en la raíz de la insurrección de 1989 conocida como Caracazo. A partir de ese momento los sectores populares urbanos tomaron la iniciativa que mantienen hasta el día de hoy. La intensa movilización popular de la década de 1990 provocó el colapso de los corruptos partidos tradicionales, hizo entrar en crisis el modelo de dominación y facilitó la conquista del gobierno por una nueva camada de dirigentes entre ellos Hugo Chávez. Estos sectores jugaron un papel decisivo en frenar y revertir el golpe de Estado de abril de 2002 y en la derrota de la huelga petrolera lanzada por las elites a fines de ese año. Sin dirección unificada y sin aparato coordinador centralizado, al igual que sucedió en los momentos decisivos en todo el continente, los pobres urbanos de los cerros de Caracas neutralizaron las diversas ofensivas de la derecha y las clases dominantes que contaron con el apoyo de amplios sectores de las clases medias.

La cuarta etapa, la actual, se abre en 2002 con el decreto que da inicio a la regularización de la tenencia de la tierra y la rehabilitación de los barrios que promueve la formación de los comités de tierras urbanas (CTU). Este proceso está íntimamente relacionado con el carácter y el espíritu del proceso bolivariano, claramente diferente de los que emprenden otros gobiernos del continente. Los alrededor de mil CTU de Caracas reúnen unas 200 familias cada uno y se articulan entre sí de forma informal e inestable.

Lo más relevante del decreto es que este proceso de reconocimiento e inclusión de los barrios, lo hace descansar en la organización, participación y movilización de los mismos pobladores de los barrios, interpelando a las propias comunidades como agentes de los procesos de transformación que se delinean. Así, tanto los aspectos técnicos, políticos e incluso "judiciales", son llevados adelante por una nueva forma de organización social que el decreto presta piso legal: los comités de tierras urbanas. Se anticipa así una modalidad que se hará común en otras políticas sociales de este gobierno: la inclusión social a través de la movilización de los excluidos. (Antillano, 2005: 210)

Algo similar sucede con las mesas técnicas de agua. For-

man parte de una "revolución del territorio" como apunta Antillano, dirigente social de un barrio popular. Son organizaciones autónomas, elegidas por los vecinos del barrio, flexibles ya que no se prescribe ningún esquema de organización ni se hace necesaria la presencia de intermediarios y responden a las necesidades inmediatas de la población. Tienden a convertirse en poderes locales ya que la propiedad de la tierra no es familiar sino "de una asociación constituida por la totalidad de las familias del barrio, que entre otras cosas se encargan de regular el uso del espacio (común y familiar), autorizar las ventas o arrendamientos y velar por las normas de convivencia, decidir sobre litigios y sobre acciones de incumbencia colectiva, etc." (Antillano, 2005: 214). Esta descripción las aleja de organizaciones creadas y controladas por el Estado y las asemeja a lo que considero como "poderes no estatales" (Zibechi, 2006b), aunque en este caso estas organizaciones han sido creadas a instancias del gobierno boliviariano.

Los territorios de los pobres urbanos tienden a convertirse en espacios integrales de vida. En los cerros de Caracas existen muchas organizaciones (de salud, agua, tierra, cooperativas, de cultura y ahora también consejos comunales). Además, los barrios son grandes fábricas o maquilas. Como en otras partes del continente, no se trata de inventar algo nuevo sino de depurar o mejorar lo que ya existe, ya sea en la relación siempre compleja con el mercado o con el estado. En los barrios caraqueños, las fuerzas productivas ya están en el territorio; se trata de contribuir a que superen la dependencia de los explotadores como han hecho en otros países las fábricas recuperadas.

Antímano es una fábrica muy eficiente, es un barrio donde viven 150 mil habitantes, es una fábrica completa, donde una mopa de algodón entra por un lado y sale una camisa por el otro, porque son muchas 'maquilas', hay señoras que tejen, otras cortan, otras más allá que cosen. Eso pasa en toda América Latina y en todo el tercer mundo. (...) Si se sustituye el que terceros se queden con las ganancias, y la gente se organiza para la producción en forma cooperativa, de otra manera, pero en el mismo territorio, aprovechando la virtud del mismo territorio, el barrio completo podría ser una fábrica. Es decir que hay que pensar el asunto desde esa perspectiva, del aporte que puede hacer el territorio a la producción. (Antillano, 2006)

En Bolivia se han registrado algunas experiencias notables en las periferias urbanas que revelan la capacidad de los sectores populares indígenas de construir una verdadera sociedad "otra". Una de ellas lo constituye la ciudad de El Alto, que ha sido analizada en varios trabajos (Gómez, 2004; Mamani, 2005; Zibechi, 2006b). Quisiera ahora abordar una de las experiencias más notables de manejo territorial y comunitario del agua en base a modelos no estatales. Se trata de la zona sur de la ciudad de Cochabamba donde más de cien comités de agua se encargan de resolver lo que

el Estado es incapaz de proveer.

Desde la implantación del modelo neoliberal en Bolivia, en 1985, el cierre de las minas y al emigración a las ciudades modificaron el mapa del país. La ciudad de Cochabamba (1.100.000 habitantes en 2001) fue uno de los destinos de una parte de esa población arrancada de sus comunidades y lugares de trabajo por el modelo inspirado en el Consenso de Washington. La empresa estatal de agua, Semapa, apenas cubría con sus servicios al 50% de la población de la ciudad, quedando fuera vastas áreas como la periferia sur. A comienzos de la década de 1990 grupos de vecinos se organizaron para conseguir el agua imprescindible para sus hogares. Formaron asociaciones y cooperativas, excavaron pozos, tendieron la red de agua, construyeron tanques elevados o compraron el agua en cisternas y en ocasiones construyeron el alcantarillado. Todo ello sin ayuda estatal.

Tal vez la primera organización vecinal para el agua potable nació en marzo de 1990 en Villa Sebastián Pagador, la Asociación para la Administración y Producción de Agua y Saneamiento (Asica-Sur, 2003). Durante la década de 1990 surgieron en la zona sur de la ciudad unos 140 comités de agua, integrados por un promedio de 300 a mil familias[16]. Debieron sortear muchas dificultades, lucharon por rebajas en el precio de la electricidad indispensable para extraer el agua de sus pozos. Muchas veces los pozos se secaron y en otras obtenían agua de baja calidad que no servía para uso doméstico. Cada cierto tiempo los comités deben abrir nuevos pozos y si no encuentran agua deben comprarla y trasladarla hasta el barrio. Algunos comités han comprado camiones cisternas con los que hacen varios viajes diarios.

Estos comités de agua urbanos jugaron un papel relevante en la Guerra del Agua de abril de 2000, cuando el Estado cedió el control de la empresa Semapa a una multinacional que amenazaba con expropiar el agua que con tanto sacrificio habían conseguido los vecinos. Junto a los campesinos regantes consiguieron revertir la privatización del agua y abrieron un ciclo de protesta que derribó el modelo neoliberal y llevó al gobierno a Evo Morales. Luego de expulsar a la empresa multinacional se abrió la posibilidad de que la población eligiera representantes para controlar a la empresa estatal, y comenzó un nuevo período en el que se realizan más obras a favor de los barrios periféricos.

En agosto de 2004 los comités de agua crearon la Asociación de Sistemas Comunitarios de Agua en el Sur (ASICA-SUR) y eligieron su primera directiva. En esta etapa están discutiendo cómo se van a relacionar con la empresa estatal, ya que tienen claro que no es ninguna garantía de que preste un servicio eficiente y temen perder su autonomía. Está planteada la necesidad de co-gestionar el servicio de agua con Semapa, pero quieren hacerlo sin perder la organización comunitaria que es la garantía de que podrán seguir controlando el suministro:

Hoy estamos ante otra encrucijada. ¿Qué será de nuestros comités cuando Semapa reciba la concesión sobre

nuestros distritos? Nuestra organización habrá terminado? Podremos influir en las decisiones de Semapa a partir de ese momento? ¿Nos convertiremos en usuarios individuales y anónimos de la empresa municipal? ¿O podremos conservar nuestras organizaciones, nuestra capacidad de decisión y de gestión que hemos demostrado durante años? (Asica-Sur, 2003: 1)

Parece evidente que la Guerra del Agua y una década larga de autonomía no fueron en vano. Los vecinos conquistaron su autonomía y no quieren perderla. Por eso la propuesta es que Semapa les provea al agua "al por mayor" y los comités la sigan distribuyendo a los vecinos para no perder el control de la gestión del servicio. El modelo de agua en base a pozos demostró ser una verdadera alternativa al control estatal centralizado y jerárquico, pero encontró sus límites ya que la gran cantidad de pozos perforados estaba dañando la capa freática de todo el valle, los pozos se secaban o perdían calidad de agua. Optaron entonces por el servicio de la empresa estatal, pero sin perder su autonomía. La experiencia de los comités de agua de Cochabamba es un paso importante a la hora de buscar formas alternativas de gestionar los bienes comunes.

Entre los múltiples debates realizados por los comités de agua destaca el relacionado con la propiedad, que de alguna manera es un balance de su experiencia con la empresa estatal. A la hora de definir el tipo de propiedad de los comités de agua, rechazan tanto el concepto de "propiedad privada individual" como de "propiedad pública estatal".

Lo que estamos queriendo defender en nuestros barrios es un tipo de propiedad que, en cierto sentido es privada (porque no dependen del Estado sino de la ciudadanía directamente), pero que al mismo tiempo es pública (no pertenece a un individuo, sino a toda la comunidad). Por es se la llama propiedad colectiva o comunitaria. La razón principal para la existencia de este tipo de propiedad no es tampoco el tema económico, sino la satisfacción de una necesidad social, la administración de un bien público, como es el agua, que no debe considerarse nunca un bien privado ni objeto del comercio. Tanto Semapa como los comités de agua de nuestros barrios deben entenderse desde el concepto de 'propiedad pública comunal'. (Asica-Sur, 2003: 5)

Este concepto es muy similar al de "privado-social" que formuló Aníbal Quijano para describir las formas predominantes en el mundo popular urbano de América Latina. Sostiene que este tipo de organizaciones, solidarias, colectivas y democráticas, son "una de las más extendidas formas de la organización cotidiana y de la experiencia vital de vastas poblaciones de América Latina" que resisten al capitalismo (Quijano, 1988: 26). Considera que estas formas de experiencia social ancladas en el privado-social no son

---

16. ??????????????????????

coyunturales ni transitorias sino prácticas consolidadas en particular en las barriadas pobres. Estas organizaciones que funcionan sobre la base de la reciprocidad, la igualdad y la solidaridad "no son en el mundo urbano islas en el mar dominado por el capital. Son parte de ese mar que, a su turno, modulan y controlan la lógica del capital". La articulación de estas islas del privado-social "no se constituye como un poder estatal, sino como un poder en la sociedad", y forman parte de una sociedad otra, diferente (Quijano, 1988: 27-28).

Uruguay pasa por ser el país más integrado del continente, donde el estado benefactor alcanzó mayor desarrollo y resultó menos erosionado que en otros países. El principal movimiento sigue siendo el sindical, y la hegemonía de la izquierda política (Frente Amplio) se ha consolidando en la sociedad urbana desde la década de 1990 de modo macizo y compacto. En suma, Uruguay no es el mejor escenario para el nacimiento de prácticas sociales autónomas.

Sin embargo, en el pico de la crisis económica y social de 2002 de modo espontáneo nacieron en las periferias de Montevideo decenas de huertas familiares y colectivas en las que trabajaron miles de vecinos pobres golpeados por la desocupación. Unos 200 mil habitantes de la capital uruguaya y de su área metropolitana (1.500.000 personas) viven en asentamientos irregulares, cuyas viviendas fueron autoconstruidas por las familias y los barrios se erigieron en base al trabajo colectivo. La desocupación rozó el 20% durante el pico de la crisis (julio-diciembre de 2001), pero el 80% de los sectores populares no tenían empleo estable y naufragaban entre la desocupación, el cuentapropismo y formas diversas de informalidad. Las huertas fueron un modo de afrontar la crisis de alimentación que atravesaban los más pobres aunque una parte de ellas se mantiene pese al sostenido crecimiento económico que se registra desde 2004.

Durante varios años funcionaron más de 200 huertas "familiares colectivas" y comunitarias en plena zona urbana. Las primeras son huertas instaladas en terrenos de casas particulares y cultivadas por la familias pero con el apoyo de los vecinos de la zona que tienen sus propias huertas; las comunitarias están en espacios públicos ocupados por los vecinos. En ambos casos, se registran formas de organización estables en torno a la huerta que es el eje aglutinador de colectivos barriales que debieron pelear su autonomía respecto de los partidos políticos, los sindicatos y el municipio. Los grupos iniciales atravesaron en los dos primeros años diversas situaciones críticas y de crecimiento, que en muchos casos los llevaron a consolidar lazos que ellos mismos definen como "comunitarios". La profundidad de los cambios registrados en relativamente poco tiempo, lo muestra la evaluación hecha por las mujeres de la Huerta Comunitaria *Amanecer*, en el popular barrio de Sayago:

Al principio teníamos una ficha donde cada uno anota-

ba las horas trabajadas. Al llegar la cosecha recibía según lo trabajado. Para nuestra sorpresa, en una reunión se propone no anotar más las horas. Esto nos alegró muchísimo pues el grupo comenzaba a tener una conciencia comunitaria. Así lo hacemos hasta hoy. Al terminar las horas de trabajo cada integrante retira lo necesario para alimentar a su familia. (Oholeguy, 2004: 49)

Tres meses después, el colectivo de "huerteros" (unos 40, la inmensa mayoría mujeres y jóvenes) consiguió autoabastecerse y decidió dejar de recibir los alimentos que les donaba el municipio, indicando que preferían que fueran distribuidos en comedores populares o a otros grupos que los necesitaran.

En otra zona de la periferia de Montevideo, en el barrio Villa García, unas 20 huertas familiares colectivas comenzaron a trabajar en red. Al comienzo fueron experiencias aisladas que se coordinaron hasta crear un colectivo estable que realiza jornadas semanales, todos los sábados, rotando por todas las huertas de la red. Sin crear una estructura organizativa, los "huerteros" crearon una suerte de "coordinación móvil en red" para apoyarse en el intercambio de semillas, conocimientos y técnicas de cultivo. Además, ensayaron un sistema de reciprocidad apoyando el trabajo de cada huerta, y luego buscando formas de comercialización. Las jornadas de los sábados se dividían en tres momentos: aprendizaje colectivo a través del trabajo en la huerta, compartir una olla común con productos cosechados por ellos y una reunión de evaluación y planificación. Los logros son notables: consolidación de grupos de trabajo, capacidad para mantener las ollas colectivas en base a la producción de las huertas, dependiendo cada vez menos de los alimentos donados por el estado, creación de un invernáculo y un banco de semillas para suministrar insumos a todas las huertas de la zona, edición de un boletín mensual del grupo y la coordinación con las demás iniciativas de Montevideo, que cuajó en el primer Encuentro de Agricultores Urbanos en octubre de 2003,para lo que contaron con el apoyo de la Facultad de Agronomía y del municipio (Contreras, 2004).

Se coordinaron también "huerteros" de diversas zonas, formaron talleres (de poda, apicultura, cría de aves de corral) y en ocasiones realizaron ferias para comercializar la cosecha y vender conservas y dulces producidos por las familias. En algunos barrios incluso participaron en las ferias de los clubes de trueque. Unos 70 vecinos ocuparon un predio de 19 hectáreas perteneciente a un banco privado donde aún se mantienen cultivando. Los pasos dados por los colectivos de "huerteros" (nombre con el que instituyeron una nueva identidad), desde la soledad urbana y la angustia por la sobrevivencia, muestran la capacidad de los sectores populares para superar la dependencia del estado y del sistema de partidos. Los encuentros insisten en la necesidad de "organizarse en una red lo más horizontal posible, abierta, sin dirigentes esquematizados o encerrados

en una especie de burbuja, gente en contacto con gente" (Contreras, 2004).

Con la llegada al gobierno del Frente Amplio en marzo de 2005 y la puesta en marcha de política sociales focalizadas para atender la pobreza, muchas huertas se disolvieron. Pero aún existe una Mesa de Agricultores Urbanos que reúne a un colectivo importante de "huerteros". Y surgen nuevos grupos que ensayan otras formas de producción. Más allá del declive puntual de esta experiencia, muestra que incluso en una ciudad "moderna" e "integrada" como Montevideo es posible producir de forma autónoma y establecer redes de vida paralelas a las del mercado.

Finalmente, las periferias de las ciudades argentinas han sido escenario del nacimiento de uno de los más formidables y multifacéticos movimientos sociales. La última crisis social y financiera que precipitó la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001, hizo visibles gran cantidad de iniciativas de base de todo tipo, de modo muy particular aquellas que nacieron para la sobrevivencia y se fueron convirtiendo en alternativas al modo de dominación. Unas 200 fábricas recuperadas por sus trabajadores y puestas a producir bajo nuevos criterios, cientos de emprendimientos socio-productivos de asambleas barriales y de grupos de desocupados (piqueteros) son una de las manifestaciones de la capacidad de hacer de esta sociedad en movimiento.

Cada uno de los sectores mencionados han desarrollado formas propias de acción. Las fábricas recuperadas muestran que para producir no hacen falta patrones ni capataces, ya que los obreros fueron capaces de poner en marcha las fábricas y modificaron la organización del trabajo sin especialistas sino en base a sus propios saberes. En unos cuantos casos las fábricas han tejido sólidas relaciones con la comunidad y el barrio en que están insertas, y han podido establecer relaciones con otras fábricas y con organizaciones sociales y culturales. En varias fábricas se abrieron talleres culturales, radios comunitarias y espacios de debates e intercambios, y a veces consiguieron formar redes de distribución al margen del mercado.

Los piqueteros, pese al reflujo y desorganización de una parte considerable del movimiento, han sido capaces de importantes realizaciones. Muchos grupos de las más diversas orientaciones han construido puestos de salud, comedores populares y para niños en sus barrios abandonados por el estado. Muchas huertas comunitarias y panaderías construidas por piqueteros alimentan las ollas de esos colectivos y los grupos más autónomos han creado además talleres de carpintería, herrería y espacios de formación en base a la educación popular.

Las asambleas barriales se convirtieron en centros culturales y sociales donde realizan una gran variedad de actividades, incluyendo producción de alimentos envasados, artículos de limpieza y reparación de computadoras, entre otras. Talleres literarios, proyecciones de cine, debates culturales o políticos, son parte de las actividades que se

encuentran a lo largo y ancho de una gran ciudad como Buenos Aires. Muchas asambleas y grupos piqueteros participan en ferias donde llevan sus productos o lo hacen a través de redes de distribución. Los tres actores señalados están tomando en sus manos la producción y re-producción de sus vidas.

La ofensiva del movimiento popular entre 1997 y 2002 no sólo permitió crear miles de espacios de producción; en torno a ellos, se va generando una "nueva economía" o, mejor, relaciones sociales no capitalistas entre productores y consumidores. Des esa manera, muchos emprendimientos productivos de los movimientos sociales argentinos ponen en cuestión la relación trabajo-capital. Al hacerlo, al ir más allá de esa relación, ponen en cuestión también las categorías acuñadas por la economía política, que nació y se desarrolló como forma de teorización de la relación trabajo-capital. En muchos de estos emprendimientos el trabajo alienado o enajenado no es ya la forma dominante, y en algunos otros la producción de mercancías para el mercado, la producción de valor de cambio, está subordinada a la producción de valor de uso. Digamos que en algunos emprendimientos el trabajo útil o concreto es la forma dominante del trabajo colectivo. Esto supone, por un lado, que en esos espacios el trabajo se desaliena de diversas formas: ya sea por la rotación en cada tarea o porque quienes producen dominan el conjunto del proceso de trabajo. De modo que la división del trabajo es superada a través de la rotación, o de la apropiación consciente de todo el proceso por el colectivo. En este caso podríamos hablar de "productores libres" más que de trabajadores apéndices de las máquinas, alienados en el proceso de producción de mercancías que no controlan.

Por otro lado, en ocasiones se llega a producir por fuera del mercado, y por lo tanto se producen no-mercancías, aunque este segundo proceso presenta muchas más dificultades para poder sostenerse en el tiempo. ¿Qué dificultades y constricciones enfrentan? ¿Cómo hacer sostenibles estos procesos que parten de la autonomía pero deben también ir más allá?

Quisiera ingresar en este debate a partir de una experiencia que sucede en Buenos Aires, aunque existen muchas otras. Una de ellas está en el barrio de Barracas, donde un colectivo de jóvenes viene produciendo su vida desde hace unos tres años aunque trabajan juntos desde hace casi una década. Se trata de un grupo de jóvenes que formaron un grupo cultural a fines de la década de 1990 y luego, en medio de la gran agitación que siguió a las jornadas de diciembre de 2001, ocuparon el local de un banco del que luego fueron desalojados. Hoy tienen dos espacios ocupados ilegalmente: en uno funciona una editorial y cine para los niños y adultos del barrio, y en el otro una biblioteca popular con 200 socios, y una panadería en la que trabajan 12 personas (más o menos mitad varones y mitad mujeres).

La experiencia de la panadería es notable. Durante un par de años funcionaban en base a grupos de dos personas que elaboraban el pan y otros productos que cocinaban en un horno eléctrico y el mismo grupo salía a venderlo al barrio, teniendo con el tiempo una "clientela" fija en una escuela de bellas artes. En determinado momento decidieron pasar de lo que denominan como "gestión individual" a formar una cooperativa. Evaluaron que la gestión individual era "injusta" porque el grupo que trabajaba los lunes, por ejemplo, vendía mucho menos que el que lo hacía los viernes.

Ahora tienen básicamente dos "equipos": los que se dedican a la cocina y los que venden. El dinero lo reparten de forma igualitaria entre todos, y reciben algo así como el doble que lo percibirían en un plan social del gobierno. Aunque hay preferencias en cuanto al trabajo a realizar, también rotan. Una de las discusiones principales es ¿cómo evaluar las diferentes tareas? Me interesa destacar que los doce miembros del equipo (la mayoría no han tenido "empleos" formales) se conocen desde hace años, han luchado juntos y una parte viven en la misma vivienda ocupada. Pero, cómo evaluar el tiempo de cocina y el tiempo de venta. ¿Cuál es la equivalencia? La respuesta es que no hay equivalencia, porque no hay trabajo abstracto y, como veremos, porque tampoco existe la categoría de mercancía. Veamos algunos debates que suscita este tipo de experiencias.

Aunque venden lo que fabrican, *no producen mercancías*. De hecho no salen a vender al "mercado", ya que han consolidado una red de compradores fijos (el 80% de los que les compran son siempre los mismos). Con ellos han establecido relaciones de confianza, al punto que el centro de estudios donde "venden" se está implicando en la defensa del espacio ocupado y empiezan a participar en algunas actividades sociales que realizan con el barrio. Eso nos da una segunda pista: la "dualidad" de la mercancía, portadora de valor de uso y valor de cambio, ha sido -o mejor, está siendo- deconstruida a favor del valor de uso, o sea de *productos que son no-mercancías*. No puede, en rigor, hablarse de trabajo abstracto sino de trabajo útil o concreto. Por eso no puede haber equivalente entre el trabajo de cocinar y el de vender, porque no existe un trabajo igual, abstracto, mensurable por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Por más que haya dinero como forma de intercambio, esto no me parece determinante.

Véase que tampoco hay una jerarquía entre producción y circulación, entre trabajo productivo e improductivo. En este punto, la venta tiene incluso algunas ventajas sobre la producción. Ella es la que permite tejer relaciones sociales con el barrio que son, en los hechos, las que aseguran la sobrevivencia del emprendimiento. Me interesa destacar que en estos emprendimientos la economía política no funciona, y que es necesario inventar algo nuevo, teorizar a partir de relaciones sociales concretas entre personas.

Ahora bien, ¿cómo le llamamos a este trabajo no alienado, que produce no-mercancías y en el que resulta tan "productiva" la producción como la comercialización? De paso, ¿qué es producir? En este caso, es producir relaciones sociales no-capitalistas, o sea no-capitalismo. A mi modo de ver, esta experiencia muy concreta, muy pequeña, muy micro si se quiere, no es nada excepcional en Buenos Aires y en otras ciudades del continente.

La apropiación de los medios de producción y la desalienación del proceso de producción son dos pasos que han sido dado por unas cuantas fábricas recuperadas y por muchos emprendimientos productivos (más lo primero que lo segundo). Son pasos muy valiosos por cierto, pero son aún insuficientes. Representan avances dentro de los muros de las fábricas y los talleres, pasos necesarios e imprescindibles. El siguiente paso es producir no-mercancías como hacen los jóvenes de la panadería de Barracas. Con ello entramos en el terreno del intercambio.

Marx señala que "los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores"; "es sólo en su intercambio donde los productos del trabajo adquieren una objetividad de valor, socialmente uniforme, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa" (Marx, 1975: 89). En suma, los productores se relacionan entre sí en el mercado, pero no directamente sino como propietarios y vendedores de mercancías, se enfrentan a través de cosas.

Por este motivo traje la cuestión de la panadería social de Barracas, pero con escasa diferencias podríamos hablar de los comedores populares de Lima o de multitud de iniciativas productivas populares a lo ancho y largo del continente. Allí no hay producción para un mercado, o bien no es a través del mercado como se relacionan los productores y compradores. Sin embargo, esto no fue siempre así, y conseguir deconstruir los productos -de mercancías a no-mercancías- fue un largo proceso de más de tres años. En un principio, los productos de la panadería eran llevados al mercado "a ver qué pasaba". Algunos se vendían y otros no. La relación con los compradores era una relación mediada por el precio del pan (si era más barato y de mejor calidad, lo vendían más fácilmente). Los compradores no eran siempre los mismos sino los que aparecían en el momento y tenían la posibilidad de comprar. En suma, era una relación típica de mercado, impersonal, fortuita. Con el tiempo, productores-vendedores y compradores se fueron conociendo y fueron estableciendo relaciones de confianza. O sea, la relación entre cosas (pan y compradores con dinero) fue pasando a ser relación entre personas, o sea relaciones sociales no mediatizadas por cosas. Ahora conocen a los que compran, y de hecho producen las cosas que ellos necesitan o desean.

Muchos compradores han establecido relaciones direc-

tas con la panadería, incluso visitan el centro social donde funciona. Ya no son vendedores de panes y compradores sino Pedro y Juana que venden, Eloísa y Felipe que compran. De esa manera descifran el "jeroglífico social" que para Marx es "todo producto del trabajo" (Marx, 1975: 91). Descifrar ese jeroglífico a través de la práctica social supone que algo esencial del capitalismo ha dejado de funcionar. El tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción del pan ha dejado de ser la llave maestra, y el precio al que lo venden no está ajustado a aquel, sencillamente porque no existe una "medida" semejante, o ha dejado de funcionar como tal. "En las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los mismos se impone de modo irresistible como *ley natural* reguladora" (Marx, 1975: 92). Las relaciones de intercambio han dejado de ser fortuitas y fluctuantes porque el mercado ya no es impersonal, como todo mercado capitalista; y el tiempo socialmente necesario varía y depende de quienes estén haciendo el trabajo, si son más varones o más chicas, si están muy cansados por otras tareas o si se les da por jugar mientras trabajan o escuchar música o discutir. Y muchas veces les da por hacer pan para regalar, porque así funcionan. Vendedores y compradores no se relacionan en tanto "poseedores de mercancías" sino desde otro lugar, en el que la solidaridad entre náufragos juega un papel primordial.

Lo anterior no se deriva mecánicamente de la propiedad del medio de producción ni siquiera de la desalienación del proceso de trabajo, sino de algo mucho más profundo: no tienen vocación de acumulación, no se sienten poseedores de mercancías. La función social está por encima de la posesión de una mercancía; y la función social es la que les permite producir valores de uso concretos que los van a consumir personas concretas.

Quisiera recordar que Marx en *El Capital*, cuando abordó estos temas áridos puso como ejemplo el del más célebre náufrago de la literatura, el *Robinson* de Daniel Defoe. En la isla solitaria, Robinson hace cosas, digamos trabaja para sobrevivir, pero por su condición de náufrago solitario "las cosas que configuran su riqueza, creada por él, son sencillas y transparentes", de modo que no hay el menor fetichismo en su vida. Marx pensaba que en una asociación de hombre libres, de productores libres, "todas las determinaciones del trabajo de Robinson se reiteran aquí, sólo que de manera social, en vez de individual" (Marx, 1975: 94-96).

Quienes llevan adelante estos emprendimientos en los cuales se establecen relaciones no-capitalistas para producir no-mercancías, son náufragos de este sistema que los margina. Diría más: sólo los náufragos, aquellos que tienen una débil relación con el capital, y por lo tanto con el trabajo abstracto, pueden emprender tareas de este tipo. Pero a diferencia de Robinson, nuestros compañeros de las iniciativas populares no son víctimas pasivas de un naufragio sino

que lo provocaron, lo vienen provocando por lo menos desde los años 60, desde que luchas como el Cordobazo (1969) pusieron en cuestión el trabajo alienado, a través del sabotaje, la resistencia sorda y subterránea, y en ocasiones la revuelta abierta y luminosa. Podemos decir, sin exagerar mucho, que fue la generación de los 60-70 la que empezó a hundir el barco de la relación capital-trabajo; y que sus hijos, los náufragos de hoy, son los que están empezando a construir un mundo nuevo, en base a relaciones no-capitalistas, sobre los restos del naufragio.

A lo largo de este breve recorrido por algunas de las más notables experiencias de los movimientos urbanos, en lo que hemos denominado la segunda etapa que nace con las protestas nacionales chilenas bajo Pinochet, aparecen cinco características que quisiera sintetizar:

- Los actores no son ya migrantes del campo sino personas que nacieron en la ciudad y que tienen una larga experiencia de vida urbana. Los barrios construidos en la primera etapa ya son insuficientes para albergarlos y tienden a ocupar nuevos espacios, aunque cada vez es más evidente que quedan muy pocos terrenos "libres".

- Los barrios-islas tienden a convertirse en archipiélagos o grandes manchas urbanas (como los conos de Lima). En todo caso, se trata de territorios consolidados donde el estado tiene grandes dificultades para ingresar y debe hacerlo de la mano de sus aparatos represivos, como sucede en Santiago o en Rio de Janeiro, ya que las posibilidades de control han mermado por la autoafirmación de los sectores populares.

- La tendencia a la producción y reproducción de sus vidas *por* y *entre* los sectores populares, crece y se convierte en la forma de relación dominante en esos territorios. Aunque las relaciones no capitalistas aún no son hegemónicas, van abriéndose paso lentamente, con avances y retrocesos. El control territorial facilita la creación y el mantenimiento de esas relaciones, y la desconexión de los ciclos del capital hace necesario que los sectores populares las profundicen para poder sobrevivir.

- Desde 1989 vivimos un período de *ofensiva* de los sectores populares urbanos, que adquiere las más diversas formas. Las insurrecciones urbanas son la forma más visible de esa ofensiva, que pasa también por una sorda y subterránea sociabilidad que está empezando a cubrir todas las áreas, desde la salud y la educación hasta la producción material. El fenómeno del narcotráfico, que se expandió en los territorios de la pobreza urbana en este período, debe verse inserto en esta tendencia de largo plazo de contraofensiva popular.

- Estamos ante *dos mundos*. Incluso el estado bolivariano está forzado a negociar de igual a igual con los sectores

populares urbanos. Ellos son los que pueden dar o no estabilidad a los procesos en curso. Se ha hecho indispensable contar con ellos para garantizar la continuidad del modelo de acumulación que día a día es presionado ("modulado y controlado" como señala Quijano) por los de abajo agrupados en las periferias urbanas. Este mundo otro no puede ser representado en el mundo formal, no sólo es diferente sino también externo al mundo estatal-capitalista.

● Uno de los debates que atraviesan y dividen al mundo popular es *qué relaciones mantener con el estado* (gobierno, municipios) y con el sistema de partidos. En este punto existen dos posiciones. Quienes sostienen que debe mantenerse algún tipo de relación porque hay que aprovechar todos los espacios para fortalecer el proyecto y el mundo de los de abajo, y quienes se inclinan por trabajar de forma autónoma sin ninguna relación con el estado, los de arriba, el capital.

Muchos colectivos se han dividido a raíz de estas posiciones en pugna. Una diferencia importante respecto al primer período, es que este debate no es patrimonio exclusivo de dirigentes o de intelectuales externos a los movimientos sino que involucra a muchos activistas. Y que no es un debate de carácter ideológico sino que las posiciones en juego, las más de las veces, se relacionan con la experiencia de las organizaciones y movimientos. Creo que participar en instancias estatales debilita a los movimientos, desvía fuerzas de la tarea principal que es fortalecer lo "nuestro". En ese sentido comparto las posiciones zapatistas. Pero existen muchos movimientos combativos, consecuentes y que luchan por un verdadero cambio social, que mantienen relaciones con el estado y aún así siguen siendo autónomos. Es el caso del MST de Brasil. Estas diferencias en el seno de los movimientos no se resolverán en el corto plazo y habrá que ver la mejor forma de procesarlas con el menor daño posible para las organizaciones del abajo.

5. ¿Qué poderes en las periferias?

Me gustaría comprender los movimientos urbanos populares desde una perspectiva de larga duración y desde una mirada que pueda captar los procesos subterráneos o invisibles. O sea, ser capaces de reconstruir el recorrido de los sectores populares en los últimos 50-100 años, y poder hacerlo de modo de rastrear cuál es su "proyecto histórico". Los cortes temporales son decisivos porque son los que permiten develar la agenda que subyace *debajo* y *detrás* de las acciones visibles, de las grandes luchas y las masivas movilizaciones, y permiten encadenar varios ciclos de lucha que, en apariencia, no tendrían ninguna relación. Comparar la situación de los sectores populares urbanos en 1900, o en 1950, con la de 2000, es lo que nos puede permitir deducir

el camino que están transitando. Cambios lentos exigen ser comprendidos en tiempos largos.

Los dominados no actúan de modo simétrico a los dominadores, y por eso no formulan racionalmente un proyecto para luego intentar hacerlo realidad. Como los pobladores chilenos a la hora de construir su campamento -no dibujan planos sino que al habitar generan el espacio habitado-, los sectores populares de nuestro continente van creando su proyecto histórico a medida que lo van recorriendo-viviendo. No hay un plan previo y quien no comprenda esto no puede comprender mucho de la realidad de nuestros pueblos. Quiero proponer entonces, no a modo de teorización acabada sino apenas como propuesta para el debate, un conjunto de conclusiones del recorrido que hice en este ensayo.

1) Un siglo atrás las ciudades eran el espacio de las clases dominantes y de los sectores medios con los que mantenían una relación, armoniosa o no. Hoy esos sectores han sido desplazados o están cercados por los sectores populares. Dicho de otro modo, los de abajo están cercando los espacios físicos y simbólicos donde las clases dominantes habían establecido su poder. La pobreza es una cuestión de poder. Desde este punto de vista, los pobres de nuestro continente se afincaron en las ciudades, sin perder sus vínculos con las zonas rurales, y están en mejores condiciones para arrinconar a las clases dominantes. Estas han debido emigrar hacia otros espacios, atrincherarse en ellos porque -literalmente- temen a los pobres. Están rodeadas.

Mi hipótesis es que en el último medio siglo las periferias urbanas de las grandes ciudades han ido formando un mundo propio, transitando un largo camino: de la apropiación de la tierra y el espacio a la creación de territorios; de la creación de nuevas subjetividades a la constitución de sujetos políticos nuevos y diferentes respecto a la vieja clase obrera industrial sindicalizada; de la desocupación a la creación de nuevos oficios para dar paso a economías contestatarias. Este largo proceso no ha sido, a mi modo de ver, reflexionado en toda su complejidad y aún no hemos descubierto todas sus potencialidades.

2) El telón de fondo de este proceso de los sectores populares, es la expansión de una lógica familiar-comunitaria centrada en el papel de la mujer-madre en torno a la que se modela un mundo de relaciones otras: afectivas, de cuidados mutuos, de contención, inclusivas. Estas formas de vivir y de hacer, han salido de los ámbitos "privados" en los que se habían refugiado para sobrevivir y, de la mano de la crisis sistémica que se ha hecho evidente luego de la revolución mundial de 1968, se vienen expandiendo hacia los espacios públicos y colectivos.

La expansión de la mujer-madre es evidente en todos los movimientos sociales actuales. En algunos, el 70% de sus miembros son mujeres que van con sus hijos, como

sucede entre los grupos piqueteros en Argentina. Esto tiene consecuencias que van mucho más allá de lo cuantitativo. Con ellas, irrumpe otra racionalidad, otra cultura, una epistemе relacional, como señala Alejandro Moreno (Moreno, 2006). Esto se vincula con otra idea de movimiento, pero también de vida. Es esta una cosmovisión en la que las relaciones (y no las cosas) juegan un papel central, que incluye otra forma de conocer, de vivir, de sentir. La fuerza motriz principal de este mundo otro nace de los afectos: el amor, la amistad, la fraternidad. Sobre esa base se viene creando un sistema de relaciones económicas paralelo y externo a la economía capitalista de mercado.

3) En los espacios y tiempos de esta sociedad diferente vive un mundo otro: femenino, de valores de uso, comunitario, autocentrado, espontáneo en el sentido profundo del término, o sea natural y autodirigido. Este mundo está siendo capaz de producir y re-producir la vida de las personas que participan en él mientras se autoproduce circularmente (por autopoiesis) y no tiene fines externos. No nace ni crece por oposición al mundo estatal-masculino, de valores de cambio, polarizador, asentado en instituciones (partidos, asociaciones) que se regulan según relaciones binarias mando-obediencia, causa-efecto (planificación). Nace y crece por sus propias dinámicas internas, pero si no consigue sobrevivir, expandirse y desplazar al mundo estatal-masculino, la sobrevivencia de la humanidad estará en peligro.

Por femenino y masculino o patriarcal, entiendo dos modos opuestos y complementarios, dos cosmovisiones o civilizaciones si se prefiere. Con el advenimiento del capitalismo, una cultura patriarcal, logocéntrica, newtoniana-cartesiana se convirtió en hegemónica, asentada entre otros en el principio del tercero excluido, una racionalidad de exclusión que supone una violencia inaudita contra las personas y la vida. Es esta una cultura de muerte, colonial, depredadora, donde el sujeto somete al objeto. Entre los pueblos indios de América, entre los pueblos de Oriente y entre los sectores populares existe otra cosmovisión que podemos llamar femenina o matrística: holista, relacional, asentada en la complementariedad de los opuestos y en la reciprocidad (Medina, 2006). Creo que esta es la cultura de vida, emancipatoria, donde no hay relación sujeto-objeto sino pluralidad de sujetos. No es simplemente una cuestión de géneros. Como imagen, tal vez la más adecuada sea el *yin* y el *yang* del taoismo o *chacha* y *warmi* de los aymaras. En esta cosmovisión, el cambio no consiste en la aniquilación de un enemigo (revolución y dictadura del proletariado) sino en el *pachakutik*, el vuelco cósmico, el mundo puesto al revés.

4) ¿Poder popular? ¿Contrapoderes de abajo? Es un tema abierto. La cuestión del poder está en el centro de muchos debates actuales entre movimientos sociales y políticos, desde la irrupción del zapatismo. En este punto, considero

que el mismo concepto de poder debe ser revisado. Suelo hablar de "poderes no estatales", pero aún así me parece insuficiente. Las Juntas de Buen Gobierno en los municipios autónomos zapatistas, ejercen el poder de forma rotatoria de modo que en un tiempo todos los habitantes de una zona han aprendido a gobernar. Pero, ¿puede hablarse de poder cuando lo ejerce la comunidad?

Lo cierto es que entre nosotros viven dos mundos. Uno de ellos está hoy fuera de control, ya que ha hecho de la dominación y la destrucción su alimento principal. El otro mundo es la única chance que tenemos de seguir siendo seres humanos y de conservar la naturaleza y los bienes comunes para beneficio de todos y todas. Pero la lógica de vida de este mundo otro no es simétrica a la del mundo hegemónico. De modo que no puede crecer destruyendo y aniquilando al mundo de la opresión, sino a su modo: por expansión, dilatación, difusión, contagio, disipación, irradiación, resonancia. O sea, de modo natural. Este es el modo en que viene creciendo el no-capitalismo en las periferias urbanas desde hace por lo menos medio siglo.

Quiero decir que el triunfo de este mundo otro no es posible imponerlo, como ha hecho el capital. Podemos, sí, insuflarle vida, contribuir a expandirlo, ayudarlo a vivir y a elevarse. El movimiento existe, no podemos inventarlo ni dirigirlo A lo sumo, podemos formar parte de él, moviéndonos también, mejorando el arte de mover-nos. No es poco, sobre todo porque esa capacidad de mover-nos es la única que puede salvar-nos.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio 2003 *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.
1998 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia.
Antillano, Andrés 2006 entrevista, agosto de en www.espacioalternativo.org.
2005 "La lucha por el reconocimiento y la inclusión en los barrios populares: la experiencia de los comités de tierras urbanas", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, Vol. 11 No. 3.
ASICA-SUR 2003, *Yaku al Sur*, boletín, agosto, No. 2.
Blondet, Cecilia y Carmen Trivelli 2004 *Cucharas en alto*, IEP, Lima.
Bourdieu, Pierre 1999 *La miseria del mundo*, FCE, Buenos Aires.
Castells, Manuel 1986 *La ciudad y las masas*, Alianza, Madrid.
Contreras, Mariana 2003 "De sembrar y cosechar", Montevideo, *Brecha*, 7 de noviembre.
Davis, Mike 2007 "Los suburbios de las ciudades del tercer mundo son el nuevo escenario geopolítico decisivo", entrevista, 8 de enero, en www.rebelion.org
2006a "De la ciudad de Blade Runner a la de Black Hawk", entrevista, 30 de julio, en www.sinpermiso.info
2006b "La pobreza urbana y la lucha contra el capitalismo", entrevista, 25 de julio, en www.sinpermiso.info
2006c "La ciudad imperial y la ciudad miserable", entrevista, 21 de mayo, en www.sinpermiso.info
2001 *Control urbano: la ecología del miedo*, Virus, Barcelona, 2001.
de Lomnitz, Larissa A. 1975 *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México.
"Declaración de Quito" 1990 en *El levantamiento indígena y la cuestión nacional*, Comisión por la Defensa de los Derechos Humanos, Quito, Abya Yala.
Degregori, Carlos Iván y Romeo Grompone 1991 *Demonios y redentores en el nuevo Perú*, IEP, Lima.
Díaz Polanco, Héctor 1997 *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México.
ECO-Educación y Comunicaciones 2001 "Democracia y poder local", Santiago, mayo.
Engels, Federico 1976 *El problema de la vivienda*, Akal, Madrid.
Espinosa, Yuderkys 1999 "¿Hasta donde nos sirven las identidades?", junio, en www.creatividadfeminista.org
Fernández Durán, Ramón 1996 *La explosión del desorden*, Fundamentos, Madrid,.
Garcés, Mario 2002a *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago*, 1957-1970, LOM, Santiago.
Garcés, Mario et al 2002b *El mundo de las poblaciones*, LOM, Santiago.
García Linera, Alvaro 2004 *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonía/Oxfam, La Paz.
Gilbert, Alan 1997 *La ciudad latinoamericana*, Siglo XXI, México.
Gómez, Luis A. 2004 *El Alto de pie, Una insurrección aymara en Bolivia*, Comuna-Indymedia, La Paz.
Grupo Identidad de Memoria Popular 2007 *Memorias de la Victoria*, Quimantú, Santiago.
Harvey, David 2003 *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid.
Lefebvre, Henri 1976 *Espacio y política*, Península, Barcelona.
1972 *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza, Madrid.
Lind, William S. 2005 "Comprendiendo la guerra de cuarta generación*", Military Review*, enero-febrero.
Mamani Ramírez, Pablo 2005 *Microgobiernos barriales*, Cades, El Alto.
Marx, Karl 1975 *El Capital*, Libro Primero, Vol. 1, Siglo XXI, Buenos Aires.
Mate, Reyes 2006 *Medianoche en la historia. Comentarios a las Tesis de Walter Benjamin 'Sobre el concepto de historia'*, Trotta, Madrid.
Matos Mar José 2004 *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
1989 "¿Informales o contestatarios?", en Carlos Arroyo, *Encuentros, Historia y movimientos sociales en Perú*, Memoriangosta, Lima.
Medina, Javier 2006 *Suma Qamaña*, Garza Azul, La Paz.
Military Review 2005 noviembre-diciembre en www.military.com
Moreno, Alejandro 2006 *El aro y la trama. Episteme, modernidad y pueblo*, Ediciones USCH, Santiago.
Negri, Antonio y Giuseppe Cocco 2006 "La insurrección de las periferias", abril, en www.universidadnomade.net
Oholeguy, Cristina 2004 "El arte de sembrar", en *Alternativas desde la diversidad. Saberes y prácticas de educación popular*, Montevideo, revista Multiversidad No. 13.
Páez, Pablo 2004 "'Ferias libes: espacios residuales de soberanía popular' de Gabriel Salazar", en www.bifurcaciones.cl
Perro Muerto 2006 "La ciudadanía sin ciudadanos", revista, Santiago.
Portes, Alejandro et al (eds.) 2005 *Ciudades latinoamericanas*, Prometeo, Buenos Aires.
Porto Gonçalves, Carlos Walter 2006 "A reinvençao dos territorios: a experiencia latino-americana e caribenha", en Ana Esther Ceceña, *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Clacso, Buenos Aires.
2001 *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI, México.

Portocarrero, Gonzalo e Isidro Soraya 1991 *Sacaojos. Crisis social y fantasmas coloniales*, Tarea, Lima.
Quijano, Aníbal 1988 *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*, Sociedad y Política, Lima.
1977 *Imperialismo y "marginalidad" en América Latina*, Mosca Azul, Lima.
Revilla Marisa 1991 "Chile: actores populares en la protesta nacional 1983-1984", en *América Latina Hoy*, Salamanca, julio, vol. 1.
Rodríguez, Alfredo y Ana Sugranyes 2005 *Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social*, Ediciones SUR, Santiago.
Romero, José Luis 1976 *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires.
Salazar, Gabriel y Julio Pinto 2002a *Historia contemporánea de Chile IV. Hombría y feminidad*, LOM, Santiago.
2002b *Historia contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*, LOM, Santiago.
1999 *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*, LOM, Santiago.
Scott, James 2000 *Los condenados y el arte de la resistencia*, ERA, México.
Skewes, Juan Carlos 2005 "De invasor a deudor: el éxodo desde los campamentos a las viviendas sociales en Chile" en Rodríguez y Sugranyes, *Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social*, Ediciones SUR, Santiago.
Svampa, Maristella 2004 "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", en *Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, No, 15, primavera, en
http://lavboratorio.fsoc.uba.ar/textos/15_6.htm
Tapia, Luis 2002 "Movimientos sociales, movimiento societal y los no lugares de la política", en *Democratizaciones plebeyas*, Muela del Diablo, La Paz.
Thompson, E. P.1989 *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, tomo 1, Crítica, Barcelona.
Tokeshi, Juan 2006 "Cambios socio-culturales, vivienda y urbanización en Lima", abril, en www.interculturalidad.org
Wacquant, Loïc 2007a *Parias urbanos*, Manantial, Buenos Aires.
2007b *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI, Buenos Aires.
Wallerstein, Immanuel 2004 "Paz, estabilidad y legitimación: 1990-2025/2050", en *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.
Weber, Max 2002 *Economía y sociedad*, FCE, Madrid.
Zibechi, Raúl 2006a *El arte de gobernar los movimientos*, inédito.
2006b *Dispersar el poder*, Tinta Limón, Buenos Aires.
2006c *De multitud a clase. Formación y crisis de una comunidad obrera, Juan Lacaze (1905-2005)*, Multiversidad Franciscana, Montevideo.
2003a *Genealogía de la revuelta, Argentina: una sociedad en movimiento*, Letra Libre, Buenos Aires.
2003b "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", en *OSAL* No. 9, Clacso, Buenos Aires, enero.

CAPÍTULO 3

Territorios de la dominación y de las resistencias

SANTIAGO DE CHILE, CHILE

Las grandes transformaciones no empiezan arriba ni con hechos monumentales y épicos, sino con movimientos pequeños en su forma y que aparecen como irrelevantes para el político y el analista de arriba.
Subcomandante Insurgente Marcos

En América Latina existen formas de vida heterogéneas, no asimilables a las hegemónicas, porque los pueblos de nuestro continente resistieron la dominación, potenciando sus diferentes formas vivir y, por tanto, de ser. A la inversa, la diferencia social y cultural ha permitido a los sectores populares e indígenas resistir cinco siglos de dominación. Para hacer viable la resistencia, han debido fortalecer y profundizar sus diferencias con la cultura y la sociedad hegemónicas.

En nuestro continente existen territorios heterogéneos, porque los pueblos de nuestro continente resistieron y resisten la dominación, sustentando y creando territorios donde pueden habitar los modos de vida no hegemónicos. Ni la diferencia sociocultural, ni los territorios que la hospedan, son datos de la realidad sino construcciones cotidianas. Lejos de ser esencias se trata de creaciones y re-creaciones permanentes.

Desde hace un tiempo sabemos que no es casualidad que los territorios donde se conserva la diversidad biológica sean, precisamente, los que están habitados por pueblos originarios y culturas diferentes. No es que todavía no haya llegado el desarrollo hasta esos espacios, sino que la resistencia política anclada en la diferencia sociocultural ha hecho posible que esa biodiversidad siga siendo. Es, sencillamente, una cuestión política, de poder. Como vienen señalando estudiosos de múltiples disciplinas, existe una estrecha relación entre la pérdida de la diversidad biológica y el deterioro de las lenguas y culturas del planeta, ya que tanto el ecocidio como etnocidio forman parte del mismo proceso caracterizado por el creciente dominio del capital sobre la vida (Boege, 2006:239).

En el pensamiento crítico y emancipatorio la cuestión del territorio es relativamente nueva, como señalan desde

diferentes perspectivas Héctor Díaz Polanco (1997), Carlos Walter Porto Gonçalves (2001) y Bernardo Mançano Fernandes (2000). En efecto, el concepto de territorio introduce, por un lado, una nueva forma de mirar el conflicto social ya que "los territorios no existen a no ser por las relaciones sociales y de poder que los conforman y, de ese modo, siempre afirman a los sujetos sociales que por medio de ellos se realizan" (Porto Gonçalves, 2006: 179). Véase, de paso, que esta concepción disuelve la relación sujeto-objeto entre el ser humano y la naturaleza que ha sido hegemónica en los últimos cinco siglos. Por otro lado, el concepto de territorio forma parte de una "revolución teórica y política" (Díaz-Polanco, 1997: 16) que nace en el seno de los movimientos indios pero que va siendo adoptada crecientemente por otros movimientos sociales rurales, y ahora también urbanos, entre los que habría que incluir categorías como autonomía, autogobierno y autodeterminación.

Por lo tanto, territorio y conflicto social no son dos cuestiones separadas. El conflicto social es un conflicto territorializado, encarnado en territorios. Podemos concebir, así, que "la crisis de la organización social en la que estamos inmersos es también la crisis de las territorialidades instituidas y de los sujetos instituyentes" (Porto, 22001: 47). A través de la continua desestructuración de territorios y de su permanente reconfiguración, podemos leer el conflicto en curso en todas sus dimensiones, local y global, pero también política y cultural. Tanto para el capital transnacional, aliado con los estados y las elites locales, como para los sector populares e indígenas, puede aplicarse el aserto de que los "nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades" (idem: 208). Que no son simétricas, porque, en esas diferencias, estriba en buena medida la capacidad emancipatoria que observamos en los nuevos movimientos territorializados.

La nueva oleada neoliberal: la mayor reconfiguración territorial en cinco siglos

En las profundas recomposiciones territoriales en marcha intervienen tres actores principales: estados e instituciones, empresas multinacionales y sectores de nuestros pueblos organizados en movimientos. Atravesamos una nueva fase del modelo neoliberal de la mano de la minería a cielo abierto, los monocultivos de soja y caña de azúcar, y el complejo forestación-celulosa. En suma, grandes multinacionales de la minería y del agronegocio están reconfigurando nuestros territorios rurales y también urbanos. En el campo, expulsando campesinos básicamente de dos formas, diferentes pero complementarias: la compra o arrendamiento masivo de tierras o la guerra de baja intensidad

contra el campesinado. Aunque los métodos son diferentes el resultado es similar: una acción vertical y autoritaria del capital para implantarse en áreas ocupadas por agricultores familiares.

Los estados suelen acompañar estos empeños del capital multinacional, limitándose en algunos casos a regular sus aspectos más depredadores. Como señala el canciller brasileño Celso Amorim, la política de su gobierno se inscribe en una antigua tradición nacional que supuso la unión entre la diplomacia y el agronegocio (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2006). Amorim destaca la activa participación de la cancillería en la promoción de las exportaciones del agronegocio en el cual, según sus palabras, "la diplomacia presidencial desempeña un papel de relieve".

En efecto, en pocos años Brasil ha registrado una poderosa expansión de las exportaciones de este sector, que está en la base de su lanzamiento como *global player* y como potencia regional de primer orden, en condiciones de desplazar incluso a los Estados Unidos del papel rector en el subcontinente. Los datos hablan por sí solos: el 75% de las exportaciones de origen agropecuario de Brasil se reducen a cuatro grupos (carnes y cueros, soja, madera, papel y celulosa, y azúcar y alcohol). En 2006/2007 la producción pecuaria ocupó 203 millones de hectáreas, la soja 20,6 millones, la caña de azúcar 6,9 millones y los cultivos forestales 3 millones. En los próximos años la expansión seguirá siendo vertiginosa: en 2017 la caña llegará a 28 millones de hectáreas, el eucalipto para leña, en 2010, ocupará 13,8 millones (5,3 en 2006), y la soja se crecerá en otras 20 millones de hectáreas (Martins, 2007: 23).

Esto quiere decir que sólo tres rubros ocuparán 50 millones de hectáreas más en muy pocos años (tres veces la superficie del Uruguay). En frente podemos colocar otra cifra: en casi 30 años el movimiento sin tierra consiguió recuperar del latifundio unas 25 millones de hectáreas, distribuidas en 5.000 asentamientos donde viven dos millones de campesinos, medio millón de familias. Quiere decir que apenas tres rubros del agronegocio van a engullir en sólo una década el doble de tierra, pero lo harán expulsando campesinos y degradando el medio ambiente. Mientras al MST la recuperación de esas tierras le costó 1.326 muertos y miles de detenidos y procesados (CPT, 2007), las multinacionales que están devorando esas enormes superficies lo hacen con apoyo estatal y especulando con dineros ahorrados por los jubilados del primer mundo.

Más aún: según el BID hay en curso una disputa mundial por 120 millones de hectáreas de tierras brasileñas susceptibles de ser incorporadas a la producción de materias primas para producir etanol, o para cultivos de bosques homogéneos para leña, madera, celulosa y papel (Martins, 2007: 24). Otros estudios aseguran que hasta 200 millones de hectáreas en el interior de Brasil están siendo convertidas en tierras cultivables (Brewster, 2005). ¡¡Dos veces la superficie de Colombia!! Si incluimos toda Sudamérica,

estas cifras habría que multiplicarlas por dos, aproximadamente. La devastación de la Amazonia, última "frontera" por conquistar para el agronegocio, sigue creciendo pese a los esfuerzos contrarios del gobierno Lula: entre 1970 y 2006 la agricultura en esa región creció de 617 mil hectáreas a 7,4 millones; la pecuaria de 4,4 millones de 32,6 millones; entre 1990 y 2004 el rebaño bovino amazónico creció 173%; un tercio de las exportaciones brasileñas de carne proceden ya de la Amazonia; finalmente, para 2004 el estado amazónico de Pará aumentó sus exportaciones en 7.800%, Rondonia en 1.350%, Mato Grosso en 360% y Tocantins en 150%[1]. Estos datos permiten visualizar la brutal reconfiguración territorial en curso, quizá la más importante desde la Conquista. Se trata, por eso mismo, de los estados donde mayor es la violencia rural, como fue develado a raíz del asesinato de Dorothy Stang en Pará, en 2005.

La contracara de este proceso es el incumplimiento de las metas de reforma agraria. En Brasil, como en todo el continente, está en marcha un cambio profundo de carácter estructural. Como señala un reciente documento del Movimiento Sin Tierra de Brasil, "entre 1930 y 1990 la agricultura brasileña fue dominada por los intereses de la industria, desarrollando un modelo agrícola que combinaba la coexistencia entre la gran propiedad exportadora y la agricultura familiar" (MST, 2007),. Las divisas que generaban las exportaciones de café, azúcar, cacao, carne y otros productos, eran usadas por la burguesía industrial para importar máquinas para sus fábricas y financiar su desarrollo. La agricultura familiar, en tanto, liberaba mano de obra para la industria y producía alimentos baratos para las ciudades. "Aún había un espacio para la reforma agraria que llamamos clásica, en la cual la industria podría absorber y convivir con la multiplicación del campesinado, que debía integrarse al mercado interno".

Con la implementación del modelo neoliberal, la alianza entre el capital financiero y las grandes empresas transnacionales comenzó a dominar la agricultura, con el apoyo de los estados nacionales, dando vida al agronegocio. La concentración y centralización de la tierra, el control de las cadenas productivas, del mercado interno y externo, de los precios y los insumos, provocó que cada cadena productiva quedara en manos de sólo tres o cuatro grandes empresas. En este modelo no hay espacio ni para la agricultura familiar, ni para un mercado interno, ni para la reforma agraria. El impasse que atraviesa la reforma agraria aún bajo el gobierno de Lula, se debe a esta opción por el agronegocio.

Millones de campesinos están siendo expulsados hacia las ciudades por las "leyes del mercado" o por la razón de las armas. Un millón y medio de campesinos desplazados a las ciudades en Paraguay o forzados a emigrar al exterior por los monocultivos de soja; 3.5 millones de desplazados a las ciudades en Colombia por la guerra, para beneficio de las multinacionales de la minería y el agronegocio. En 1989, cuando finalizó la dictadura de Stroessner, el 67% de la

población paraguaya vivía en el campo; hoy apenas supera el 40%, pero el Banco Mundial pretende que para 2015 la población rural se ubique en el entorno del 10-12% para liberar áreas que permitan ampliar los cultivos de soja y caña dulce como sustitutos del petróleo (Zibechi, 2006).

En el sur de Chile, entre 1975 y 1994 los cultivos forestales se incrementaron un 57%, pero las regiones donde se desarrolla ese lucrativo negocio se han convertido en las más pobres del país (OLCA, 1999). En 1960 cada familia mapuche tenía un promedio de 9,2 hectáreas aunque el Estado sostenía que necesitaban 50 hectáreas para vivir dignamente. Entre 1979 y 1986 a cada familia le correspondían 5,3 hectáreas, superficie que en la actualidad se reduce a sólo 3 hectáras de tierra por familia. Y así en todo el continente. Un Complejo de Violencia y Devastación, en palabras del MST, viene reproduciéndose de diversos modos desde hace 500 años..

De la mano de los monocultivos se establecen nuevas relaciones de poder. Donde había familias y poblados campesinos que adaptaban sus cultivos y modos de vida al medio, aparece un complejo militar-empresarial que, de modo vertical y autoritario, impone nuevas relaciones de poder que sustituyen la producción tradicional por organismos modificados en laboratorios.

Estamos asistiendo a un cambio del "locus" de poder, que pasa de los campos y los campesinos y de los más variados pueblos originarios para los grandes laboratorios del complejo técnico-científico-empresarial. Más que una revolución tecnológica estamos ante un cambio en las relaciones sociales y de poder por medio de la tecnología (Porto, 2007).

Ciertamente, parece poco importante que estos desplazamientos se produzcan por vías legales o ilegales, poniendo en juego los mecanismos del mercado o a través de la militarización de los territorios en disputa. En Brasil, los conflictos más intensos se desarrollan precisamente en las áreas donde se está expandiendo el agronegocio y la pecuaria. En Paraguay, el Estado procedió a la creación de grupos paramilitares "legales" para reprimir a los movimientos campesinos que buscan frenar la expansión de los monocultivos. En 1996, cuando arreciaban las ocupaciones campesinas, la Asociación Rural creó una organización paralela, la Comisión de Defensa de la Propiedad Privada, que en realidad encubría una organización paramilitar. Bajo la presidencia de Duarte Frutos se crean los Consejos de Seguridad Ciudadana bajo mando del Ministerio del Interior, que operan prioritariamente en las áreas rurales. En estos momentos, según afirman las organizaciones campesinas, los cuerpos paralelos de seguridad, verdaderos grupos paramilitares armados por el Estado y promovi-

1. Assesoria de Imprensa do MST, "Dados da agricultura e pecuária na Amazonia", 11 de febrero de 2007 en www.mst.org.br

dos por grandes hacendados y plantadores de soja, tendrían unos 22 mil integrantes. Las fuerzas de seguridad estatales cuentan con 9 mil miembros de la Policía y 13 mil de las fuerzas armadas. Según los datos recogidos por la Misión Internacional de la Campaña por la Desmilitarización de las Américas, unos y otros reciben entrenamiento de miembros del Comando Sur. "Los empresarios sojeros se valen de una empresa denominada Guardias Rurales S. A. para realizar las expulsiones y apoderarse de las tierras campesinas, a tal punto que se habla de 'zonas liberadas' donde las fuerzas del Estado no intervienen" (CADA, 2006).

En el fondo, se trata de una completa reconfiguración de las formas de dominación, estableciéndose un nuevo panóptico rural y urbano. En el campo, gigantescas áreas homogeneizadas vigiladas por guardias empresariales. En las ciudades, en cuyas periferias se hacinan los desplazados de esta guerra por los territorios, los estados atienden a los nuevos pobres -sin tierra, sin techo y sin derechos- mediante planes sociales focalizados diseñados por el Banco Mundial. A menudo, como sucede en el Cono Sur, estas medidas son implementadas por gobiernos que se reclaman progresistas y de izquierda.

En realidad, estos emprendimientos son mucho más de lo que aparentan. La soja, como señala Javiera Rulli, no es un cultivo sino "un sistema que condiciona cualquier política"; se trata de un modelo que implica "una guerra contra la población, el vaciamiento del campo, la eliminación de la memoria del pueblo para hacinarlo en las ciudades y convertirlo en fiel consumidor de lo que el mercado les depare" (Rulli, 2007:7).

Los tentáculos de la globalización

Existe otro corte posible para abarcar el conjunto de proyectos del arriba que afectan a nuestros territorios. Se trata de los emprendimientos que complementan la vasta reconfiguración territorial en curso, destinados a conectar los territorios del capital multinacional con los grandes mercados globales. A grandes rasgos, tenemos por un lado los proyectos de la superpotencia declinante para mantener y revitalizar su hegemonía utilizando el continente como plataforma, tanto respecto al comercio como a los recursos. El ALCA y los TLCs buscan recuperar la competitividad estadounidense siguiendo los pasos del TLCAN.

Son planes estratégicos de carácter económico, que tienen un segundo momento en las formas de control directo sobre las poblaciones y puntos geográficos determinantes. El principal proyecto de este tipo es el Plan Colombia que hoy abarca hasta el sur del Perú y toma como eje la región andina, allí donde el modelo de la minería a cielo abierto y el control de la biodiversidad pueden darle a la superpotencia un plus en su lucha por la hegemonía global. Este tipo

de control "sobre el terreno" implica diversas formas de despliegue militar y la construcción de bases, permanentes o no, que van formando collares o anillos en los que se entrelazan las fuerzas armadas con la presencia de empresas multinacionales.

Un cambio sustancial viene de la mano de los megaproyectos de infraestructura como la (Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA), iniciativa de la burguesía paulista que abarca todo el subcontinente y promueve una ambiciosa reorganización del espacio y el territorio sudamericanos. Se trata de "las nuevas venas abiertas" de nuestro continente que "responden a nuevas necesidades y a una diferente selección de las materias primas y los llamados recursos estratégicos" (Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2007: 10). El territorio se pone al servicio de la construcción de una serie de corredores destinados a promover y controlar los flujos de mercancías, de producción en movimiento (barcos-fábrica), e información.

Hacer fluir el corazón de las selvas o las profundidades de las minas hacia los centros industriales y, a la inversa, llevar el espíritu industrial y competitivo hasta el centro de las selvas y minas. Agilizar los desplazamientos diversificando sus medios: ferrocarriles, autopistas, ríos, canales y cables de fibra óptica. Transformar el territorio. Adecuarlo a las nuevas mercancías, a las nuevas tecnologías y los nuevos negocios. Cuadricularlo, ordenarlo, hacerlo funcional y productivo (Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, 2007: 10-12)

Si se llevara a cabo completamente, conseguiría conectar las zonas donde se encuentran los recursos naturales (gas, agua, petróleo, biodiversidad) con las grandes ciudades y, a ambos, con los principales mercados del mundo. Se trata de reorganizar el espacio geográfico en base a oleoductos, gasoductos, hidrovías, puertos marítimos y fluviales, tendidos eléctricos y de fibra óptica, entre los más destacados. Esas obras se materializarán en doce ejes de "integración y desarrollo", corredores que concentrarán las inversiones para incrementar el comercio y crear cadenas productivas conectadas con los mercados mundiales.

Para poder llevar adelante este megaproyecto es necesario remover las "barreras" físicas, normativas y sociales, lo que supone realizar grandes obras, armonizar las legislaciones nacionales de los doce países implicados en la IIRSA y ocupar los espacios físicos claves que suelen tener baja densidad de población pero guardan las principales reservas de materias primas y biodiversidad.

La forma de ver el mundo que alienta estos proyectos consiste en considerar que el principal problema para posibilitar la integración física, y por Loa tanto para mejorar el flujo de mercaderías, son las "formidables barreras naturales tales como la Cordillera de los Andes, la selva Amazónica y la cuenca del Orinoco", como reza un documento del BID (Soldatelli, 2003). Esa lógica de la naturaleza como "barrera" o como "recurso", está presente en todos los aspectos del plan. Pueblos enteros entran la categoría de

obstáculos. Sólo el gasoducto Urucu-Porto Velho afectará a 13 pueblos indígenas y a cinco municipios donde el 90% de la población son indios.

Se considera al continente sudamericano como la suma de cinco "islas" que deben ser unidas: la plataforma del Caribe, la cornisa andina, la plataforma atlántica, el enclave amazónico central y el enclave amazónico sur. Los ejes de integración y desarrollo atraviesan esas "islas" y rompen su unidad, para corregir. Lo que el lenguaje tecnocrático denomina como "barreras" naturales.

Como señala Andrés Barreda, "de los 90 para acá, el tráfico portuario del Pacífico supera al del Atlántico; y en el año 2000, en Estados Unidos el tráfico portuario del Pacífico ya doblaba al del Atlántico. Por tanto, hay un problema en el momento en que la economía mundo se reinventa del Atlántico al Pacífico" (Barreda, 2005). Eso ha hecho que el canal de Panamá pierda su importancia y en su lugar aparecen estos corredores para conectar ambos océanos. En Sudamérica el "cuello estratégico", según Barreda, es Bolivia, por donde pasan cinco de los doce corredores.

Por otro lado, la región sudamericana es una de las pocas del planeta que combina los cuatro recursos naturales estratégicos: hidrocarburos, minerales, biodiversidad y agua. Se trata de una profunda modificación de la geografía, en la que el proyecto más ambicioso tal vez sea unir los ríos Orinoco, Amazonas y Paraná. Se trata de una integración "hacia afuera", exógena, en vez de propiciar una integración "hacia adentro".

Los tentáculos de la globalización terminarán de convertir la naturaleza y los pueblos del continente en meros objetos, recursos para la acumulación de capital. Esta profunda reconfiguración territorial, esta verdadera guerra contra las pueblos y la naturaleza, tiene un claro componente militar del que seguramente Colombia es una de las avanzadas.

Los desafíos de los movimientos: afianzar la autonomía

Ante este panorama, los sectores populares e indígenas vienen poniendo en marcha sus propios movimientos con un claro anclaje territorial. Esto es, en todo el continente los pueblos organizados en movimientos vienen creando sus propios territorios. Primero fueron territorios rurales; luego también urbanos. Ahora presenciamos territorios *rururbanos*, donde se registra una máxima intensidad de los flujos entre ciudad y campo. Incluso la propia configuración de la ciudad tiene una clara impronta rural. O, mejor dicho, la aclimatación de las lógicas rurales en la ciudad inventa formas de crear y distribuir los espacios, y modos de habitarlos, que rompen las tradiciones urbanas heredadas de la Colonia para abrirse a la experimentación de los sectores populares e indígenas. La ciudad de El Alto representa del

modo más cabal este conjunto de creaciones y construcciones que desestructuran las viejas dicotomías rural-urbano establecidas por las ciencias sociales.

Desde el punto cuantitativo, estamos ante la toma-ocupación-recuperación de millones de hectáreas por los habitantes del más abajo, de modo legal o ilegal, pero siempre a través de la acción directa colectiva-familiar-comunitaria. Tenemos así miles de "islas autogestionadas", asentamientos de campesinos sin tierra en Brasil, Paraguay y Bolivia; pequeños agricultores que resisten en sus territorios de agricultura familiar, creando federaciones y cooperativas para vender sus productos; miles de comunidades indias a todo lo largo y ancho del continente recuperan tierras y afirman su autonomía. En algunos casos, crean verdaderos territorios autónomos, explícitos o implícitos, bajo las más diversas formas.

En Chiapas, sobre la base de los municipios autónomos se van conformando "territorios rebeldes" que son verdaderas regiones autogobernadas por las Juntas de Buen Gobierno (Ornelas, 2004). En el altiplano boliviano funcionan autonomías de hecho, no declaradas, pero efectivas a la hora de imponer sus autoridades como lo revela el Manifiesto de Achacachi (2001), que define "una clara línea de emancipación indígena mediante la recuperación del poder y el territorio" (García Linera, 2004: 124-125). Ambos ejemplos, más allá de sus notorias diferencias, tienen en común la existencia de "poderes otros": las autonomías municipales, construidas desde las comunidades, como núcleo de las regiones autónomas en Chiapas; las autonomías comunitarias que en ocasiones se conforman como poderes territoriales, como fue el caso de los "cuarteles indígenas" en el altiplano de Bolivia.

La recuperación de la tierra, de su control o propiedad legal, es un paso ineludible para dar vida a lo nuevo. En Chiapas, la experiencia de más de dos décadas destaca la importancia de esa recuperación:

Los avances en gobierno, salud, educación, vivienda, alimentación, participación de las mujeres, comercialización, cultural, comunicación e información tiene como punto de arranque la recuperación de los medios de producción, en este caso, la tierra, los animales y las máquinas que estaban en mano de los grandes propietarios (Subcomandante Insurgente Marcos, 2007).

No es que los cambios consistan en la recuperación de los medios de producción, sino que esa recuperación abre la posibilidad de que los cambios se produzcan, en una relación de probabilidad no determinista. Esto es, precisamente, lo que vienen haciendo millones de pobres latinoamericanos desde hace algunas décadas, desde el sur del continente (mapuches, fábricas recuperadas como Zanón) hasta las comunidades indias mexicanas. Pero es también lo que viene sucediendo desde los años 50 en las periferias urbanas (Zibechi, 2007).

Las nuevas territorialidades urbanas tienen estrecha

relación con lo que sucede en las áreas rurales. Unas y otras son parte del mismo proceso, no sólo su contracara. Los campesinos e indígenas que van a vivir a las ciudades, que crean nuevos barrios y nuevas territorios, no sólo no rompen con sus territorios rurales sino que mantienen estrecha relación, material y simbólica, con ellos. El levantamiento de El Alto en setiembre y octubre de 2003, no hubiera podido mantenerse y triunfar sin el apoyo material de cientos de comunidades. Desde las áreas rurales llegaron a la ciudad aymara alimentos, jóvenes comuneros para participar en los combates, y desde las comunidades partieron grandes marchas para apoyar las barricadas urbanas. A la vez, El Alto permitió que la resistencia de las comunidades cobrara visibilidad, hasta convertirse en una avanzada comunera. Algo similar sucedió durante la comuna de Oaxaca en 2006.

No quiero dar a entender que la ciudad sea la vanguardia y la comunidad rural la retaguardia, o viceversa. De ningún modo. Se trata de una relación de complementariedad no jerárquica que tiende a disolver, a través de la acción colectiva, la dicotomía sociológica urbano-rural. Una vez más, la acción social *desordena* las categorías teóricas y nos fuerza a pensar de otro modo, huyendo quizá de simplificaciones para encontrar nuevas categorías. En los hechos, existen unos cuantos aspectos en común entre lo que sucede en los territorios rurales y los urbanos reconfigurados por los pueblos organizados en movimientos. Quisiera mencionar tres de ellos.

1) En una parte considerable de estos territorios, sobre todo en aquellos donde los movimientos trabajan más en profundidad, existen, en germen, sociedades otras: de valores de uso, comunitarias, autocentradas, femeninas en el sentido profundo del término, que están siendo capaces de producir y re-producir la vida de las personas que participan en ellos. Existe una débil desvinculación espacial y social entre la producción y el consumo. O sea, son territorios en los que no impera una lógica económica del desarrollo que, como ha señalado Porto Gonçalves, es siempre una lógica de guerra.

2) Se trata de territorios complejos donde hay espacios y tiempos para la diversidad, cuya urdimbre está formada por la expansión de una lógica familiar-comunitaria centrada en el papel de la mujer-madre en torno a la que se modela un mundo de relaciones otras: afectivas, de cuidados mutuos, de contención, inclusivas. Se trata de la irrupción de otra racionalidad, de otra cultura, de una episteme relacional como apunta Alejandro Moreno (2006).

3) En estos territorios pueden nacer, aunque esto no es ciertamente lo más común sino apenas una tendencia, poderes otros, no jerárquicos o, como he señalado en otros trabajos, "poderes no estatales". Esos poderes y esos territorios son espacios de paz y no de competencia, son potencialmente anticapitalistas, ya que como señalan los zapatistas hoy "no se puede entender ni explicar el sistema capitalista sin el

concepto de guerra. Su supervivencia y su crecimiento dependen primordialmente de la guerra". Por eso, aunque suene ingenuo, "la paz es anticapitalista" (Subcomadante Insurgente Marcos, 2007). .

A grandes rasgos vemos un panorama signado por una intensa disputa territorial: por un lado, aparecen territorios homogéneos, sedes de poderes verticales y autoritarios del gran capital, espacios de uniformización de la naturaleza y, por lo tanto, de su desaparición como tal naturaleza para ser sustituida por una suerte de distribución panóptica de plantas artificiales modificadas en laboratorios o de complejos de minería química. Por otro lado, están los territorios complejos y diversos de pueblos que sólo pueden existir conviviendo con el entorno, sede de relaciones sociales heterogéneas que, en ocasiones, se convierten en "territorialidades emancipatorias" (Porto Gonçalves, 205). Si los territorios del primero forma parte de un Complejo de Violencia y Devastación, los segundos se conjugan en plural y tienden a relacionarse entre sí de modo horizontal o, por lo menos, no jerárquico.

He comenzado diciendo que en América Latina existen formas de vida heterogéneas y que ellas se han mantenido y expandido gracias a la resistencia de los movimientos sociales o, si se me permite, de sociedades otras en movimiento. Hemos visto que esas formas de vida están siendo amenazadas por una reconfiguración masiva y a gran escala de los territorios rurales y de las relaciones de poder. Como sabemos, sin formas de vida heterogéneas el cambio social es mucho más difícil, si no imposible. Podemos asegurar, entonces, que la desaparición de las formas de vida heterogéneas por la reestructuración territorial en curso, amenaza la autonomía y la existencia misma de los movimientos sociales, o sea de los hacedores del cambio social.

BIBLIOGRAFÍA

Barreda, Andrés "Geopolítica, recursos estratégicos y multinacionales", 20 de diciembre de 2005, en www.alainet.org

Boege Schmidt, Eckart 2006 "Territorios y diversidad biológica", en Concheiro, Luciano y Lopéz Bárcenas, Francisco (coords.*) Biodiversidad y conocimiento tradicional en la sociedad rural*, Cedrssa, México.

Campaña por la Desmilitarización de las Américas (CADA) 2006 "Conclusiones generales de la Misión de Internacional de Observación", Asunción, 20 de julio.

Comisión Pastoral de la Tierra (CPT), Informes anuales "Conflictos no campo" de la Comisión Pastoral de la Tierra, 1985-2007.

Díaz-Polanco, Héctor 1997 *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México.

García Linera, Alvaro 2004 *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonía/Oxfam, La Paz.

Kneen, Brewster 2005 *Gigante invisible. Cargill y sus estrategias transnacionales*, GRAIN Y REDES-AT, Buenos Aires.

Mançano Fernandes, Bernardo 2000 *A formaçao do MST no Brasil*, Vozes, Petrópolis.

Martins de Carvalho, Horacio 2007 "La perversa ideología de la vocación agrícola de Brasil", *ALAI* No. 425-425, Quito, octubre.

Ministerio de Relaciones Exteriores 2006 *El negocio del agro en Brasil*, Brasilia.

Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), 2007 "Sobre a situaçao do campo brasileiro e os direitos humanos", *MST*, Brasilia, 3 de diciembre.

Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA) 1999 *Aproximación crítica al modelo forestal chileno*, Santiago.

Observatorio Latinoamericano de Geopolítica 2007 *Territorialidad de la dominación. La Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana* (IIRSA), Buenos Aires.

Ornelas, Raúl 2004 "La autonomía como eje de la resistencia zapatista", en *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, Ceceña, Ana Esther (Comp.), Clacso, Buenos Aires.

Palau, Tomás 2007 *Los refugiados del modelo agroexportador*, BASE-IS, Asunción.

Porto Gonçalves, Carlos Walter 2007 "Mudança de poder na agricultura", *Folha de Sao Paulo*, 1 de noviembre.

Porto Gonçalvez, Carlos Walter 2006 "A reinvençao dos territórios. A experiéncia latino-américana e caribenha", en Ceceña, Ana Esther (coord.) Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado, Clacso, Buenos Aires.

Porto Gonçalves, Carlos Walter 2001 *Geo-grafías. Movimientos sociales , nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI, México.

Rulli, Javiera 2007 *Repúblicas Unidas de la Soja*, BASE-IS, Asunción.

Soldatelli, Elisangela 2003 "IIRSA. E esta a integraçao que nós queremos?", Amigos da Terra, Porto Alegre.

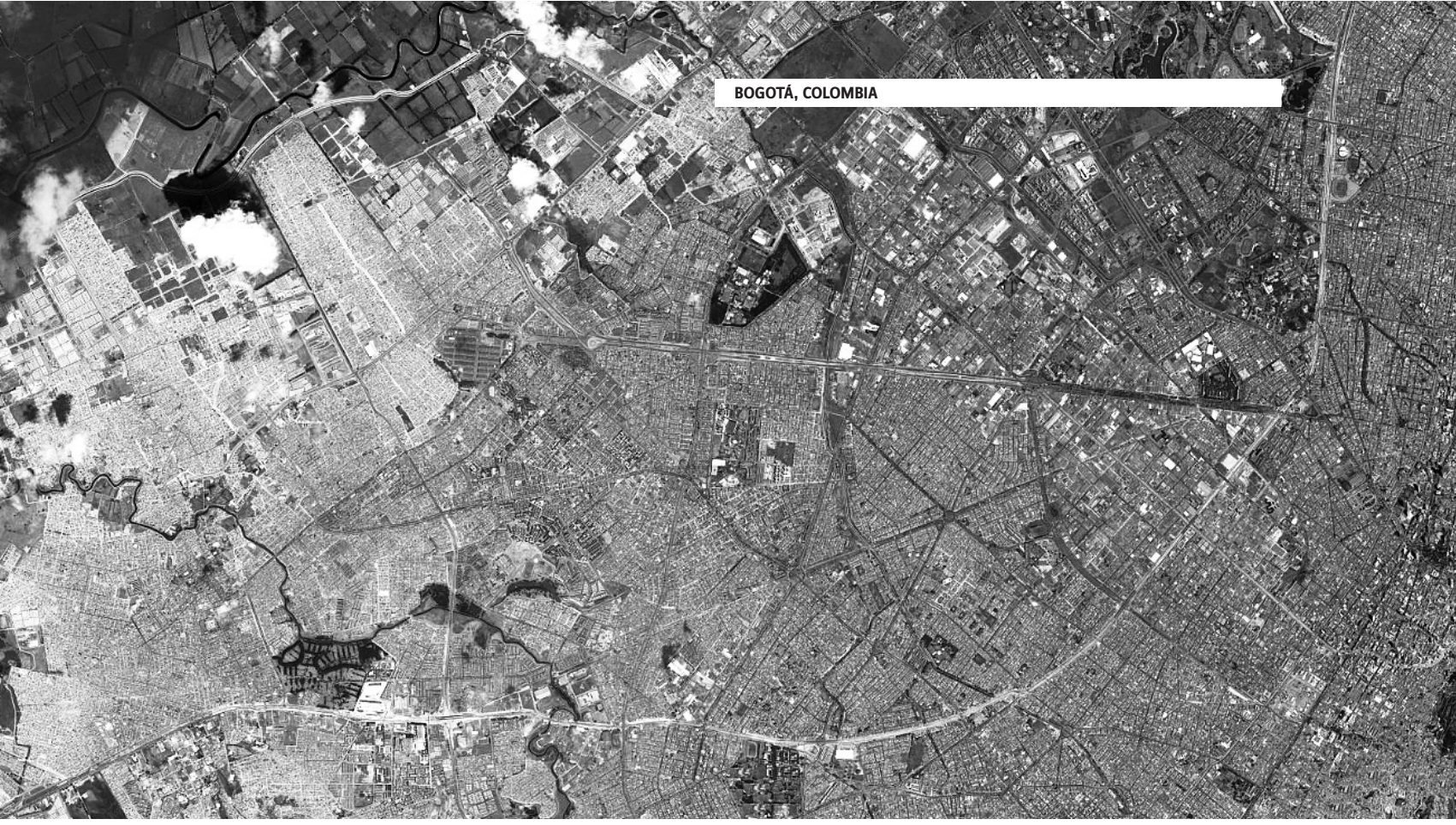
Subcomandante Insurgente Marcos 2007 "I. Arriba, pensar el blanco. La geografía y el calendario de la teoría", *Coloquido Aubry*, San Cristóbal de las Casas, 13 de diciembre, en www.enlacezapatista.org

Zibechi, Raúl 2007 *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Universidad de San Marcos, Lima.

Zibechi, Raúl 2006 "Paraguay: Plataforma para la hegemonía continental", *IRC*, 1 de agosto.

CAPÍTULO 4

La recreación del lazo social: la revolución de nuestros días


BOGOTÁ, COLOMBIA

Abordar la cuestión del lazo social representa un retorno a las preocupaciones de los primeros socialistas, para quienes el eje de los cambios gira en torno a la creación de nuevas relaciones sociales y no lo hacen dpender de los vínculos entre los movimientos y los estados. Supone, además, poner en el centro la cuestión de la emancipación, que forma parte inseparable del cambio centrado en los vínculos sociales.

En segundo lugar, hablar de los logros y las dificultades, de las potencias y los límites que encuentran los movimientos, supone transitar por una mirada interior. Implica rastrear en el seno de los movimientos en el *cómo* se van construyendo las relaciones entre sus miembros y entre ellos y el medio circundante. Que los movimientos reproduzcan en su interior las relaciones capitalistas, ya sea porque opten por formas organizativas o de vida cotidiana de tipo taylorista -asentadas en la división entre el trabajo intelectual y manual o entre los que dan órdenes y los que obedecen-, o que, por el contrario, vayan más allá buscando formas no capitalistas de relacionamiento, tiene a mi modo de ver una importancia estratégica. Al hacerlo, como sostengo que lo hacen buena parte de los actuales movimientos, no sólo nos están mostrando que el socialismo u otro tipo de sociedad más humana es posible, sino que en los hechos están comenzado a construirla.

Potencialidades y logros

En otro momento he señalado hasta siete características comunes entre los movimientos latinoamericanos actuales: el arraigo *territorial* en espacios conquistados a través

de largas luchas; la *autonomía* de estados, partidos, iglesias y sindicatos; la afirmación de la *identidad* y de la *diferencia*; la capacidad de tomar en sus manos la *educación* y de formar sus propios intelectuales; el papel destacado de las *mujeres* –y por lo tanto de la *familia*– que son a menudo el sostén de los movimientos; una relación no jerárquica con la naturaleza y *formas no tayloristas* de división del trabajo en sus organizaciones; y el tránsito de formas de acción instrumentales hacia las *autoafirmativas* (Zibechi, 2003).

De todas ellas, las nuevas territorialidades creadas por los movimientos son el rasgo diferenciador más importante (respecto de los viejos movimientos y de los actuales movimientos del primer mundo) y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica del movimiento obrero, infligida por el neoliberalismo. Estos territorios son los espacios en los que se construye colectivamente una nueva organización de la sociedad. Los territorios de los movimientos, que existieron primero en las áreas rurales (campesinos e indios) y desde hace unos años están naciendo también en algunas grandes ciudades (Buenos Aires, Caracas, El Alto...), son los espacios en los que los excluidos aseguran su diaria sobrevivencia. Esto quiere decir que ahora los movimientos están empezando a tomar en sus manos la vida cotidiana de las personas que los integran. En las áreas urbanas mencionadas, se produjo un viraje importante: ya no sólo sobreviven de los "restos" o "desperdicios" de la sociedad de consumo sino que comienzan a producir sus alimentos y otros productos que venden o intercambian. Han pasado a ser productores, lo que representa uno de los mayores logros de los movimientos en las últimas décadas, por lo que supone en términos de autonomía y autoestima. Este paso fue el resultado de su desarrollo "natural"[1] y no de una planificación previa hecha por sus dirigentes.

En segundo lugar, los movimientos que han lanzado desafíos más serios al sistema (indios comuneros, campesinos, sin tierra, sin techo y piqueteros, pero también movimientos no territorializados de mujeres y jóvenes), adoptan formas organizativas a partir de la familia o, mejor, unidades familiares que no son familias nucleares sino formas de relaciones estables del tipo de familias extensas, complejas o de nuevo tipo[2]. En ella el papel de las mujeres es a menudo central pero no siempre como espejo del papel dominante del varón, sino en el marco de nuevas relaciones con los hijos y otras familias. Entre los si tierra los núcleos básicos los componen grupos de familias que conviven bajo las mismas lonas o son vecinas en los campamentos; entre los sin techo pueden ser agrupamientos de familias según los espacios ocupados; y entre los piqueteros aparecen formas de familias extensas en las que la continuidad del núcleo gira en torno a la mujer.

El papel de la familia en estos movimientos, encarna nuevas relaciones sociales que abarcan cuatro aspectos: la

relación público-privado, las nuevas formas que adquieren las nuevas familias, la creación de un espacio doméstico que no es ni público ni privado sino algo nuevo que abarca ambos, y la producción y re-producción de la vida. En la base de estos procesos está el quiebre del patriarcado, que algunos fenómenos sociales propiciados por el neoliberalismo hacen más visible, pero que es bastante anterior. El patriarcado como relación social entró en crisis hacia los años 60 y tiene múltiples manifestaciones que van desde la familia hasta la fábrica, pasando por la escuela, el cuartel y las demás instituciones disciplinarias. En el futuro el capitalismo tendrá grandes dificultades para sobrevivir si no consigue reconducir la crisis del patriarcado hacia nuevas formas de control y sometimiento.

En quinto lugar, el papel de la familia parece responder a una feminización de los movimientos y de las luchas sociales, que forma parte, claro está, de una feminización de la sociedad en su conjunto. Por feminización debemos entender tanto un nuevo protagonismo de las mujeres como, en un sentido más abarcativo, un nuevo equilibrio femenino-masculino que atraviesa a ambos sexos y a todos los espacios de la sociedad (Capra, 1992).

Este conjunto de cambios que resumimos en en el papel destacado de la familia en los movimientos antisistémicos, va de la mano con una reconfiguración de los espacios en los que se hace política y, por lo tanto, de las formas que adopta, los canales a través de los cuales se trasmsite y hasta de la relación medios-fines que se busca. En los sectores populares indígenas urbanos de Bolivia, "la política no se define tanto en las calles con en el ámbito más íntimo de los mercados y las unidades domésticas, espacios del protagonismo femenino por excelencia" (Rivera, 1996: 132). La forma como el protagonismo femenino y de las unidades domésticas[3] está modificando las formas de hacer política y el cambio social, es un terreno abierto a la investigación.

De esas maneras, los movimientos están empezando a convertir sus espacios en alternativas al sistema dominante, por dos motivos: los convierten en espacios simultáneos de sobrevivencia y de acción socio-política (como hemos visto), y construyen en ellos relaciones sociales no capitalistas. La forma como cuidan la salud, como se autoeducan, como producen sus alimentos y como los distribuyen, no son mera reproducción del patrón capitalista sino que -en una parte considerable de esos empredimientos- vemos

---

1. Utilizo el término "natural" para evitar el vocablo"espontáneo", que es utilizado como adjetivo para evaluar críticamente las acciones o movimientos que no cuentan con planificación y dirección.

2. Immanuel Wallerstein sostiene que las unidades domésticas son el pilar institucional menos estudiado de nuestras sociedades. Sin embargo les concede una importancia similar a la que tienen los estados, las empresas o las clases sociales,

3. Por unidad doméstica Wallerstein entiende "una unidad que reúne en un fondo común los ingresos de sus miembros para asegurar su mantenimiento y reproducción", en "Las unidades domésticas como instituciones de la economía-mundo" (Wallerstein, 2004:235).

una tensión para ir más allá, poniendo en cuestión en cada uno de esos aspectos las formas de hacer heredadas.

¿Cómo fue posible crear "islas" no capitalistas? Fue posible gracias a la lucha de los movimientos, que han abierto espacios-brechas en el sistema de dominación, espacios físicos y simbólicos de resistencia que se convierten en espacios de sobrevivencia, y para sobrevivir comienzan a producir y reprodcuir sus vidas en forma diferente a como lo hace el capitalismo:

- La educación tiende a ser autoeducación; el espacio educativo no es sólo el aula sino toda la comunidad; los que enseñan no son sólo los maestros sino todos los integrantes de la comunidad, los propios niños muestran su capacidad de aprender-enseñar; el movimiento todo es un espacio autoeducativo.

- En la producción, se busca el autoabastecimiento y la diversificación para depender menos del mercado; se busca producir sin agrotóxicos o productos contaminantes; buscan comercializar fuera de las garras del mercado monopolizado; intentan que todos los productores dominen todos los saberes de la producción; la división técnica del trabajo no genera jerarquías sociales, de género o etáreas y se trabaja por descongelar la división entre trabajo intelectual y trabajo manual; y entre quienes dan órdenes y quienes las obedecen.

En la salud, se buscan alternativas a la medicalización de la salud a través de la recuperación de saberes perdidos por el dominio de los monopolios farmacéuticos; se apela a las plantas medicinales y a medicinas alternativas; se busca que el médico no se convierta en un poder separado sobre la comunidad; se trabaja para eliminar la figura del paciente-dependiente-pasivo; se intenta que la comunidad y cada uno de sus miembros se re-apropien de los saberes expropiados por el saber médico, el Estado y el capital.

Las descripciones anteriores representan apenas *tendencias*, *búsquedas*, *intentos* en medio de la lucha social de resistencia. No son lugares de llegada sino flujos, movimientos. Porque, ¿qué es un movimiento sino eso, moverse? "Todo movimiento social se configura a partir de aquellos que rompen la inercia social y se mueven, es decir, *cambian de lugar*, rechazan el lugar al que históricamente estaban asignados dentro de una determinada organización social, y buscan ampliar los espacios de expresión" (Porto Gonçalves, 2001: 81).

Estamos ante un conjunto de actividades que se asientan en lazos sociales de nuevo tipo, se registra de forma muy desigual en los diferentes movimientos. Pero es, sin embargo, una especie de barómetro para visualizar el grado de anticapitalismo de un movimiento. Quiero decir que el anticapitalismo ya no proviene sólo del lugar que se ocupa en la sociedad (obrero, campesino, indio), ni del programa que se enarbola, de las declaraciones o de la intensidad de

las movilizaciones, *sino también, no de forma exclusiva, también de este tipo de prácticas, del carácter de los lazos sociales que se crean.*

A ese conjunto de logros de los movimientos, debería sumarse el hecho de no haber "caído" en la *articulación.* No son pocos -dirigentes políticos, académicos- los que sostienen que el movimiento social sufre *fragmentación* y *dispersión.* Ambos hechos son observados como problemas a superar a través de la *centralización* y la *unificación.*

Sin embargo, una y otra vez movimientos no articulados y no unificados están siendo capaces de hacer muchas cosas: derriban gobiernos, liberan amplias zonas y regiones de la presencia estatal, crean formas de vida diferentes a las hegemónicas y dan batallas cotidianas muy importantes para la sobrevivencia de los oprimidos. *Postulo que el cambio social, la creación-recreación del lazo social, no necesita ni articulación-centralización ni unificación.* Más aún, el cambio social emancipatorio va a contrapelo del tipo de articulación que se propone desde el Estado-academia-partidos.

Una primera cuestión gira en torno al significado de dispersión o fragmentación. ¿Desde dónde estamos mirando cuando lo decimos? Se trata de miradas exteriores, lejanas y, sobre todo, desde arriba. Decir que un movimiento, un sujeto social o una sociedad está fragmentada, ¿no implica mirarla desde una lógica estadocéntrica, que pre-supone la unidad-homogeneidad de lo social y por lo tanto de los sujetos? Más aún, se considera que ser sujeto supone cierto grado de o por lo menos de no fragmentación. Se supone que el Estado-partido-academia saben ya para qué existen los sujetos y hasta son capaces de definir cuando existen y cuando no.

En segundo lugar, quienes proponen la articulación de los movimientos -que en general son quienes sostienen la centralidad de la política estatal- dejan de lado la necesidad de hacer un blance de los últimos 100 años de movimiento obrero y socialista. Ese balance puede resumirse así: "Una transición controlada y organizada tiende a implicar cierta continuidad de explotación" (Wallerstein, 1998:186). Una vez más: no es una teoría, sino apenas una lectura de 100 años de socialismo.

Sin embargo, desde la izquierda y desde la academia se asegura que sin articulación no hay la menor posibilidad de triunfo, o que los triunfos son efímeros, y que el movimiento desarticulado o fragmentado marcha hacia la derrota segura. Este tipo de argumentos nos remiten nuevamente al necesario balance del siglo XX. ¿Acaso no fue la unificación y la centralización de los movimientos del pasado lo que le permitió al Estado y al capital neutralizarlos o domesticarlos? Por otro lado, ¿cómo se explican las rebeliones populares de América Latina, por lo menos desde el Caracazo de 1989, que cosecharon victorias importantísimas, sin que estuvieran convocadas por articulaciones o estructuras formales y establecidas?

Sin embargo, las articulaciones-coordinaciones existen

en los hechos, todos los movimientos tienden a vincularse de forma más o menos estable, más o menos explícita, con grupos y colectivos afines. Y existen más allá de la voluntad de los militantes, existen en la vida cotidiana, en la realidad diaria de los pueblos. Creo que es posible distinguir, a grandes rasgos, dos tipos de coordinaciones:

● Una es la articulación *externa*, o hacia fuera, que nace de necesidades externas al movimiento. Pero no se trata sólo, ni principalmente, de que los objetivos de la articulación sean externos, sino sobre todo de algo mucho más sutil, a menudo inspirado o justificado en esos objetivos. Se trata de construir algo diferente en lugar de lo que hay. Lo que existe siempre es algún grado de organización en la base de la sociedad y cierta confluencia de esas múltiples organizaciones. Lo que defino como articulación externa se relaciona con la incompletud que partidos y académicos consideran que tiene el movimiento social. O sea, que lo que el movimiento desde la base ha creado debe ser completado con algo superior, ya sea una articulación unificada y centralizada o una red de redes. Los términos poco importan. Finalmente, esa otra organización se impone sobre la ya existente, la somete o tiende a desorganizarla y neutralizarla en aras de la eficiencia. La articulación externa siempre busca vincular al movimiento con el Estado o con los partidos, y en ella el movimiento pierde su autonomía. Daniel Bensaid, invocando a Laclau y Zizek, asegura que "la lucha política no se disuelve en el movimiento social" (Bensaid, 2005).

Si reflexionamos seriamente sobre la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001, sobre el levantamiento popular de abril de 2003 que frenó y revirtió el golpe de Estado contra Hugo Chávez, o los levantamientos populares en Bolivia en 2003 y el reciente de 2005, podríamos preguntarnos ¿cómo se articularon/coordinaron estos levantamientos? Con un mínimo de honradez intelectual, deberíamos respondernos: *No sabemos*. Instalarnos en ese no saber puede ser mucho más productivo que sacar de la galera respuestas prefabricadas extraídas de los saberes acumulados por la academia y los partidos.

● Por otro lado, existen formas de articulación/coordinación *internas*, formas de autoarticulación formadas naturalmente por los movimientos, para cumplir determinados objetivos casi iempre puntuales que, una vez realizados, dejan de funcionar o dan paso a otras formas de coordinación. Por lo que conocemos, pueden ser formales y permanentes o bien difusas e impermanentes. Unas no son superiores a las otras. No es mejor un movimietno articulado permanentemente que uno que no lo está, y veceversa. No hay un grado superior. Sobre el levantamiento de octubre de 2003, Silvia Rivera destacó el papel jugado por las mujeres que pusieron que fueron capaces de "organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográ-

ficas un juego de rumores 'desestabilizadores' de la estrategia represiva", con lo que derrotaron moralmente al ejército (Rivera, 2004). Añade que mientras el levantamiento fue protagonizado por mujeres y jóvenes indios, a la hora del debate sobre soluciones reaparecen "sólo voces masculinas, occidentales e ilustradas". Son embargo, esa "democracia de las y los de abajo" que organizó la insurrección, "se sumerge de nuevo en el *manqhapacha* (espacio-tiempo interior), retorna a los lenguajes del símbolo y a los idiomas ancestrales" (Rivera, 2004).

Postulo que sólo prestando atención a lo no visible y a los fugaces momentos insurreccionales -en los que lo invisible queda a la vista por un instante, como cuando el relámpago ilumina la noche- podemos intentar comprender el mundo de los de abajo que en la cotidianeidad resulta imposible re-conocer. Por otro lado, me parece que hemos dedicado muy poca atención a comprender los casos "no normales", los que desafían los saberes instituídos, como si fueran casos exóticos, pero si observamos nuestra realidad latinoamericana veremos que son mucho más frecuentes que los que los que se pueden considerar "normales".

Tanto los partidos de izquierda como los académicos interesados en el movimiento social, siguen sosteniendo una supuesta centralidad de la política, como si los movimientos no fueran políticos y como si la no existencia de "un plan detallado" (como señala el historiador de los grupos subalternos Ranahit Guha) y por lo tanto de una dirección, convirtieran a los movimientos en no políticos. ¿Porqué despreciamos las "artes chismográficas" y los "espacio-tiempos interiores" de las mujeres y los jóvenes y les concedemos un estatuto político menor en relación con los espacio-tiempos de la política profesional? ¿No será hora de cambiar la forma de mirar y enfocar toda la atención a esas invisibilidades que escapan a la conceptualización académica pero están mostrando sus potencialidades a la hora de cambiar el mundo?

Dificultades y límites

Cuando hablamos de las dificultades o los límites que encuentran los movimientos, a menudo pensamos en la necesidad de superar límites externos: el Estado, el capital, la realización de alianzas para superar el aislamiento, el problema de la relación de fuerzas, la fragmentación y dispersión de las luchas, etcétera. Sin embargo, el concepto mismo de límites implica el convencimiento de que los límites son prioritariamente internos.

El principal debate sobre los límites aparece vinculado a la expansión, a cómo hacer para que una experiencia por muy interesante que sea, no quede atrapada en el localismo y sea capaz de multiplicarse, arrastrando o motivando a muchos más en otros sitios a hacer algo similar y contribuir a cambiar efectivamente el mundo, o por lo menos algo

más que la realidad inmediata y local. O bien, como parte de la misma lógica, que no sea cooptada por el mercado o el Estado.

¿Cuáles son las principales dificultades por las que atraviesan los movimientos? Voy a concentrarme sólo en algunas de ellas, sabiendo que no son las únicas:

- *Excesiva visibilidad.* Existe una creencia que dice que cuanto más visible sea un movimiento, cuanto más incrustado esté en la "realidad" formando parte de la agenda política, más eficientes serán sus acciones porque llegarán a amplios sectores. Sin embargo, esto los hace dependientes de la agenda (espacio-tiempos) del sistema. Y son más vulnerables, sobre todo cuando nacen, en los primeros años de su desarrollo cuando son más débiles y tienen menos defensas. Por eso el zapatismo necesitó 10 años para salir a la luz.

Por otro lado, la excesiva visibilidad tiende a que los movimientos se vean con los ojos del amo: este fue siempre uno de los problemas de los dominados. La falta de autonomía -en cuanto cosmovisión- aparece estrechamente ligada a esta cuestión, en el sentido de incapacidad para fijar las prioridades y depender de la agenda establecida.

- *Intensificación-expansión.* Otra afirmación de sentido común dice: *La forma de generalizar un movimiento, de extender su influencia, es a través de la coordinación-articulación (o sea a través de la organización) y de la formulación de demandas comunes a través de un programa. Entre ambas se garantiza la movilización más amplia posible.* Sin embargo, a la luz de las principales luchas sociales de los últimos 15 años (Caracazo, etc.) podemos decir que no sabemos cómo se produce y se generaliza un movmiento.

Me parece necesario que los movimientos expandan su acción para cambiar la relación de fuerzas, pero la realidad indica que lo realmente produce cambios es la intensificación de las experiencias, su profundización. Y que esa intensificación puede (nunca es seguro) resonar en otros y expandirse. Pero no es suficiente con querer expandir un movimiento para que esto suceda. Por más que se planifique, por más riguroso que sea el análisis para promover acciones, en el terreno de lo social la relación causa-efecto no está funcionando, y deberíamos pensar seriamente qué es lo que está fallando.

"Organizar la rebeldía" es una contradictorio. Organizar quiere decir poner orden, disciplinar, instituir. Todo ello va a contramano de la rebeldía y cuando ésta se deja ordenar deja de ser rebeldía. Este es uno de los problemas más graves de los movimientos antisistémicos, que muchos estudiosos lo formulan diciendo que cuanto más organizado está un movimiento menos capacidad de movilización tiene, y viceversa, la mejor y más abarcativa organización a menudo no consigue generar movilización. Aunque no sepamos cómo se resuelve este dilema, deberíamos hacer dos consideraciones: no negarlo es el básico;

el segundo, es ampliar el concepto de organización, de modo de considerar por tal no sólo lo ordenado, disciplinado e instituido. Hoy sabemos que el caos es también una forma de organización.

- Por último, quiero decir que *la no existencia de articulación es también un problema*. Si bien las relaciones sociales no capitalistas no se crean a partir de una articulación, ésta es necesaria para defender-proteger lo creado. Quiero interpretar las articulaciones como esas formas que tenemos de proteger una planta que está naciendo. O sea, proteger no es crear, no es la articulación la que crea el mundo nuevo, sino la que lo ayuda a sobrevivir hasta que pueda nacer.

El problema, como todos sabemos, es que las articulaciones que conocimos (partidos comunistas, estados en manos del partido, etc.) no sólo no han protegido el mundo nuevo sino que o bien le impidieron nacer, lo abortaron, o bien fueron sus sepultureros. Ese es a mi modo de ver el drama del siglo xx, que puede resumirse en la experiencia soviética o en la china.

Entonces el debate sobre la articulación debería centrarse en:

- Cómo evitar la centralización y la unificación.
- Cómo evitar convertir las articulaciones o coordinaciones o redes difusas o informales en *aparatos con vida propia*.
- Cómo potenciar el mundo nuevo que nace en los movimientos.

Estos problemas no tienen respuestas sencillas. Hay sin embargo experiencias suficientes como para avanzar algunas cuestiones. Enel grado actual de desarrollo del movimiento social, lo que me parece realmente decisivo, lo que sería un gran paso adelante porque es en el terreno en el que tenemos menos experiencias, es que se puedan crean relaciones sociales verdaderamente alternativas, se llamen como se llamen, escuelas o panaderías, espacios de salud o radios libres, en los que las relaciones no sean capitalistas. *Ahí es donde históricamente hemos fallado*.

En segundo lugar, me parece necesario crear espacios *temporales* y *horizontales* de intercambio e interconocimiento de las experiencias alternativas. Es importante la circulación (prefiero este término al de comunicación) de las experiencias al interior del movimiento, para consumo de sus miembros.

En vez de focalizar nuestra mirada y nuestra actividad hacia el Estado, los partidos, el capital, la agenda política, etcécera, debemos estar con las experiencias donde se crearecrea el vínculo social. Ese tiene que ser el centro de nuestras preocupaciones, de nuestros desvelos y nuestros análisis. Mirar hacia adentro, crecer hacia adentro, crear el mundo nuevo (aspectos del mundo-otro-nuevo), esa es la clave de nuestras luchas. Resistir, luchar, es hoy básicamente crear ese mundo, crear esos vínculos.

Sobre la articulación, tal vez sea útil retormar las reflexiones de un encuentro-debate-libro entre el Colectivo

Situaciones y el MTD-Solano donde aparece la idea de una red difusa.

La red difusa habla de muchos tipos de encuentros, de muchas redes explícitas parciales, acotadas, superpuestas, de diferentes modos de articulación, de coordinación; en fin, tantas redes como devenires pueda abrir la experiencia en cuestión. En este sentido, nos resulta fundamental no quedar atrapados en una sola red principal, que tienda a organizar y jerarquizar la multiplicidad a que toda experiencia nos abre. (...) Cuando una de estas redes estructuradas reclama ser "la" red estratégica, la que pretende organizar a todas las demás, comienza un proceso de centralización y jerarquía que cierra las redes y situaciones que no se le subordinan (CS-MTD Solano: 2002: 220-222).

Revolución y cambio social

Parece ser últil y hasta necesario manejarnos con alguna hipótesis sobre el cambio social, que no pretenda configurar una teoría social acabada sino apenas suposiciones, incluso creencias, acerca de cómo cambia el mundo. Diría más, se trata de intuiciones. Pero con la particularidad de que ellas nacen y se alimentan de la acción social y de la reflexión junto a quienes no están pidiendo permiso para cambiar el mundo. Hipótesis entonces que apenas pretenden dar cuenta de algunas experiencias que, por su riqueza, intensidad, potencia, son capaces de expandirse generando resonancias afectivas, actuando por simpatía más que por acumulación.

Los cambios los producen los movimientos pero no porque cambien solamente la relación de fuerzas en la sociedad -que la cambian de hecho- sino porque en ellos nacen-crecen-germinan formas de lazo social que son la argamasa del mundo nuevo. No ya el mundo nuevo, sino semillas-gérmenes-brotes de ese mundo. Ni más ni menos.

A propósito de la Comuna de París, Marx reflexionó sobre el cambio social y la revolución: "La clase obrera no dispone de utopías prefabricadas que introducir por decreto del pueblo. Los obreros saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia-la que tiende irresistiblemente al sociedad actual por su propio desarrollo económico (...) No tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno". (Marx. 1980).

Dar suelta, en el original inglés *set freee=libertar* o *liberar*. La hiopótesis de Marx sobre la revolución -que algunos elevaron a la categoría de "teoría revolucionaria"- consiste en que la revolución es un parto, un acto de fuerza similar al de parir= lo que se pare son "los elementos de la nueva sociedad" que ya existen en la sociedad burguesa. Visualizar la revolución como parto como un dar suelta, liberar, significa dos cosas: que en el seno de la sociedad burguesa ya existen relaciones sociales que niegan el capitalismo y

que se encuentran en el mundo de los trabajadores, y en segundo lugar, que la revolución no crea el mundo nuevo, sino que lo hace nacer.

En suma, Marx nunca creyó que el Estado pudiera crear ese mundo nuevo, sino a lo sumo que la maquinaria estatal destruida y reconfigurada por los trabajadores pudiera ser usada como una especie de *fórceps*, una ayuda para parir el mundo nuevo, las nuevas relaciones sociales que existen en el mundo de los de abajo. Hasta aquí Marx.

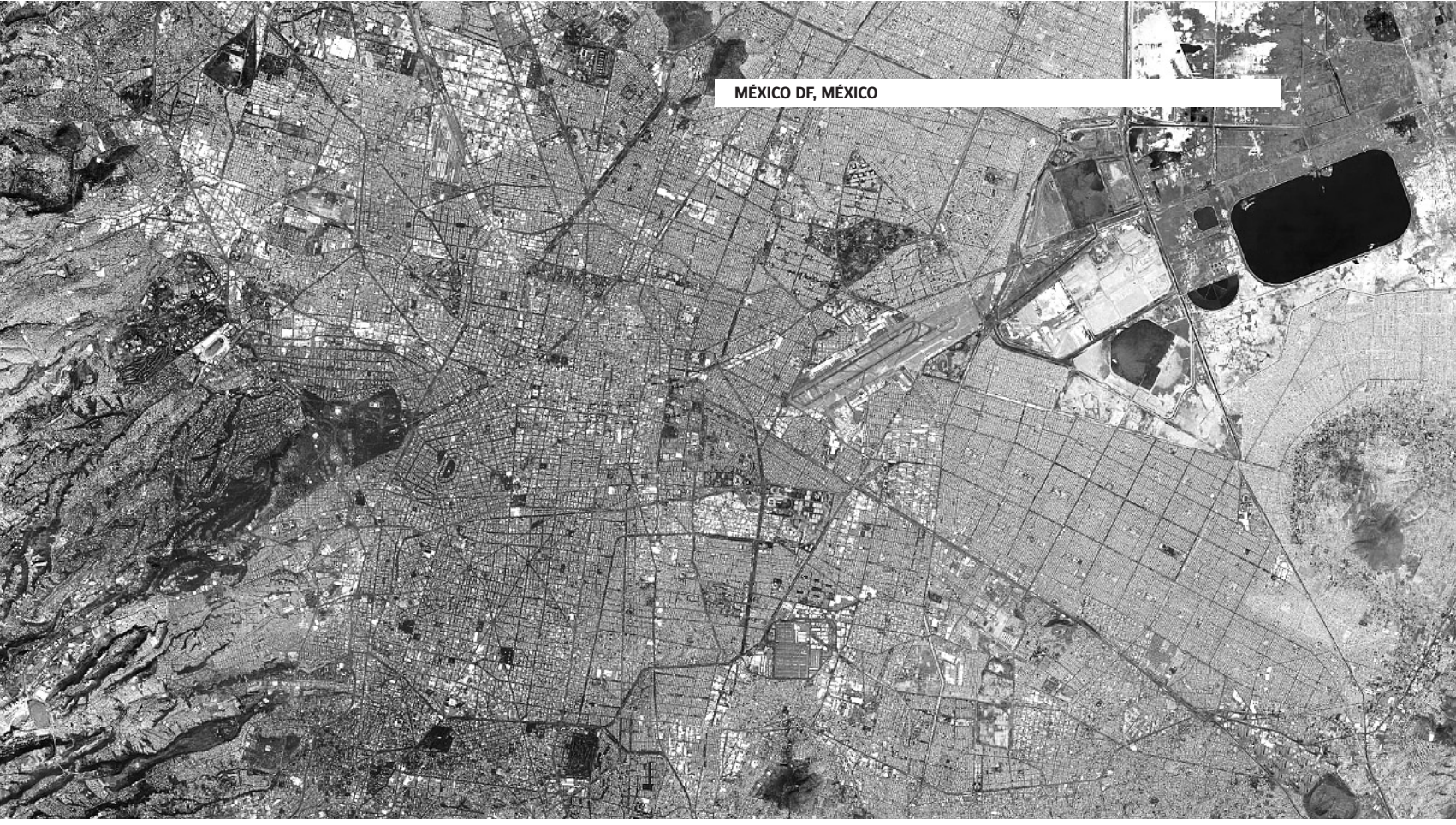
Esta idea de que el mundo nuevo no se construye desde el Estado, ha sido formulada de otro modo por los zapatistas al señalar que su objetivo es cambiar el mundo y no tomar el poder. Postulo que esta es una idea-fuerza que nace de una práctica social, no es el fruto de razonamietnos abstractos teóricos. De hecho, esa propuesta zapatista se está extendiendo de modo acelerado entre los más diversos movimientos, sobre todo aquellos que actúan y piensan por sí mismos, con autonomía del Estado y de los partidos. El coordinador del MST, Joao Pedro Stédile, dijo en el reciente Foro de Porto Alegre: "La cuestión del poder no se resuelve tomando el palacio de gobierno -que es lo más fácil y se ha hecho muchas veces- sino transformando las relaciones sociales". Pongo como ejemplo al MST porque se trata de una fuerza social que tiene enormes diferencias con el zapatismo, pero algo en común: están cambiando el mundo desde abajo, y ese es el punto de referencia esencial.

REFERENCIAS

Bensaid, Daniel (2005) "Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren", revista *Globalización*, en www.antroposmoderno.com
Colectivo Situaciones-MTD Solano (2002) *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*, De mano en mano, Buenos Aires.
Mançano Fernandez, Bernardo (2000) *A formaçao do MST no Brasil*, Vozes, Petrópolis.
Marx, Carlos (1980) *La guerra civil en Francia*, Progreso, Moscú.
Muñoz Ramírez, Gloria (2005), *El fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires
Porto Gonçalves, Walter Carlos (2001) *Geo-grafías*, Siglo XXI, México.
Ramón Valarezo, Galo (1993) *El retorno de los runa*s, Quito Comunidec.
Rivera Cusicanqui, Silvia (2004) "Metáforas y retóricas en el levantamiento de octubre", en *Bolivian Studies Journal/RevistaE*, Vol 4, Issue 1.
1996 *Bircholas*, Mama Huaco, La Paz.
Scott, James (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, ERA.
Salete Caldart, Roseli (2002) *Pedagogia do Movimento Sem Terra*, (Petrópolis: Vozes).
Wallerstein, Immanuel (1998) "Marx y el subdesarrollo", en *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI, México.
(2004) "Las unidades domésticas como instituciones de la economía-mundo capitalista", en *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.
Zibechi, Raúl (2003) "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos", en *Osal* No. 8, Buenos Aires.
Ponencia al seminario "De la exclusión al vínculo", organizado por el Instituto Goethe, Buenos Aires, 14-16 de junio de 2005.

CAPÍTULO 5

El arte de gobernar los movimientos



MÉXICO DF, MÉXICO

La política abajo y desde abajo ha registrado grandes avances desde comienzos de los años 90, que han propiciado una nueva coyuntura en América Latina, de la que forman parte los nuevos gobiernos que se proclaman progresistas y de izquierda. A grandes rasgos, estos gobiernos son una consecuencia indirecta de las luchas de los movimientos que han deslegitimado el modelo neoliberal, abriendo grietas en las formas de dominación. Con ellos están naciendo nuevas formas de gobernar, como resultado de la potencia de los movimientos sociales, pero también como un intento de las elites de reconducir la crisis del modelo de dominación. Comprender estas "nuevas gobernabilidades" es un imperativo para seguir impulsado las luchas sociales y políticas en una situación ciertamente más compleja que la anterior.

De entrada, me gustaría considerar que las nuevas gobernabilidades no son la respuesta a los movimientos, sino algo un poco más complejo: son el punto de intersección entre los movimientos (no como instituciones sino como capacidad de mover-se) y los estados, y a partir de ese "encuentro", en el proceso de encontrar-se, van naciendo las nuevas formas de dirigir estados y poblaciones. Más que punto o puntos de encuentro, quiero dar la idea de algo móvil y en construcción re-construcción permanentes. O sea, que las nuevas gobernabilidades no son ni una construcción unilateral ni un lugar fijo, sino una construcción colectiva y en movimiento, como espero mostrar más adelante.

Pero hablar de nuevas gobernabilidades supone que las viejas formas de gobernar entraron en crisis o fueron superadas o desbordadas por la actividad de las poblaciones organizadas. Por eso que llamamos movimientos sociales, que me parece un término cada vez más inadecuado porque no alcanza para dar cuenta de lo que en realidad suce-

de. Hablaré entonces, y de modo provisional, de "sociedades en movimiento", porque me parece que este término (aún siendo vago y por la misma ventaja de su vaguedad) no remite a instituciones sino que pone en primer lugar la idea de que algo se mueve, y ese algo son sociedades otras, diferentes a las dominantes.

El punto de partida para abordar las nuevas gobernabilidades podría ser una frase de Eduardo Duhalde, el presidente argentino que sucedió a la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001: "Con asambleas no se puede gobernar". Eso era cierto, pero mostraba más bien las limitaciones del propio Duhalde, que era capaz de visualizar el problema pero quería resolverlo al viejo estilo: sacar a la gente de la calle de la manera tradicional, ya sea por la represión o la disuasión. Y lo que estaba haciendo falta -desde el punto de vista de los grupos dominantes- era otra cosa, otro modo de encarar el "problema", que requiere no una sino un conjunto amplio de medidas, que van desde la economía política hasta lo que llamaré el "arte de gobernar los movimientos" o si quiere las "sociedades en movimiento". Ese conjunto de técnicas o de modos de dirigir no suprimen los anteriores, los modos disciplinarios por ejemplo, sino que adoptan otros que se superponen a aquellos que no se archivan sino que apenas pasan, digamos, a un segundo plano.

Las formas que vienen adoptando lo que resta de los estados nacionales para gobernar los movimientos no son homogéneas. En líneas generales, desde hace algunos años se vienen practicando dos formas diferentes para intervenir en los movimientos: en el área andina, en particular en Ecuador y en Bolivia, la cooperación para el desarrollo; en otros países, muy en particular en Argentina y Uruguay (tal vez en Brasil), sobre la base de las políticas focalizadas hacia la pobreza aparecen nuevas formas de intervención en los territorios de los oprimidos. Sin embargo, ambas formas no son excluyentes y en general aparecen las dos en casi todos los países; tienen en común la necesidad de ir más allá de disciplinar los cuerpos en espacios cerrados, y se abocan a algo tan complejo como gobernar la población[1]. Con la particularidad de que ahora esas poblaciones se mueven, se movilizan y, en muchos casos, forman amplios movimientos. El problema que enfrenta el arte de gobernar es que en las últimas décadas y en América Latina, las poblaciones se levantan, se insurreccionan, y desde el Caracazo de 1989 lo hacen de modo regular y constante, casi permanente.

Las nuevas formas de control para enfrentar este desafío de las sociedades en movimiento, a diferencia de las anteriores centradas en la disciplina que representa un pensamiento negativo, normalizador y reglamentador, buscan apoyarse en los fenómenos existentes, "no intentar impedirlos, sino, al contrario, poner en juego otros elementos de lo real, a fin de que el fenómeno, en cierto modo, se anulara a sí mismo"[2]. En vez de reprimir y prohibir, se trata de regular la realidad haciendo que unos elementos actúen

sobre los otros, anulándolos. Este tipo de control es tanto más necesario cuando los oprimidos han venido desbordando las formas disciplinarias, cuando lo que se mueve no son ya sectores sociales sino porciones enteras de sociedades, que no son ni controlables ni eliminables por la represión. ¿Cómo imponerle leyes imperativas, negativas, a esas sociedades otras, capaces de desbaratar y neutralizar golpes de Estado, estados de excepción y las formas tradicionales de represión?

En esta nueva realidad el panóptico se ha vuelto arcaico (aunque sigue funcionando, no es desde hace tiempo el medio fundamental de control). Lo que se requiere para gobernar grandes poblaciones, son formas de control a distancia, más sutiles, formas que buscan la "anulación progresiva de los fenómenos por obra de los fenómenos mismos", lo que requiere un tipo de acción menos transparente que la del soberano para dar paso una acción "calculadora, meditada, analítica, calculada"[3]. Las clases dominantes deben actuar ahora sobre una multitud de factores, pero ya no en relación de exterioridad -como el príncipe de Maquiavelo- sino en relación de inmanencia respecto de los movimientos que intentan domesticar o, mejor, reconducir hacia modos que beneficien a los grupos dominantes. Si para el soberano se trataba de evitar que sus súbditos se movilizaran, ya que el hecho mismo de hacerlo ponía en cuestión su condición, ahora el arte de gobernar incluye, como una más de sus técnicas, la movilización social callejera. A la movilización no se apela, como antaño, para apoyar a gobiernos populares jaqueados por las oligarquías -como sucedió en múltiples ocasiones a lo largo del siglo xx- sino para impulsar "causas justas", como los derechos humanos en Argentina o contra la violencia doméstica en Uruguay[4]. Estas son, entre otras, algunas de las diferencias entre las viejas y las nuevas gobernabilidades que más confunden a los activistas sociales, ya que introducen dosis de ambigüedad y confusión que persiguen esa deseada anulación de los fenómenos por los fenómenos mismos. ¿Quién mejor para actuar en relación de interioridad respecto a los oprimidos, que los gobiernos surgidos de las entrañas de los movimientos de los de abajo, ya que están en mejores condiciones para aplicar tácticas complejas que representan un verdadero arte de gobernar? ¿Quién mejor para aplicar estas tácticas que un tipo de personal forjado en la militancia, con experiencia en la relación con los movimientos de los oprimidos?

Podemos decir, con Foucault, que los "nuevos" estados que dirigen Lula, Kirchner y Tabaré Vázquez, por poner los

---

1. Al respecto, el curso de Michel Foucault *Seguridad , territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, inspira buena parte de este trabajo.
2. Michel Foucault, ob. cit. p. 79.
3. Idem, p. 95.
4. El municipio de Montevideo, gobernado por la izquierda, convocó a fines de 2006 una movilización social contra la violencia doméstica.

ejemplos más obvios pero no los únicos, son hijos del arte de gobernar. Nuevos, porque ya no estamos ante los estados benefactores o ante los estados neoliberales prescindentes, sino ante algo inédito, que sobre la base de la fragilidad heredada del modelo neoliberal busca desarrollar nuevas artes para mantenerlos en pie, dotarlos de mayor legitimidad y asegurar así su supervivencia siempre amenzada. Son estas artes de gobernar, y en particular las destinadas a gobernar los movimientos de los de abajo, las que les están permitiendo alargarle la vida a los estados nacionales decrépitos.

Con la convicción de que el Estado no es una cosa sino un conjunto de relaciones sociales congeladas, en suma que "el Estado es una práctica"[5] que se opone al movimiento, intentaré abordar las dos formas como se vienen intentando "gobernar los movimientos" para anular sus efectos antisistémicos. En el primer caso, el andino, me basaré en bibliografía que analiza experiencias bien delimitadas, en tanto en el caso del Cono Sur, lo abordaré desde una experiencia concreta y puntual con la que mantengo una relación militante desde hace algunos años. La segunda consideración previa, es que mientras en el mundo andino la cooperación al desarrollo se viene implementando desde hace más de una década, en el el Cono Sur los gobiernos progresistas están recién empezando a implementar sus planes sociales, de ahí el carácter provisorio de las consideraciones que expongo.

La experiencia andina: el "fortalecimiento de las organizaciones"

Hace ya 20 años la antropóloga aymara Silvia Rivera Cusicanqui y un equipo del Taller de Historia Oral Andina (THOA) denunciaron el papel de los proyectos de desarrollo y de las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en el norte de Potosí (Bolivia), como desestructuradores de las comunidades indias. La investigación da cuenta de lo que considera "un gigantesco malentendido social y cultural que, en nombre del desarrollo, llevó a las ONGs de la región a tratar de reformar la 'arcaica' estructura organizativa de los ayllus norpotosinos, con la intención de acelerar el tránsito hacia la racionalidad económica mercantil y con ella, al menos así se creía, hacia un anhelado pero esquivo bienestar económico"[6].

Las ONGs, según el trabajo, nunca comprendieron -o nunca quisieron comprender- que la circulación de dinero en las comunidades no altera los modos como funciona su economía, a la que denomina como "economía étnica"[7]. Más aún: "El dinero circula en el interior de la economía étnica como valor de uso, cuyo itinerario y normas de intercambio están regidos por los principios de la cultura y del parentesco"[8]. Esta realidad es incomprensible en la lógica del desarrollo, que donde hay dinero ve mercado y apuesta a la ampliación del componente mercantil de la economía

comunitaria para resolver los que considera como "limitaciones" intrínsecas del mundo indio. Peor aún, como los programas no suelen llegar a todas las familias, introducen divisiones en el seno de las comunidades que, junto a la mercantilización, aceleran su descomposición.

Entre las conclusiones de la citada investigación, se señalan seis problemas que los proyectos de desarrollo provocaron en el norte de Potosí: erosión de las comunidades y por lo tanto de sus "espacios autónomos de reproducción de los modos de organización social y productiva endógenos"; la mercantilización de las comunidades-ayllus las lleva a depender de las relaciones comerciales con el exterior, perdiendo su autonomía; implantación de modelos organizativos asociativos que provocan conflictos generacionales, divisiones y confusión, desconociendo la democracia comunitaria; erosión de las capacidades autogestionarias, al punto que "ahora los ayullus están en peores condiciones que antes para enfrentar una sequía u otro desastre similar"; despersonalización cultural y, finalmente, los ayllus se vuelven vulnerables "a la cooptación política y a la manipulación clientelista de sus necesidades, lo cual amplía la penetración civilizatoria de la sociedad criolla dominante en los ayllus"[9].

Si esto sucedía en los 80, en la década siguiente el problema se agravó considerablemente. En Bolivia, se pasó de un centenar de ONGs a principios de los 80 a unas 530 al comenzar los 90. En Ecuador, el proceso fue similar: a mediados de los 90 existían 519 ONGs, de las que el 73% se formaron entre 1981 y 1994, es decir, "a la par de la puesta en marcha de las diferentes políticas de ajuste ensayadas a partir de 1982"[10]. Con los años, los financiadores y planificadores externos fueron a más, y buscaron que la proliferación de ONGs les proporcionara apenas una base para un trabajo más amplio. Ese paso lo comenzaron a dar en Ecuador, en un momento clave, a mediados de la década de los 90, a través del debate con las organizaciones indígenas de una nueva modalidad de cooperación que daría origen, ya en 1998, al Proyecto de Desarrollo de los Pueblos Indios y Negros del Ecuador (PRODEPINE). "La discusión sobre la conveniencia de una institución como PRODEPINE arranca, así, un año después de que el levantamiento indígena de 1994 hubiera hecho oscilar por segunda vez los pilares del Estado ecuatoriano y de que, muy al norte, en las lejanas tierras mayas, un ejército formado por indios chiapanecos

---

5. Idem. p. 324.
6. Silvia Rivera Cusicanqui, *Ayllus y proyectos de desarrollo en el norte de Potosí*, Aruwiyiri, La Paz. 1992, p. 7.
7. El concepto proviene de un trabajo de Olivia Harris, "Economía étnica", Hisbol, La Paz, 1987, en el que asegura que la circulación de productos y de dinero se efectúa por fuera del mercado.
8. Idem, p. 154.
9. Idem, pp. 191-192.
10. Víctor Bretón, *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*, Flacso, Quito, 2001, p. 240.

reaccionara con las armas en la mano contra la exclusión económica, política, social y cultural a que los condenaba el flamante México neoliberal (...), en ese momento preciso los planificadores del desarrollo voltearon sus caras hacia el fortalecimiento organizativo como estrategia contra la exclusión y, de paso, como vía indirecta para cooptar y limitar el alcance de los nuevos movimientos sociales emergentes"[11].

El PRODEPINE es considerado por el Banco Mundial -quien lo inspira y financia- como uno de los proyectos más exitosos de los que maneja. Supone un paso adelante respecto a planes diseñados anteriormente, como el PRODEPINE mexicano. A diferencia de este plan, el PRODEPINE no se articula a través de las instituciones estatales sino que va directamente al universo de las organizaciones indígenas para trabajar a favor de su "fortalecimiento organizativo" que busca el "empoderamiento de los excluidos"[12]. Veamos en detalle algunas características y sus resultados.

"Nunca antes se había experimentado una iniciativa tan descentralizada, tan participativa y tan celosa de que las Organizaciones de Segundo Grado (OSG) orienten y gestionen el devenir de sus organizaciones filiales", sostiene el antropólogo español Víctor Bretón[13]. El PRODEPINE no sustituye a las organizaciones sociales sino que las coloca en el centro. Son ellas las que hacen el "autodiagnóstico", en tanto el PRODEPINE "sólo coloca los fondos en una cuenta de la organización, le provee metodología, le da seguimiento, las pautas, y la organización contrata sus técnicos propios o de afuera", según una evaluación de su Director Ejecutivo[14]. Luego la propia Organización de Segundo Grado ejecuta el proyecto. De ese modo, son las organizaciones las que dirigen directamente las intervenciones a realizar en el territorio que controlan. Ellas son las que "aprenden" a fijar las prioridades, contratar técnicos y ejecutan el plan, "porque el PRODEPINE no ejecuta; facilita, acompaña, capacita, asesora y fiscaliza, resuelve conflictos, pero quien ejecuta son las OSG"[15].

Como puede verse, la metodología de trabajo cambió radicalmente. El PRODEPINE estableció siete oficinas en Ecuador y son las organizaciones las que se ponen en contacto con el proeycto, al revés de lo que sucedía antes. Eso sí, el Proyecto realiza un censo de organizaciones para establecer la "calidad" de las mismas, identifica las que están en condiciones de hacerse cargo de un proyecto, y con las que no lo están "procedemos a darles un período más largo de fortalecimiento organizativo"[16].

Véase que el Banco Mundial pasó de promover la "participación comunitaria" -que siempre jugaba un papel secundario- a ponerla en el centro de sus preocupaciones. De esa forma, conseguía superar el anquilosamiento o debilidad de las instituciones estatales para ir directo al grano, a las bases sociales organizadas, como se deducía del fracaso de la experiencia mexicana. En las evaluaciones, los problemas de proyectos inspirados en el PRONASOL tiene que ver con "burocratización, centralización de la informa-

ción en los aparatos técnicos, y sobreimposición de éstos en desmedro de los liderazgos naturales dentro de las organizaciones"[17]. En efecto, según el mencionado autor "el fracaso o la poca eficacia de los programas para provocar resultados sustanciales y durables, se relaciona con la débil organización económica de las comunidades y pueblos, *especialmente a escala regional* (...) la común carencia de esas organizaciones sólidas es un *handicap* para que los programas puedan encontrar (supuesto que realmente se esté buscando) *un sujeto social* -representantivo, con legitimidad y fuerza moral entre las comunidades- *que los haga funcionar*"[18]. Esto explica el nacimiento de las políticas de "fortalecimiento organizativo" que se concretan en la proliferación de Organizaciones de Segundo Grado, que en la visión del Banco Mundial pasaron a ser la clave que "hace funcionar" los programas sociales estatales.

Además de buscar resolver las insuficiencias institucionales, las políticas de "fortalecimiento organizativo" vienen a abordar los problemas de la gobernabilidad cuando los desbordes desde abajo ya son un hecho consumado, e intentan influir en ellos. Aquí aparecen dos procesos. Por un lado, las ONGs vivieron cambios sustanciales en los 90. Resumiendo, pasaron de jugar un papel contestatario a convertirse en colaboradores de los estados y gobiernos, especializándose en la concertación, la intermediación en los procesos sociales y en gestionar o impulsar la participación popular a escala local, pero sin cuestionar las políticas macroeconómicas del ajuste estructural. El segundo, está directamente vinculado a la proliferación de Organizaciones de Segundo Grado que son fomentadas por las ONGs como instrumentos para canalizar la "cooperación" al desarrollo.

Víctor Bretón estudia el caso del cantón Guamote, en el sur de Chimborazo, una provincia con alta concentración de población indígena que jugó un papel relevante en los dos primeros levantamientos indios (1990 y 1994). La necesidad de los agentes de desarrollo (ONGs) de contar con interlocutores, promovió la creación de numerosas OSGs. Con apenas 28 mil habitantes, el cantón tiene 158 OPG (Organizaciones de Primer Grado) y 12 OSG a finales de los 90, "en connivencia con la sucesión y la superposición de diferentes intervenciones externas, tanto públicas como privadas"[19]. Aunque Guamote es el municipio que tiene el mayor índice de densidad organizativa de los Andes ecuatorianos y está entre los seis primeros en lo que se refiere a

---

11. Idem, pp. 234-235.
12. Idem, p. 232.
13. Idem, p. 233.
14. Idem, p. 233.
15. Idem, pp. 233-234.
16. Idem, p. 234.
17. Héctor Díaz Polanco, *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México, 1997, p. 120.
18. Idem, p. 124. Enfasis míos.
19. Víctor Bretón, ob. cit. p. 173.

concentración de internveciones de ONGs, la pobreza sigue siendo enorme (89% de los hogares), tiene la tasa de mortalidad infantil más alta del país (122,6 por mil) y uno de los porcentajes de desnutrición crónica de menores de cinco años más elevados. Esto muestra la escasa eficiencia de la cooperación al desarrollo.

Sin embargo, el éxito del PRODEPINE hay que buscarlo en otros resultados. Bretón establece seis tesis sobre la incidencia del modelo sobre los movimientos indígenas[20]. Las OSG se formaron como consecuencia de la acción de agentes externos y no son, en absoluto, "una emanación de un supuesto espíritu comunitario andino". En segundo lugar, establece una relación directa "entre la mayor presencia de instituciones de desarrollo y la mayor densidad organizativa del mundo indígena", pero constata que se producen escisiones en las organizaciones para captar y canalizar los recursos externos. La tercera, es que cada OSG compite con otras OSG para "asegurar, mantener e incrementar su 'clientela'". En cada OSG se consituyen elites de líderes y dirigentes que cada vez se distancian más de sus bases. El resultado es una relación de hostilidad entre organizaciones y entre activistas: "Del mismo modo que las ONG han de competir *darwinianamente* por la cooptación de OSG –en tanto que sujetos de desarrollo que legitiman su propio quehacer institucional- y por la captación de los recursos –escasos por definición- de la cooperación internacional, asimismo las OSG compiten entre sí por convertirse en beneficiarios de la actuación de las ONGs".

Las tesis cuarta y quinta son las que más nos interesan. Gracias al trabajo de las ONGs, en las OSG se está produciendo la sustitución de una dirigencia muy militante por una más tecnocrática, interesada en la envergadura de los proyectos. Los dirigentes de las OSG, que en su opinión se están convirtiendo en "verdaderos cacicazgos de nuevo cuño", se convierten en administradores que tienen la potestad de distribuir regalías que emanan de las agencias de desarrollo bajo la forma de recursos o proyectos, lo que favorece lógicas clientelares. Ahora el prestigio de los dirigentse no desacansa en que sean buenos luchadores, combativos y entregados a la causa, sino en su habilidad para captar recursos. "Su propia reproducción como tales dirigentes depende, a la vez, del éxito en esta gestión y de la habilidad para administrarlo consolidando con las filiales un entramado más o menos complejo de favores prestados a cambio de apoyos futuros"[21].

Por último, los líderes formados en el seno de las OSG suelen "colisionar con las autoridades consuetudinarias", generando divisiones intensas en el seno del movimiento. El resultado, en el caso ecuatoriano, fue la cooptación de dirigentes y la división de la CONAIE. En agosto de 2001 el gobierno nombró al ex dirigente de la CONAIE, Luis Maldonado, como ministro de Bienestar Social. La CONAIE y Ecuarunari (organización quichua de la sierra) se opusieron, pero alcaldes y otras autoridades indias electas se mostra-

ron favorables a esa desginación "que podía abrirles algunas puertas para la transferencia de fondos que tan crónicamente hacen falta a los municipios"[22]. Con el tiempo, el costo político de estos programas fue quedando claro y hoy pocos dudan de sus objetivos: "Los esfuerzos explícitos de la administración gubernamental de gestionar obras y programas a cambio de evitar levantamientos"[23].

Ya bajo el gobierno de Lucio Gutiérrez, que llegó a palacio con el apoyo del movimiento indígena, la situación empeoró considerablemente. El gobierno llevó adelante la más ambiciosa política para neutralizar a los movimientos indígenas, mediante un triple juego de división, represión y cooptación. Mientras la CONAIE se mantuvo dentro del gobierno, abundaron las donaciones de forma directa a las comunidades sin pasar por sus organizaciones, muy en particular en la Amazonia y la Costa, para aislar a la organización de la Sierra (Ecuarunari), la más combativa y mejor estructurada. Pero cuando la CONAIE rompió con el gobierno de Gutiérrez, acusándolo de haber traicionado el mandato popular, la respuesta del Estado fue nombrar a un destacado dirigente, Antonio Vargas, como ministro de Bienestar Social.

Con este paso, Gutiérrez intentó cooptar al movimiento pero, sobre todo, dividirlo, ya que Vargas perteneccía a la organización amazónica, donde el Estado ecuatoriano y las ONGs al servicio de las políticas imperiales, vienen implementado formas de cooperación-subordinación para separarla del movimiento nacional. El nombramiento de Vargas fue un duro golpe para la CONAIE, ya que había sido el máximo dirigente de la organización y mantenía elevado prestigio. Su intervención en una asamblea de la confederación amazónica, CONFENIAE, revela el tipo de actitudes del ministro: "No estoy en este puesto para dividir al movimiento indígena, estoy porque el gobierno desea fortalecer a los pueblos indígenas (...) por eso tengo listo los cheques por un total de 300 mil dólares (...) 118 mil dólares por cada nacionalidad"[24]. En consecuencia los dirigenes de la organización se dividieron y toda la estructura se vio afectada por la cooptación.

La CONAIE tocó fondo en junio de 2004, cuando convocó un levantamiento contra el gobierno neoliberal, que fue desatendido por la inmensa mayoría de las comunidades. La brecha entre bases y dirigentes nunca había sido tan grande. Pero el tamaño del fracaso fue un toque de atención, que llevó a la organización a convocar su II Congreso -en diciembre de 2004- para ver el modo de encontrar nuevamente el rumbo. La opinión mayoritaria dentro de la

20. Idem, pp. 246-248.
21. Idem, p. 248.
22. Fernando Guerrero y Pablo Ospina, *El poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos,* Clacso, Buenos Aires, 2003, p. 252.
23. Idem, p. 253.
24. Mónica Chuji Gualinga, "Asamblea extraordinaria de la CONFENIAE", 3 de setiembre de 2004, www.alainet.org

organización era que se imponía un cambio de dirigentes y, en particular, el retorno de los fundadores, entre ellos Luis Macas, que fue elegido al frente de la CONAIE para devolverle su vulnerado poder de movilización social[25]. La división, no obstante, estuvo a punto de triunfar, ya que varios dirigentes cooptados por el gobierno amenazaron con retirarse y "refundar la Conaie".

El Congreso definió el perfil de los candidatos a ocupar el cargo de presidente. Las condiciones representan una clara evaluación de las razones de la crisis: tener aval de las bases, renunciar a cargos en ONGs y fundaciones, no haber participado en el gobierno luego de la ruptura de la alianza, no estar acusado de atentar contra la organización[26]. De esa forma, la CONAIE apostaba a recuperar la autonomía y que las bases vuelvan a controlar a sus dirigentes. A la hora de los análisis, la nueva dirigencia se vio abocada a comprender lo sucedido. Por un lado, se estableció que "el movimiento indígena no ha construido una teoría política propia"[27]. En segundo lugar, se comenzó a poner en duda la utilidad de la participación en las instituciones estatales, ya que durante el gobierno de Gutiérrez "se inició un proceso de participación institucional desafortunada que ha puesto en evidencia una estrategia de división del movimiento indígena"[28]. La misma existencia de un movimiento como Pachakutik, creado por la CONAIE en 1996 para participar en las elecciones, fue puesta en duda.

La "apertura" de las instituciones estatales a la participación indígena forma parte de la misma estrategia que la cooperación al desarrollo. O, mejor, ambas políticas se complementaron desde el momento que buscaron crear una dirigencia separada de las bases, especializada en gestionar parcelas del aparato estatal. No son pocos los que, luego de la experiencia de fines de los 90 y comienzos del nuevo siglo, sostienen "la existencia de una estrategia deliberada de 'apertura con gancho', destinada a anular el potencial transformador de un movimiento que cuestionaba desde sus inicios los cimientos de la dominación y la exclusión"[29]. Aunque la CONAIE fue capaz de revertir, parcialmente, su debilidad con el levantamiento de marzo de 2006 contra el TLC, aún enfrenta enormes dificultades. Para recuperarse como organización, a lo largo de 2005 la dirección de la CONAIE retornó a las bases comunitarias. Se realizaron más de 200 talleres de discusión sobre el TLC; Macas asistió por lo menos a 150 talleres y la Conaie despareció del escenario político ecuatoriano porque toda la dirección había retornado a las bases. Esa desaparición mediática le permitió reconstruirse por abajo[30].

Mi impresión, es que la cooperación al desarrollo fue el elemento clave para "gobernar" los movimientos, al crear una camada de dirigentes-funcionarios (profesores, funcionarios estatales y técnicos de proyectos de desarrollo) que están reconfigurando los movimientos. Ellos son los que abrieron las puertas tanto a las nuevas formas de cooptación como a la inclusión de los movimientos en las institu-

ciones estatales, por la vía de la sobredimensión de los procesos electorales en la práctica política.

Una experiencia en el Cono Sur: incidir en el territorio

Volvamos a la frase del ex presidente argentino Eduardo Duhalde: "No se puede gobernar con asambleas". Una vez que la población desarticuló el estado de sitio implantado la noche del 19 de diciembre de 2001, ocupando masivamente las calles, parece evidente que la estrategia de impedir las asambleas resulta inútil. Las asambleas están allí y, en adelante, el arte de gobernar, la razón de Estado, dirá que hay que gobernar las asambleas o, en todo caso, operar de modo que unos factores anulen los otros. O sea, si se reprime, las asambleas se fortalecen. ¿Qué hacer? Hay varios niveles de actuación. Por un lado, se busca una gestión prolija de la economía, lo que sería un "buen gobierno" económico, para que la gente no se vea tan necesitada de salir a la calle, de tomar iniciativas de sobrevivencia que luego pueden adquirir, adquieren, cierta autonomía y a veces hasta se vuelven formas de resistencia.

En paralelo, el Estado empieza a asumir algunas de las iniciativas que nacieron abajo y las refuncionaliza, las orienta en otra dirección. Y aparecen las iniciativas municipales que empiezan a hacer las mismas cosas que hacen las asambleas (guarderías, comedores, merenderos) y alguna gente empieza a dejar de ir a las asambleas porque observan que el municipio o las ONGs lo que hacene mejor y con más recursos que el propio movimiento. Nada de esto es totalmente nuevo. Pero existen ahora otras iniciativas que pertenecen a la misma lógica del "fortalecimiento de las organizaciones" pero de la mano de gobiernos que se proclaman progresistas o de izquierda como el uruguayo.

Voy a tomar un ejemplo muy concreto: un barrio de la periferia de Montevideo que se llama Barros Blancos. Es una suerte de "ciudad lineal" a lo largo de una carretera de salida hacia el noreste de la ciudad, que ocupa desde el kilómetro 22 hasta el 29, y donde viven unas 35 mil personas. En ese barrio hay unos 30 asentamientos. Es una de las zonas más pobres del país, de poblamiento muy reciente y aluvional. Muchas de las familias que llegaron al barrio fue-

---

25. Raúl Zibechi, "Los límites del neoliberalismo", *La Jornada*, 3 de enero de 2005.
26. "Perfil de los candidtos (as) al Consejo de Gobierno de la CONAIE", www.ecuarunari.org
27. "Entre los remordimientos y el análisis del levantamiento del 7 de junio de 2004", editorial de la revista *ARY-Rimay*, No. 63, junio de 2004, en http//:icci.nativeweb.org
28. Adriana Cauja, "Movimiento indígena, trayecto difícil", *Jatarishun* (Levantémonos), CONAIE, julio 2004.
29. Fernando Guerrero y Pablo Ospina, ob. cit. p. 252.
30. Raúl Zibechi, "Dilemas electorales de la CONAIE", *La Jornada*, 14 de abril de 2006.

ron expulsadas de la zona central de Montevideo por la desocupación y el cierre de fábricas.

El nuevo gobierno frenteamplista decidió implementar el Plan de Emergencia (Plan de Atención Nacional a la Emergencia Social-PANES), dirigido a la pobreza extrema, denominada "indigencia": 320 mil personas (86.000 hogares), o sea el 10% de la población del país, que tiene un total de 800 mil pobres. El Plan implementó subsidios que reciben 76.000 hogares (se denominan "ingreso ciudadano" y reciben unos 50 dólares por familia). Además hay planes más focalizados: Trabajo por Uruguay (empleo temporal para 7.000 personas en obras de la comunidad) y Rutas de Salida (algo similar que incluye 7.500 hogares y "formación" en talleres y grupos a cargo de funcionarios de ONGs o universitarios). Para todo esto crearon el MIDES (Ministerio de Desarrollo Social), que lo dirige Marina Arismendi, secretaria general del Partido Comunista (PCU). Tienen varias áreas, todas a cargo de notorios intelectuales de izquierda, incluyendo unos cuantos ex compañeros de militancia.

Además de estos planes genéricos, el MIDES realiza un novedoso trabajo "territorial". Para ello implementaron los SOCAT (Servicios de Orientación, Consulta y Articulación Territorial), que hasta hace pocos meses se denominaban SOCAF (Familiar). Este es un cambio notable, hecho por el gobierno progresista. ¿Porqué territorial? En todo el país se han creado 75 SOCAT en las zonas de pobreza, donde el MIDES atiende de diversas formas a unas 617 mil personas. O sea, tenemos un SOCAT cada 9.000 personas. En Barros Blancos hay tres SOCAT. Cada uno llega a unas 10.000 personas, pero como atienden sólo a familias muy pobres, en realidad hay uno cada 4-5.000 habitantes. Un trabajo bien micro.

El análisis "teórico"

La propia ministra de Desarrollo Social explicó las razones por las cuales se pasó de lo familiar a lo territorial: "Los SOCAT son tejedores en el territorio y articuladores de los distintos servicios. Su labor *es tejer y coordinar* en todo el territorio donde están los problemas y las necesidades (...) es decir, reunir y construir esa red de protección social dentro del territorio". El concepto de "tejer" consiste en "promover la participación organizada de la gente, generando espacios denominados Mesas de Coordinación Zonal integradas por vecinos, escuelas, policlínicas, etc, que construyen un programa y después Infamilia (un programa del ministerio para infancia y adolescencia) se encarga de proveerles recursos para que se aplique el mismo"[31].

En la misma intervención, la ministra dijo que en el territorio se registra la confluencia del Estado (municipios, ministerios) y la "sociedad organizada de la cual ustedes son parte y son a la vez -fíjense qué interesante que es esto, que proceso tan interesante- *son parte también de la institucionalidad del Estado*". Y explica el cambio de nombre de

Familia a Territorio, por "cómo atamos, articulamos y trabajamos todos juntos (...) sobre el territorio que es donde en realidad existe la vida, y por lo tanto *si la vida está allí, es allí donde todos nosotros tenemos que actuar*"[32].

A su vez, el director de Infamilia, Julio Bango (sociólogo, miembro del Partido Socialista y del Frente Amplio), ex director de una ONG juvenil, dijo: "Los SOCAT son *la voz del territorio*, son los zurcidores de los servicios de infancia y adolescencia en el territorio y son los promotres de la participación ciudadana". En un trabajo anterior, Bango sostiene que la crisis del Estado benefactor supone establecer nuevas bases de relacionamiento entre Estado y sociedad civil[33]. Sostiene que las políticas compensatorias han fracasado por la falta de participación de los beneficiarios y que para que sean útiles no se debe partir de las preocupaciones del Estado sino "de las expectativas existentes en las cabezas de los jóvenes". Dice: "Pensar la política desde los sujetos antes que desde los servicios que se disponen o se pueden disponer". Apuesta a consiguirlo gracias a "técnicas diagnósticas participativas, interactivas, de carácter cualitativo como son los grupos motivacionales".

En consonancia, critica a los tecnócratas, defiende las culturas juveniles como punto de partida, y lo local como ámbito ideal para "renovar el llamado tejido asociativo" y promover los intereses de los jóvenes que apuestan a lo colectivo. Va más lejos e introduce el concepto de diferencia: "La riqueza de la conjunción de esfuerzos entre organismos de juventud estatales y organizaciones juveniles en la implementación de políticas, radica justamente en que ambas partes construyan consensos *a partir del reconocimiento de la diferencia*, de la afirmación de identidades distintas, de la representación de intereses también distintos"[34]. Por ello, no deben limitarse a prestar servicios, sino "incluir la promoción de la participación de los jóvenes en la definción del servicio, de modo que este útimo se engarce y adecue a su proyecto vital". Para ello el diseño debe incluir "los valores, motivaciones, tradiciones culturales, sensibilidades distintas, que redefinen el contenido mismo del servicio, le otorgan especificidad y le permiten ser más eficaz". Esta es la forma que define para integrar a los jóvenes, a través de una política "dialógica" (inspirada en Habermas) y democrática (reconocimiento de la diversidad) para construir un proyecto de sociedad.

Bango enarbola un análisis nada economicista ni funcionalista clásico. Señala que "los cambios en la estructura social uruguaya y *la creciente diversidad social han desbordado las capacidades de las instituciones* que tenían a su cargo

31. Discurso de Marina Arismendi, "Trabajar políticas sociales sobre un mismo plan", 16 de agosto de 2006. Enfasis míos.
32. Idem. Enfasis míos.
33. Julio Bango, "Políticas sociales y políticas de juventud", en Revista Iberoamericana de la Juventud, 2000, en www.iica.org.uy
34. Idem, énfasis míos.

viabilizar los procesos de integración social"[35]. Entiende, por lo tanto, los fenómenos de la pobreza como algo complejo, económico, social, cultural. Quiere trabajar sobre el "problema" de la estigmatización de las conductas de los diferentes. Por eso dice que sólo con los aportes de la sociedad civil se puede superar la exclusión. Y para ello es imprescindible el "protagonismo de los jóvenes", que son en su mayoría los pobres. ¿Cómo? A través de la "generación de espacios de interacción de servicios y beneficiarios, y desde el conocimiento y reconocimiento de las distintas realidades y situaciones de los jóvenes".

Las formas de trabajo

Los SOCAT se financian por un acuerdo con el BID (40 millones de dólares) mientras el gobierno nacional aporta 5 millones. Pero lo más interesante es cómo trabajan.

En cada zona asignada los SOCAT crean una Mesa Coordinadora Zonal. Allí participan vecinos, instituciones públicas y privadas. Un ejemplo: en una típica Mesa acuden las escuelas de la zona, las iglesias, los CAIF (centros de asistencia a la familia y la infancia), grupos de mujeres, comisiones de vecinos, comisiones de fomento, cooperativas de vivienda, grupos culturales y deportivos, asociación de jubilados. En un barrio del que existen datos fiables, de 20 colectivos que participan en el SOCAT, unos 11 forman parte de lo que podemos llamar legítimamente movimientos sociales. El resto son iglesias, escuelas, policlínicas. Pero también van vecinos a título individual.

En segundo lugar, funcionan de modo democrático. Cada SOCAT es gestionado por una ONG. En Barros Blancos hay dos: Vida y Educación y Juntos Somos Más, que tiene la particularidad que surgió desde "abajo" luego de un prolongado trabajo territorial y está integrada mayoritariamente por mujeres pobres del barrio. Cada SOCAT tiene un presupuesto asignado por el MIDES y que gestionan las ONGs de 3.000 dólares cada tres meses, denominado Fondos de Inversiones Territoriales (FIT). No es mucho, pero hablamos de pequeños barrios de unos 4.000 habitantes. En la Mesa Coordinadora, a mano alzada y luego de debatir largamente, deciden en qué los "invierten". Algunos SOCAT se ponen nombres: uno de ellos eligió uno muy signficativo: "Somos una zona en movimiento".

Un aspecto a resaltar es que los SOCAT "construyen un diagnóstico participativo" que identifica las necesidades del barrio. En Barros Blancos hicieron un trabajo impresionante, calle por calle, anotando todo lo que necesitaban, lo que los activistas del barrio dicen o creen que necesitan.

Un tercer aspecto son los funcionarios, la mayoría funcionarias de las ONGs. Responden a un perfil relativamente homogéneo: son jóvenes (más o menos de 30 años), de formación universitaria completa o media, y sobre todo con amplia experiencia en el trabajo en zonas de pobreza, ya

sea como funcionarias de ONGs o como militantes sociales, o ambas a la vez. En general dominan las técnicas de la educación popular. Porque los SOCAT funcionan en base a plenarios y talleres, utilizan papelógrafos y técnicas de participación grupal.

Me gustaría, a partir de estas descripciones, hacer varias consideraciones:

1) Las Mesas son verdaderas "coordinadoras", similares o mejor dicho casi idénticas a las coordinadoras intersociales que funcionan en barrios o pueblos para luchar por demandas concretas (luz, agua, trabajo, calles, saneamiento). Más bien, la idea ha sido tomada de allí. Son las llamadas "fuerzas vivas" son lo que realmente se mueve en el territorio, y tengan por seguro que los que las integran son gente de izquierda, gente progresista, que vienen trabajando desde hace muchos años en los barrios más pobres.

2) El modo de hacer, la forma de decidir, es muy similar a la que practican los movimientos en las reuniones de coordinación. Todo está en discusión, se habla incluso de horizontalidad. Hay, por supuesto, gente que orienta (las funcionarias de las ONGs), pero también líderes barriales o militantes, no se impone, se debate hasta llegar a consensos. Una vez que la asamblea decide en qué se utilizará el dinero, sólo queda que los técnicos del MIDES lo aprueban, cosa que suelen hacer. Si se observan fotos de reuniones, no sólo de los SOCAT en el territorio sino los encuentros en los ministerios, son reuniones en ronda, y uno no sabe bien si se trata de un movimiento social o de una reunión de ONGs o, ahora también, de una sección de un ministerio.

En general, utilizan metodologías de la educación popular (EP). Sobre esto parece necesario profundizar. En Uruguay, la EP nació como en toda la región hacia el final de las dictaduras, hacia fines de los 70-comienzos de los 80. No había partidos legales, pero además la forma vertical de hacer estaba en crisis. Las ONGs llenaron un vacío, y lo hicieron en base a una forma "participativa", democrática, innovando los modos de hacer. La mayor parte de las ONGs que trabajan en la pobreza, que nacen como hongos al final de las dictaduras, están impulsadas y modeladas por la EP. Ahí se formaron camadas de activistas territoriales, porque no sólo no había partidos sino que no había sindicatos y el territorio era un lugar menos controlado para poder trabajar. En ellas se forman por primera vez una gran cantidad de activistas por fuera de los partidos, por fuera de las iglesias, pero en sintonía con ellos. Empiezan a trabajar con la pobreza, y ante la retirada de los estados lo hacen muy bien, con gran eficiencia, y luego se cruzan con los municipios y los gobiernos y ahora con los gobiernos

35. Julio Bango, Ponencia, 4 de julio de 1999, en www.cinterfor.org.uy Enfasis míos.

progresistas. No tengo tiempo de demostrarlo, pero las ONGs son usinas de estos gobiernos, a la vez que contribuyeron a traerlos y a sostenerlos. Quiero destacar que las ONGs, o por lo menos una parte significativa de ellas, forman parte de algún modo del movimiento social, por lo menos de su porción institucionalizada. Hay aquí un nivel de confusión/ambigüedad muy importante.

3) Los funcionarios/as del SOCAT, de las ONGs y del MIDES son, como he dicho, jóvenes, con un espíritu militante, con buena formación, conocen la educación popular y estimulan la organización social de base para abordar temas locales, nunca nacionales ya que no ponen en cuestión las políticas generales sino que se abocan sólo a resolver cuestiones muy locales. El trabajo de los SOCAT se coordina desde el MIDES en cada espacio territorial. O sea hay control desde arriba, pero no un control tradicional, sino al estilo EP, de carácter "paticipativo".

Varias compañeras de los SOCAT/ONGs de Barros Blancos son también militantes sociales que impulsan la Asamblea Permanente de Vecinos y Organizaciones Sociales que funciona en la zona. La Asamblea Permanente es un espacio militante territorial que reúne a todos los barrios. Las funcionarias de las ONGs participan en la Asamblea, y a todos les parece bien aunque los más formados tienen claro que es una contradicción, pero no ven la forma de abordarlo porque están muy comprometidas con el trabajo y dedican horas extra no remuneradas a esa labor. O sea, ellas son a la vez funcionarias y activistas, impulsan las reuniones y la participación de los vecinos. Vean que aquí hay también un nivel de confusión/ambigüedad importante.

Espero que haya quedado más o menos claro que esta intervención territorial anuda el Estado y los movimientos, pero al anudarlos los regula, los controla a distancia, controla el movimiento de modo indirecto, usando las mismas tecnologías de la EP y los estilos de la militancia.

Los saberes

Todos los SOCAT cuentan con un mapa y un estudio detallado de carácter cuantitativo aportado por el Estado. Población, edades, pobres, estudios, nacimientos; luego analizan la realidad de los niños y jóvenes: repetición, abandono escolar, discapacidades, además de las llamadas "vulnerabilidades": la vivienda, la familia, la educación y la salud. Todo eso forma parte de un mapeo muy detallado, incluyendo cómo evolucionan algunas variables a lo largo de la última década. Esto es la estadística, una "ciencia" estatal por naturaleza que permite un conocimiento detallado de la población a la que se gobierna.

Pero hay otras aproximaciones cualitativas, que no dependen de la estadística y que son construidas de modo participativo a través de técnicas de la EP. Cuatro asistentes

sociales que trabajan en Barros Blancos hicieron un estudio cualitativo dirigido a jóvenes sobre culturas juveniles, comunicación y educación[36]. En ese trabajo se proponen "descubrir y conocer los espacios de encuentro que transitan los jóvenes"; los "códigos de comunicación, prácticas determinadas, tipos de vestimenta, formas de relacionamiento endo y exo-grupales"; el objetivo es "generar puentes de comunicación" entre las instituciones y los jóvenes. Utilizan toda la gama de técnicas de la EP, para "promover el desarrollo de los jóvenes buscando fomentar su creatividad y la gestación de proyectos concretos" y buscan "promover la reflexión y discusión crítica en el grupo sobre temas de su interés".

Uno de los resultados fue que algunas decenas de jóvenes se formaron en comunicación. Asistieron los más proclives a participar en reuniones, o sea aquellos que no están en las "esquinas", o los que van al Secundario, no los más pobres sino una suerte de elite de la pobreza que son las personas con las que trabajan las ONGs. Aprendieron a analizar artículos de prensa, a realizar un periódico, a hacer un video y a investigar las culturas juveniles del barrio. Esto es muy importante porque en los hechos *se formaron como dirigentes* territoriales, pero lo hicieron en espacios exógenos, creados por ONGs y financiados por el Estado.

En este punto quiero decir algo sobre mi experiencia en la EP. Más allá de algunas metodologías interesantes, porque fomentan la participación de personas que en general les cuesta participar, nunca se propuso superar la relación sujeto-objeto. Más aún, de forma "blanda" pero consistente, consolida esa división. De ahí saco dos conclusiones provisorias, porque siento que está pendiente una evaluación de la EP en América Latina. La primera es que al mantener y consolidar la división sujeto-objeto, la EP es funcional al Estado y a los partidos, y ahora a las nuevas gobernabilidades. De ahí que haya sido adoptada sin más por los nuevos gobiernos y por todo el entramado institucional. La segunda, es que se dirige a la formación de nuevas camadas de cuadros y dirigentes de los movimientos, gente especializada en dirigir a la "masa".

La EP se dirige, junto con los SOCAT y las ONGs, sólo a un pequeño sector de los jóvenes, a esos "privilegiados" que tienen acceso al Secundario, o sea los que no están en las "esquinas" que son visualizados como "problemáticos" y son sistemáticamente estigmatizados por los otros jóvenes que participan en los espacios creados por las ONGs[37]. Es entre ellos que se hace el trabajo de formación, un trabajo restringido a los que están llamados a ser los interlocutores de las ONGs y los que gestionan las nuevas gobernabilidades abajo,

36. Valeria Gradin et al, "Da 1 espacio a los jóvenes", ob. cit.
37. Según el trabajo mencionado, entre los jóvenes pobres se ha instalado una división entre "chetos" y "planchas". Los segundos son visualizados por los primeros como pobres, no van a liceo, se "drogan", van las esquinas y "roban". Los "chetos" dicen de sí mismos que quieren "educarse y ser alguien en la vida", van al liceo, asisten a reuniones con las ONGs y manejan internet.

en los territorios de la pobreza. Un ejemplo: cuando hacen un diagnóstico participativo del barrio, cuando hacen un listado de las necesidades del barrio y se lo entregan a las ONGs y éstas al ministerio, los que lo realizan están adquiriendo unos saberes de los que carecen el barrio y sus integrantes, saberes exclusivos y atesorados por esos nuevos militantes. Luego son usados como forma de dirigir al conjunto.

Cómo se gobiernan los movimientos

El Ministerio de Desarrollo Social uruguayo busca construir movimientos. Pero no cualquier tipo de movimientos sino aquellos que permitan al Estado y a las instituciones moldearlos desde adentro, en una relación de inmanencia. A través de los SOCAT y las ONGs, el Estado actúa en los movimientos, los reconfigura, y de esa forma los gobierna. En la práctica cotidiana de las Mesas Coordinadoras, participativas y hasta horizontales pero creadas desde arriba, y por lo tanto sin autonomía, se está "desarrollando el Estado en el seno de esa práctica consciente de los hombres"[38].

A modo de síntesis, propongo seis consideraciones sobre el trabajo territorial del Estado y su influencia en los movimientos:

1) A través de este mecanismo que son los SOCAT se consigue un punto de interacción entre el Estado y parte de la sociedad en movimiento. Ese espacio, que no es propiamente un espacio social pero tampoco el espacio estatal clásico, permite anudar Estado y movimientos a través de una práctica colectiva estable y permanente. A esa práctica la podemos llamar *nueva gobernabilidad*.

2) Esta práctica adjudica recursos, construye saberes, administra cosas que van a afectar a la población. Me interesa destacar que no es una gubernamentalidad construida por el Estado que es adoptada pasivamente por los movimientos, sino que se busca, y se consigue en alguna medida, una construcción conjunta en espacio-tiempos compartidos. Para poder hacer esta operación, no es necesario cooptar individualmente -incluso sería contraproducente hacerlo- sino construir conjuntamente. Por eso el papel más destacado lo juegan las asistentes de las ONGs, en espacios en los que confluyen las militancias reales como prácticas estrechamente vinculadas a la EP.

3) En realidad lo que funciona es un doble reconocimiento. El Estado reconoce el papel del territorio y de los movimientos territoriales, y los movimientos reconocen el nuevo papel del Estado. Y juntos, a partir de ese reconocimiento, crean algo nuevo, crean las nuevas formas de gobierno. Es en este sentido que lo microscópico y lo macro no se oponen ni hay corte entre ellos, y comprender lo que sucede a escala micro nos ayuda a comprender de qué están tejidas las nuevas gobernabilidades.

4) Las prácticas que se realizan en los SOCAT suponen que el "Estado funciona como principio de inteligibilidad de la realidad"[39]. Construir un diagnóstico del barrio, por más que sea un diagnóstico participativo, es un tipo de acción que consiste en aprehender el barrio *desde* una mirada estatal, en base a lo que los técnicos denominan "carencias". Por eso el Estado se apropia de esos datos, como se quejan algunos vecinos organizados. Adoptan la razón de Estado, porque la conservación del Estado es el objetivo principal. Dicho de otro modo, el objetivo de toda esta acción es adelantarse a lo que pueda suceder, en suma, "evitar la revolución". Son prácticas que hacen Estado y lo conservan.

Los SOCAT ensayan una nueva "manera de gobernar". Y quién mejor para hacerlo que la sociedad civil actuando como Estado. Cuando la Mesa Coordinadora debate y decide en qué gastar los 3.000 dólares trimestrales, está haciendo una lectura de las prioridades, de lo que se debe hacer para mejorar el barrio. Actúan sobre la base de la estadística (elaborada por el Estado), de los estudios cualitativos (elaborados por las asistentes sociales) y del diagnóstico participativo (elaborado por los propios movimientos y vecinos), y en base a ese conocimiento integral y completo del barrio, deciden las prioridades, calculan, analizan, o sea desarrollan una práctica de gobierno.

5) Los pobres están aprendiendo a gobernarse en sus propios espacios y territorios. ¿No es eso a lo que aspiraban? ¿No es eso hacer que unos factores anulen a los otros? Los movimientos en los hechos están abordando los problemas fundamentales para la nueva gobernabilidad: salud, educación, regir la coexistencia, en suma ocupándose de la sociedad, pero sobre todo ocupándose de aquellos espacios en los que pueden surgir problemas, movimientos, rupturas. Este Estado, producto de las nuevas gobernabilidades, tiene una enorme legitimidad. Es ahora un Estado capilar, porque gracias al arte de gobernar ha permeado los territorios de la pobreza con mucha mayor eficiencia que los caudillos clientelares del período neoliberal. Esos caudillos actuaban de modo vertical y autoritario, y por lo tanto siempre podían ser desbordados y, más aún, estaban destinados a ser desbordados.

6) Por último, puede observarse que los SOCAT reúnen las cuatro condiciones sobre la nueva gubernamentalidad: gobernar la naturalidad de la sociedad; asumir el conocimiento científico para asegurar un buen gobierno; hacerse cargo de la población como conjunto de fenómenos naturales; manejar y no reglamentar. O sea, "el objetivo esencial de esa gestión no será tanto impedir las cosas como procurar que las regulaciones necesarias y naturales actúen, e

38. Michel Foucault, ob. cit. p. 290.
39. Idem, p. 328.

incluso establecer regulaciones que faciliten las regulaciones naturales"[40]. Se prioriza una "actuación positiva" como son las iniciativas del Ministerio de Desarrollo Social y los SOCAT, y se deja la actuación negativa a la policía, que recaerá sobre los jóvenes de las "esquinas" siempre que se mantengan refractarios. El Estado como "manera de hacer, como manera de pensar", está ingresando en las zonas que hasta ahora se mostraban reacias a adoptar esas maneras.

Los nuevos desafíos para la autonomía y la política desde abajo

Las luchas de los movimientos y de las sociedades en movimiento pueden ser consideradas como una suerte de temblor que afecta a toda la sociedad, tanto a los dominados -que modifican su lugar en el mundo- como a las clases dominantes, sus intituciones y sus estados. Nada permanece en su lugar, todo se mueve, se adapta a la nueva situación. La irrupción de los de abajo fuerza a las elites a modificar sus formas de dominación, a calcular el mejor modo de mantenerse como elites, como grupos dominantes. Los nuevos gobiernos progresistas y de izquierdas y sus renovadas artes de gobernar, son parte de esa adaptación de las instituciones estatales a la nueva situación de insubordinación generalizada de los de abajo. La masividad de la revuelta, cuando ya no se rebelan sólo algunos sectores sociales localizados espacialmente sino que son verdaderas sociedades otras las que se levantan, hace imposible para las clases dominantes borrarlas del mapa social y geográfico, ya que la propia relación de fuerzas creada -y la crisis y debilitamiento de las instituciones estatales- dificulta la operación genocida. Lo que no quiere decir que los de arriba hayan renunciado al genocidio. Quiero decir que hoy la masacre no resulta una operación sencilla, ya que en vez de ahogar la revuelta puede alentarla.

Por eso los gobiernos progresistas. Porque son los más capaces, en la nueva situación, para desarmar el carácter antisistémico de los movimientos, operando en las profundidades de sus territorios y en los tiempos en los que se gesta la revuelta. Los dos casos mencionados, actúan sobre situaciones bien diferentes pero en idéntica dirección: en Ecuador para desarmar las bases de los levantamientos indígenas y populares; en Uruguay para prevenirlos. En líneas generales, el personal de lo que hoy son los gobiernos progresistas comenzó a incrustarse en el aparato estatal a lo largo de los años 90: el PT y el Frente Amplio comenzaron a gestionar municipios y estados en ese período, en tanto el personal que acompaña a Kirchner tuvo -pese a las diferencias "ideológicas"- una trayectoria similar. En México se produjo un corte político muy claro en 1997 cuando el PRD ganó las elecciones en el Distrito Federal y accedió a la principal gobernación del país. En Ecuador la creación de

Pachakutik, en 1996, señaló un camino similar. Desde ese momento un sector importante de la izquierda comenzó a gobernar las instituciones y los principales dirigentes pasaron a ocupar espacios rentados en el aparato estatal.

Pero este es sólo un primer paso. El segundo paso sobreviene cuando la izquierda asume la política de la derecha, o sea, la izquierda asume la administración de parcelas del aparato estatal y en ese proceso vira hacia la derecha, dejando a los movimientos sin referencias, ya que llegó a ocupar esos espacios con la promesa de resolver las demandas populares. Al desarme ideológico y político que esto produce se suma una crisis organizativa, ya que los encargados de llevar adelante en las instituciones la política de la derecha, en nombre de la izquierda, son precisamente los dirigentes de esos movimientos, con el aval de sus bases. Esta triple desarticulación de los movimientos (ideológica, política y organizativa) asume la forma de un descabezamiento de la lucha popular que sienta las bases para la cooptación de lo que queda de los movimientos. Dicho de otro modo, la política de los partidos de izquierda se traduce en los mismos objetivos que la represión no pudo conseguir: una derrota histórica, sin represión masiva pero con un poder de destrucción muy similar al que en otros momentos tenía la acción autoritaria del Estado.

Los movimientos, que fueron los que crearon las condiciones para el ascenso al gobierno de Néstor Kirchner, Lucio Gutiérrez, Tabaré Vázquez y Lula, se encuentran aislados, divididos y a la defensiva. Una parte de los dirigentes (piqueteros en Argentina, indígenas en Ecuador, sindicales en Uruguay y Brasil) han pasado a defender las políticas oficialistas aún dando la espalda a sectores importantes del movimiento social. La división y la dificultad de movilizarse por objetivos comunes, aumenta los márgenes de autonomía de los gobiernos para seguir adelante con sus políticas neoliberales. Sólo que ahora el neoliberalismo es más sutil, menos directamente depredador que en el período en que se llevaron adelante las privatizaciones salvajes y los primeros ajustes estructurales. Sin embargo, la intensidad y profundidad del neoliberalismo no ha cambiado en lo más mínimo según los análisis con que contamos. Veamos dos casos que pueden ser paradigmáticos, los de Brasil y Argentina, ambos abordados por personas que en su momento fueron favorables a los gobiernos de Lula y Kirchner.

En Brasil, la Conferencia Nacional de Obispos -aliada histórica de Lula- sostiene por boca de su secretario general, Odilio Scherer, que con el actual gobierno Brasil "se transformó en un paraíso financiero". El obispo de Salvador, Geraldo Majella Agnelo, fue lapidario: "Nunca hubo un gobierno tan sumiso a los banqueros"[41]. En el caso concreto de la frustrada demanda de reforma agraria, los obispos

40. Idem, pp. 403-404.
41. *O Estado de Sao Paulo*, suplemento Aliás, 5 de marzo de 2006.

estiman que Lula apostó a la "modernización" del campo por la vía del agronegocio para fortalecer las exportaciones y poder afrontar así las exigencias del sector financiero. Como resultado de esta opción, lejos de una reforma agraria se está produciendo una mayor concentración de la propiedad rural, a la vez que en Brasil la concentración de la renta no deja de crecer.

En el caso de Argentina podemos cederle la palabra a un economista que fue electo diputado por una lista afín a Kirchner. Claudio Lozano, economista de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), no es un radical pero sostiene que "estamos peor que en los 90", los años de Menem. Asegura que bajo Kirchner no se alteró el régimen de alta concentración, ni el patrón regresivo de distribución de ingresos, ni el papel del Estado, ni siquiera la inserción internacional del país. Por el contrario, se registra "mayor explotación de la fuerza de trabajo y mayor empobrecimiento de la sociedad"[42]. Pese al importante crecimiento económico que se registra en los tres últimos años, "en 2004 y 2005 se agudizó la desigualdad". Asegura que el de Kirchner es un modelo hacia afuera, "de colocación de naturaleza barata en el mercado mundial", pero además es "un modelo hacia arriba, en el sentido de atender las demandas de los sectores más acomodados de la población. El modelo se sostiene orgánicamente en una distribución más regresiva"[43].

En ambos casos al continuismo neoliberal se le suman políticas focalizadas para atender la pobreza extrema[44], que no implican políticas de derechos universales sino apenas la atención a ciertos sectores que el Estado define como prioritarios en base a sus propios criterios. Esto es así porque "la universalidad pone en cuestión a buena parte del sistema político" que funciona en base al clientelismo, como señala Lozano. La popularidad de que gozan Lula y Kirchner se debe a este factor decisivo que es el que les permite seguir ganando elecciones. En paralelo, ambos consiguieron debilitar a los movimientos, aislarlos a través de políticas explícitas destinadas a crear movimientos "razonables" -con los que se puede negociar y pactar- y otros "radicales" a los que se considera desestabilizadores y deben ser reprimidos. En Argentina esto es muy claro en relación con el movimiento piquetero; en Brasil se están estableciendo puentes privilegiados con movimientos rurales menos combativos que los sin tierra (MST), con los cuales se tienden a establecer lazos más fluidos.

Debe entenderse que no se trata de una cuestión de maldad intrínseca del proyecto de la izquierda, ni de alguna especial animadversión de sus dirigentes hacia el movimiento popular. El divorcio entre la izquierda electoral y los movimientos no tiene solución. En la primera hay demasiados intereses materiales y complicidades con el aparato estatal para pensar que puede producirse un viraje, salvo que el abajo cobre la fuerza suficiente como para que el arriba no pueda ignorarlo. La izquierda electoral no

es la enemiga de los movimientos, pero su acceso al poder estatal puede hacerles un daño irreparable si los movimientos no tienen ganada la suficiente autonomía material y política.

Por la experiencia reciente en países como Argentina y Uruguay, así como en Bolivia y Brasil, situaciones todas ellas diferentes pero que tienen en común la capacidad de los nuevos poderes arriba de neutralizar la rebeldía abajo, se imponen algunas reflexiones sobre las dificultades y las respuestas posibles. No pretendo hacer un inventario que suponga una "línea" política a aplicar por los movimientos, lo que me parece que sólo los movimientos pueden hacer. Sólo pretendo mencionar algunos desafíos ineludibles para poder seguir moviéndonos en la nueva realidad.

1) *Comprender las nuevas gobernabilidades en toda su complejidad: como resultado de nuestras luchas, pero además como un intento de destruirnos.* En este punto, no cabe la menor ingenuidad. Sólo en los momentos críticos para los movimientos, como los que vivió Ecuador bajo el gobierno de Lucio Gutiérrez, aparece en toda su desnudez y crueldad la nueva estrategia de los poderosos. Sin embargo, el problema no radica en el carácter "traidor" de ese gobierno. Se trata, a mi modo de ver, de comprender que las nuevas gobernabilidades representan un ataque en profundidad a los espacios de autonomía conquistados por los movimientos. Uno de los argumentos más filosos que presentan quienes, con la mejor buena voluntad, defienden a los gobiernos progresistas, es que son mejores que los gobiernos de la derecha y que le brindan a los movimientos oportunidades para consolidar conquistas y fortalecerse.

Este argumento es cierto, pero supone una mirada desde arriba y de corto plazo que los propios hechos desmienten. Hoy los movimientos están más débiles, más fragmentados y aislados que nunca. No sólo lo reconocen así muchos piqueteros argentinos, sino numerosos militantes del MST de Brasil y de otros países. Oscar Olivera, dirigente de la Coordinadora del Agua de Cochabamba, evalúa así el primer año del gobierno de Evo Morales:

Ahora que el MAS ocupa el espacio estatal, es a partir de ese espacio que pretenden ejercitar una cooptacion y control de los movimientos con el objetivo de desmovilizarlos a través de las demandas concretas y propias, y tratan de domesticarlos en función de los intereses del gobierno. Diría que hay una fuerte expropiación del aparato esta-

42. "Estamos peor que en los 90", entrevista a Claudio Lozano en www.lavaca.org
43. Idem.
44. El concepto de "políticas focalizadas" debe ser revisado, toda vez que en Brasil los planes sociales atienden a 40 millones de personas, más del 20% de la población, en tanto en Argentina superan el 10%. Aunque aún es pronto para evaluarlo, es probable que con los gobiernos progresistas esté naciendo una nueva forma de abordar la pobreza diferente al modelo keynesiano y al neoliberal.

tal de las capacidades que habíamos recuperado con mucho sacrificio, capacidades de rebelarnos, de movilizarnos, de organizarnos y de proponer. Se dan cargos a portavoces de sectores sociales, embajadas a dirigentes sociales, y a los que no queremos entrar en esa institucionalidad sino que queremos romper con ella, nos descalifican, nos estigmatizan diciendo que somos financiados por la derecha y que le hacemos el juego, en una actitud ciega y sorda que hace lo mismo que hizo la derecha.[45]

La nueva realidad "progresista" conlleva -como hemos visto en el ejemplo uruguayo pero como se desprende también de la experiencia ecuatoriana- enormes dosis de confusión y ambigüedades. Ante ellas, el primer paso ineludible es profundizar en el análisis para intentar desentrañar cómo son las nuevas artes de gobernar. Más aún cuando compañeros y compañeras de larga militancia apoyan estos gobiernos con las mejores intenciones. Este trabajo pretende ser una pequeña colaboración en ese sentido, aún incipiente, provisoria, porque se trata de abordar fenómenos que recién están comenzando a mostrar sus objetivos de largo plazo.

2) *Proteger nuestros espacios y territorios.* Las nuevas gobernabilidades apuntan directametne al corazón de las sociedades otras en movimiento. Invaden sus espacios sin enviar ejércitos armados sino a través de técnicos apoyados por financieras internacionales. Esta invasión silenciosa es tan peligrosa como la intervención militar, ya que busca conseguir los mismos objetivos pero de forma menos ostensible. Y, lo que es peor, a menudo la llevan adelante "compañeros" de lucha.

Las elites que gobiernan el mundo parecen haber comprendido la importancia de los espacios y territorios de los de abajo en los desafíos que se les están lanzando, y en la propia sobrevivencia de los sectores populares. Por eso se multiplican los proyectos destinados a trabajar en nuestros territorios. Lo nuevo, es que se han propuesto hacerlo con los mismos instrumentos que usamos para rebelarnos, a través del "fortalecimiento" de las organizaciones populares.

3) *No sumarnos a la agenda del poder, crear o mantener nuestra propia agenda.* En este sentido, es cada vez más visible la existencia de dos agendas. La de los de arriba puede ser implementada por la derecha o la izquierda, y esto es absolutamente indiferente. El problema, es que para mucha gente resulta difícil discriminar la agenda de arriba de la de abajo, sobre todo cuando la primera aparece revestida de movilizaciones de masas. Más aún, a primera vista puede resultar complicado diferenciar entre movimientos y movilizaciones, ya que las ambigüedades y confusiones que hemos detectado en las experiencias mencionadas arriba, se trasladan cada vez más al escenario político "oficial", no sólo a través de discursos que incluyen algunas demandas

del abajo, sino sobre todo incorporando en las movilizaciones del arriba modos y códigos propios del abajo.

¿Cómo diferenciar cuando estamos ante una movilización del abajo o del arriba, si las apariencias tienden a ser comunes? Parece evidente que la cantidad de personas movilizadas no es el mejor modo de entrarle al tema. El historiador indio Ranahit Guha, en su intento de desarticular la "historiografía elitista", sostiene que "la movilización en el ámbito de la política de la élite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente"[46]. La primera es "más cauta y controlada", mientras la segunda es "mas espontánea"; la movilización de la élite tiende a ser "más legalista y constitucionalista", y la de los subalternos es "relativamente más violenta"[47]. El paradigma de la primera, es la movilización electoral; el de la segunda, la insurgencia popular. De todos modos, sólo en el largo plazo pueden hacerse visibles un conjunto de confusiones y ambigüedades que seguramente no son casuales sino "calculadas", como parte del arte de gobernar los movimientos que están implementado las élites.

Los puntos 2 y 3 pueden considerarse como formas de proteger la autonomía de los movimientos del abajo, en un período en el que la política de las élites va dirigida a destruir cualquier forma de autonomía popular. Por eso las elecciones se están convirtiendo en una carga en profundidad contra la autonomía cultural y política de los de abajo, ya que son un buen terreno para expandir las ambigüedades.

4) *Es imprescindible delimitar campos.* Que la realidad presente elevadas dosis de ambigüedad y confusión no quiere decir que debamos asumirlas pasivamente. Llamar a las cosas por su nombre significa asumir la soledad respecto a los de arriba, y por lo tanto la hostilidad de la izquierda institucional. Hasta hace algunos años, los grandes eventos de los movimientos (Foro Social Mundial, contracumbres y otros) eran espacios con contradicciones pero en los que cabía la resistencia. Ahora, cada vez que hay un gran evento de los de arriba, se organizan "contracumbres" paralelas montadas con el apoyo de los gobiernos progresistas. Así sucedió en Mar del Plata en noviembre de 2005, en Córdoba en julio de 2006, y en Cochabamba en diciembre del mismo año, donde se organizó una Cumbre de los Pueblos en paralelo a la cumbre de presidentes sudamericanos.

La Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida, tomó una posición ejemplar al rechazar su participación en ese evento organizado "con el apoyo del gobierno boliviano y bajo la

45. Entrevista a Oscar Olivera, Montevideo, 30 de octubre de 2006.
46. Ranahit Guha, *Las voces de la hisotria*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 37.
47. Idem.

atenta mirada de algunas Organizaciones No Gubernamentales"[48]. La declaración señala que "la autonomía, la política desde abajo, no se construye desde arriba". Critica a intelectuales y profesionales que mantienen una postura "paternalista respecto a lo que los movimientos sociales debemos hacer o cómo debemos organizarnos y pelear", y añade que "no aceptamos la tutela" de las ONGs. Sobre la Cumbre, "pensamos que su origen no era del todo horizontal y sí excluyente", y consideran que "los eventos planeados no parecen contar con todas las organizaciones y sus lugares de trabajo, de vida". Una posición firme como ésta implica un seguro aislamiento, sobre todo en el corto plazo. Sin embargo, es el precio para no hipotecar los movimientos del abajo por un largo período.

5) *Potenciar la política plebeya.* La unidad es uno de los modos que puede adoptar la política de las élites en el mundo de los de abajo. Aún tienen fuerza las ideas que sostienen que la unidad del campo popular puede ser útil para potenciarlo. Pero en la historia, los de abajo no han necesitado estructuras unitarias -que siempre son centralizadas- para rebelarse. La unidad la consiguen de otra manera: en los hechos insurreccionales, en los modos de rebelarse, en el poner en común las horizontalidades. Las grandes rebeliones nunca provinieron de aparatos o estructuras que suelen tener intereses propios que no están dispuestos a poner en riesgo.

Va ganando terreno la idea de que la unidad puede ser una imposición, una forma de frenar los movimientos del abajo. "Sostener la falsa unidad encima de todo, solamente sirve para dejar los flancos abiertos a las fuerzas contrarias a la transformación social. Así, en ciertas coyunturas, la consigna puede ser 'dividir para luchar mejor'", sostiene el sociólogo brasileño Francisco de Oliveira, que para seguir luchando se vio obligado a dejar el Partido de los Trabajadores que contribuyó fundar hace un cuarto de siglo[49]. En suma, el objetivo de la política plebeya nunca puede girar en torno a la unidad. Más aún, en las culturas del abajo la unidad no es moneda corriente, como sí lo es en las políticas que tienen por objetivo la toma del poder estatal. Ellas desarrollan Estado en el abajo, que siempre es una buena forma de ganar visibilidad, permanencia y, casi siempre, se convierte en un buen gancho para la cooptación. Hoy, una de las tareas más importantes es seguir potenciando las diversas formas de hacer política de los de abajo, sus espacios, sus tiempos, sus modos de hacer. Para ello, la unidad es una de las principales barreras. Por el contrario, lo que se llama "fragmentación", que suele ser una mirada desde arriba, es una foma de evitar la cooptación que, como

48. "Declaración de la Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida", Cochabamba, octubre de 2006.
49. Francisco de Oliveira, "Voto condicional em Luiz Inácio",

hemos visto, es uno de los objetivos trazados por las elites. En este sentido, las políticas de "fortalecimiento de las organizaciones" trazadas por el Banco Mundial, e implementadas por las elites con ayuda de dirigentes surgidos abajo, busca crear organizaciones "fuertes", o sea aquellas que eviten la división y sean capaces de unir fragmentos. Comprender que la unidad a toda costa, asentada en grandes aparatos, puede despejar el camino de la cooptación con la excusa de la visibilidad y de ganar espacios para los que luchan, es parte del aprendizaje de los últimos años.

Por el contrario, las políticas plebeyas no suelen tener asegurada la visibilidad, son impermanentes a los ojos del arriba, porque los focos de los grandes medios no suelen enfocarlas y los intelectuales sólo se ocupan de ellas cuando logran impactar en el escenario "grande". El resto del tiempo, los de abajo simplemente viven, o sea resisten en sus propios espacios lejos del ruido del arriba. Sin embargo, esta nueva realidad que viven nuestros pueblos ha sido construida allí abajo, y sería incomprensible sin tener en cuenta los miles de espacios en los que van cobrando forma los sucesivos levantamientos que le están cambiando la cara a América Latina.

En esta coyuntura tan esperanzadora pero tan difícil para los movimientos, la *Otra Campaña*, con su voluntad de construir espacios de inter-comunicación entre los de abajo, nos lanza un enorme desafío mostrando que se pueden crear otras formas de hacer política, por fuera de las instituciones. El éxito de esta campaña puede ser un aliento necesario para todos los que, en este continente, seguimos luchando sin mirar hacia arriba sino sabiendo que la construcción de autonomías ligadas a la emancipación -una construcción que nunca llegará a su fin- sólo pueden hacerla los de abajo, con otros de abajo, en los espacios propios creados por los de abajo.

BIBLIOGRAFÍA

Arismendi, Marina (2006) "Trabajar políticas sociales sobre un mismo plan", 16 de agosto, www.presidencia.gub.uy
Bango, Julio (2000) "Políticas sociales y políticas de juventud", *Revista Iberoamericana de la Juventud*, www.iica.org.uy
Bango, Julio (1999) Ponencia, 4 de julio, www.cinterfor.org.uy
Bretón, Víctor (2001) *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*, Flacso, Quito.
Cauja, Adriana (2004) "Movimiento indígena, trayecto difícil", *Jatarishun* (Levantémonos), CONAIE, julio.
Chuji Gualinga, Mónica (2004) "Asamblea extraordinaria de la CONFENIAE", 3 de setiembre, www.alainet.org
Declaración de la Coordinadora Nacional de Defensa del Agua, los Servicios Básicos, el Medio Ambiente y la Vida", Cochabamba, octubre de 2006.
Díaz Polanco, Héctor (1997) *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México.
Ecuarunari (2004) "Perfil de los candidatos (as) al Consejo de Gobierno de la CONAIE", www.ecuarunari.org
Foucault, Michel (2006) *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
Gradin, Valeria et al (2005) "Da 1 espacio a los jóvenes", Universidad de la República, Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Montevideo, www.liccom.edu.uy
Guerrero, Fernando y Ospina, Pablo (2003) *El poder de la comunidad. Ajuste estructural y movimiento indígena en los Andes ecuatorianos*, Clacso, Buenos Aires.
Guha, Ranahit (2002) *Las voces de la historia*, Crítica, Barcelona.
Harris, Olivia (1987) *Economía étnica*, Hisbol, La Paz.
Lozano, Claudio (2006) "Estamos peor que en los 90", entrevista en www.lavaca.org
O Estado de Sao Paulo (2006) Suplemento Aliás, 5 de marzo.
Oliveira, Francisco de (2006) "Voto condicional em Luiz Inácio", *Folha de Sao Paulo*, 30 de octubre.
Olivera, Oscar (2006) Entrevista de Raúl Zibechi, Montevideo, 30 de octubre.
Rivera Cusicanqui, Silvia (1992) *Ayllus y proyectos de desarrollo en el norte de Potosí*, Aruwiyiri, La Paz.
Zibechi, Raúl (2006) "Dilemas electorales de la CONAIE", *La Jornada*, 14 de abril.
Zibechi, Raúl (2005) "Los límites del neoliberalismo", *La Jornada*, 3 de enero.

CAPÍTULO 6

Hacia los territorios de la emancipación

Una clase social no se realiza
en el territorio de otra clase social.
Bernardo Mançano Fernandes

Con los territorios nace una nueva forma de practicar y teorizar el cambio social. La formulación explícita de la demanda territorial, pronunciada antes que nadie por los movimientos indígenas en la década de 1990, parece estar estrechamente ligada a la fase neoliberal del capitalismo y sus modos de acumulación por desposesión[1]. En esta fase el capital avanza desterritorializando campesinos y pueblos indios, pero también sectores populares urbanos que se ven avasallados por la misma lógica que se le aplica al colono: abren nuevos territorios para sobrevivir, de los que luego son expulsados por el capital para especular.

Así como el capital genera territorios rurales homogéneos en base a los monocultivos a gran escala, con uso intensivo de capital, escasa población, alta mecanización y utilización de agrotóxicos y semillas transgénicas, en las ciudades la territorialización persigue los mismos objetivos. Uso intensivo del suelo y del capital construyendo grandes torres y enormes superficies comerciales, creación de espacios iguales a sí mismos del tipo de los "no lugares"[2], que provocan una profunda homogeneización social y cultural, que pasa por la expulsión de los pobres y los diferentes y una dramática disminución de los intercambios e interacciones sociales.

La ciudad del capital es, cada vez más,, una "no ciudad", destinada a impedir todo tipo de relación social no mercantil. Así como los monocultivos convierten la vida en mercancía (*commodity*), en las ciudades todos los intercambios humanos (comer, viajar, divertirse, jugar, hacer el amor, compartir...) se mercantilizan porque las personas han deja-

1. David Harvey, *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2004, pp. 101-140.
2. Marc Augé, *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1996.

do de controlar sus territorios. Cada pulso de la vida tiende a ser dominado por el capital para extraer mayores ganancias. La fábrica salió de sus muros y se expandió a todos los poros de la vida social.

Esta ciudad está obsesioanda por la seguridad, al punto que -como señala Mike Davis- "la arquitectura y el aparato policial se han fusionado hasta un nivel que no tiene precedentes", subordinando la forma urbana a la función represiva con el objetivo de construir un "blindaje estratégico de la ciudad contra los pobres"[3]. Pero esta ciuda dno sólo expulsa a los pobres, también erradica la democracia, tanto por la destrucción de los espacios públicos como lugares de la interacción de las diferencias sociales y culturales, como por la construcción en su lugar de gigantescos panópticos para el control de las multitudes. "En Disneylandia no hay manifestaciones"[4], es la acertada síntesis de este paradigma antiurbano.

Frente a esta ciudad del capital, vertical, autoritaria, colonizadora de la vida íntima, y de la vida sin más, tenemos las extensas periferias populares, y los escasos barrios obreros y de clases medias que sobreviven, como islas, a la mercantilización. El mayor dinamismo social y cultural, como espero haber reflejado en el trabajo "Perferias urbanas, ¿contrapoderes de abajo?", radica en esos suburbios que la cultura hegemónica siempre describe por sus carencias: de belleza, de seguridad, de servicios, de infraestructuras... Lamentablemente, las gestiones municipales progresistas y de izquierda, suelen empeñarse en que estas periferias sean cada vez más parecidas a los barrios del capital.

Sin embargo, las periferias urbanas siguen creciendo y, sobre todo, siguen siendo diferentes: espacios donde la diversidad es una de sus señas de identidad y, sobre todo, donde existen formas de vida no mercantiles, no colonizadas por el capital. Las periferias de las ciudades son el equivalente urbano a los resguardos indígenas o a los territorios de los campesinos. Dicho de otro modo, son la esperanza de un cambio radical anticapitalista, porque allí existen realaciones sociales que pueden ser las bases para la reconstrucción de la sociedad.

La "lógica" de los territorios se va desplegando sobre la marcha. Lejos de recorrer una senda ya trazada, hace camino al andar; y al andar, va permitiendo que brote la reflexión sobre los caminos que transitan los colectivos que pueblan y construyen esos territorios, y que son modelados por ellos. La estrategia territorial se despliega de adentro hacia fuera, en relación de inmanencia, apareciendo aquí y allá en los intersticios y las brechas de la dominación del capital. Desde, y en, los territorios urbanos vamos pensando estas lógicas que, por lo que alcanzo a percibir, pueden abordarse desde cuatro costados.

- Los territorios de los colectivos y sectores populares urbanos son espacios de la diferencia, donde existen formas de vida heterogéneas respecto a la ciudad del capital, algo que es claramente visible a través de los distintos pai-

sajes de la ciudad. Los pobres llegaron a las periferias como náufragos del sistema, con débiles relaciones con el capital, sobrevivieron en espacios hostiles y, para hacerlo, profundizaron sus diferencias culturales, sociales, económicas y también políticas. Dicho de otro modo, se apoyaron en sus diferencias para sobrevivir, o sea en lazos comunitarios, en la reciprocidad y en la solidaridad que caracterizan la forma de vida de los sectores populares.

Para proteger la diferencia necesitan construir *autonomía*. En una primera etapa se proclaman autónomos del Estado y los partidos, pero más adelante comienzan a buscar formas de sobrevivir por fuera de la relación salarial, lo que supone construirse como sujetos económicos, a partir de la transformación de sus medios de sobrevivencia en medios de producción. En las periferias populares existen infinidad de emprendimientos que conforman una economía paralela, sobre la propiedad familiar o colectiva de los medios de producción. En algunos casos, consiguen crear mercados populares, como espacios en los que predominan los valores de uso, que permiten tejer vínculos horizontales entre productores urbanos y rurales, y entre las más diversas producciones de las periferias: desde mercancías hasta formas de comunicación, entretenimiento, afirmación de las identidades, de los cuerpos...

- Las relaciones de poder que los sectores populares organizados en movimientos establecen en sus territorios, son distintas a las que practican el Estado, los partidos, los sindicatos y las iglesias. Dan prioridad a las relaciones horizontales, a poderes más difusos, menos centralizados y jerárquicos, pero sobre todo menos fijos y permanentes. En estas formas de poder juegan un papel importante las mujeres-madres, que trasladan a los espacios colectivos los modos y formas de hacer que practican en sus familias, relacionándose con los demás miembros como con sus propios hijos.

Sería necesario sistematizar las diversas formas de poder-hacer (poder como capacidad de hacer) que existen entre los sectores populares urbanos, como forma de potenciar la *autodeterminación*, que ya se registra de modo imperfecto o en estado de latencia. Tenemos un enorme déficit a la hora de pensar cómo serían los poderes femeninos. No me refiero a poderes estatales ejercidos por mujeres, sino a poderes de otro tipo, poderes no estatales, poderes no patriarcales ni jerárquicos ni centralizados[5]. Entiendo que en nuestra cultura no es sencillo

---

3. Mike Davis, "Fuerte Los Angeles: la militarización del espacio urbano", en Michael Sorkin (ed.), *Variaciones sobre un parque temático*, Gustavo Gilli, Barcelona, 2004, pp. 178 y 183.
4. Michael Sorkin, ob. cit. p. 13.
5. Los taoístas entienden que existen dos formas estatales: una masculina y otra femenina. La segunda es "tranquila" y ese tipo de Estado puede convertirse en punto de unión del mundo. Algo similar sucede con el papel de la mujer-madre en la familia popular, según revela Alejandro García Moreno.

pensarlo, pero podemos intentarlo a partir de las prácticas ya existentes.

● Los territorios de los sectores populares organizados no podrían sobrevivir si no estrechan relaciones entre ellos, si no consiguen expandirse y defenderse de forma coordinada. Este es el tema de *La Otra Campaña* zapatista. Se trata de crear formas más o menos estables de inter-comunicación entre los de abajo, sin llegar a constituir aparatos permanentes que necesariamente se colocan por encima de las experiencias concretas, y a menudo las parasitan. El *cambio social*, que de eso se trata, puede nacer, y de hecho lo hace, en territorios muy concretos en forma de islas rodeadas por un mar de capitalismo. Pero para seguir viviendo necesitan expandirse, vincularse con otras isla,s porque los territorios del capital y de los movimientos son sencillamente incompatibles. El capital sólo puede sostenerse colonizando nuevos territorios, o sea expulsando a los pobres de sus propios espacios o forzándolos a vivir consumiendo para su acumulación. Por el contrario, los territorios de los sectores populares no vivirán en paz hasta que no consigan desterritorializar al capital. Pero cada isla no lo puede hacer por sí sola.

● Si los territorios de los sectores populares urbanos profundizan sus diferencias, si consiguen transitar de la autonomía a la autodeterminación y se vinculan estrechamente con otras islas, pueden convertirse en *territorios de la emancipación*. Los municipios rebeldes zapatistas, así como otras experiencias rurales, pueden ser un espejo donde mirarnos. No conozco territorios urbanos que puedan compararse con éstos logros notables, aunque existen en nuestras periferias múltiples retazos y fragmentos del mundo nuevo. Alentar estas experiencias, contribuir a profundizarlas aventando las prácticas opresivas que contienen, puede ser la mejor forma de cooperar para componer el inagotable rompecabezas de la emancipación.

Esta edición de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L., Wenceslao Villafañe 468, Buenos Aires, Argentina, en agosto de 2008.